

El Ángel Metálico

Daniel Cuartero



Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1: Sueño

Mi nombre es Tantalius, y pertenezco a la raza humana, la especie que gobierna la tierra de Asroa y estableció el Imperio del metal, originado hace 700 años de la mano de Dáelus el Artista del Metal y Tálema, la Tejedora Férrica. Se dice que la pareja era, no solo capaz de llevar a cabo las más grandes hazañas artísticas con el metal, sino también arquitectónicas y mecánicas entre tantas otras. Compartieron sus conocimientos y habilidades con el resto de humanos, logrando así una expansión rápida y el comienzo de la construcción de la Ciudadela en unos pocos años. Tras su muerte, las lecciones aprendidas evolucionaron y abrieron nuevas ramas del uso de los metales, creando así el mundo al que pertenezco.

Crecí en las altas torres plateadas de la Ciudadela del Metal y pasé gran parte de mi infancia observando y admirando a los ángeles metálicos, la élite del ejército del Imperio y defensores de la paz y la justicia, desde los caminos y las plazas que unían las torres en sus diferentes niveles, dejando que el viento mi pelo castaño y mis ropas, que a pesar de estar tejidas con fibras metálicas, eran ligeras y cálidas. A mis ojos ellos eran bellos, poderosos y gráciles.

El tiempo pasaba, pero mi veneración hacia ellos y mi sueño de unirme a sus filas no decrecieron. Todo lo contrario.

Una vez terminados mis estudios y habiendo alcanzado una determinada edad, ingresé en el ejército con un buen puesto gracias a mi esfuerzo académico, pero para mí no era suficiente. Cuando tuve la oportunidad, me presenté a los exámenes para entrar en el cuerpo de los ángeles metálicos.

Me sentía eufórico cuando logré superar las pruebas, y el día en el que me puse la armadura y las alas fueron conectadas por primera vez a mi columna, estaba pletórico. También estaba sorprendido de lo ligera que eran ambas, sobre todo las alas. Esto se debía a que estaban hechas de una aleación de varios elementos metálicos que les confería una gran resistencia a la par que ligereza, sobre todo en las alas, donde la reducción de peso era vital para poder volar.

Ese día me convertí en un miembro de la vanguardia por la paz, o eso pensaba yo en mi ignorancia.

Durante mi primera etapa como ángel metálico estaba henchido de orgullo. Defendía a mi imperio y sus habitantes, tanto humanos como no humanos, de todo lo que se consideraba una amenaza, como el ejército rebelde, descrito por la propaganda como “una panda desordenada y caótica de anarquistas que quieren destruir el imperio que les ha protegido, cuidado y enseñado”.

Las dudas empezaron a atormentarme poco después.

Capítulo 2

Capítulo 2: El comienzo del fin

Hacía poco más de tres años desde que empecé a formar parte de los Ángeles y ya había llevado una gran cantidad de misiones exitosas. Varias de ellas eran asaltos contra los renegados, mientras que otras veces se trataba de proteger un punto de valor estratégico o simple reconocimiento, ya fuera con la ayuda del ejército de tierra o no. En el día que mi mundo se derrumbó, se me asignó cumplir con otra de ese mismo tipo.

Habían encomendado a mi escuadrón atacar una antigua fortaleza de piedra ocupada por los rebeldes. Teníamos órdenes de eliminar a toda la oposición hostil con la que nos encontrásemos. Para asegurarse de que se cumplían con la máxima eficiencia nos acompañaba Protecnia, la líder de los Ángeles Metálicos, lo que significaba que esta misión era mucho más de lo que aparentaba. No me sentía cómodo ni con las órdenes ni con la presencia de semejante persona, por lo que el viaje se me hizo largo y molesto.

Cuando por fin alcanzamos nuestro objetivo, descendimos en picado desde las nubes sobre los guardias en las semiderruidas almenas antes de que pudieran dar la alarma y nos adentrarnos en el interior, divididos en parejas. Los enemigos, ya fueran grandes orcos de piel verde claro pintada de negro y con largos colmillos, ágiles orsius de características felinas, como narices chatas y orejas gatunas, o individuos de cualquier otra raza, caían ante nuestras lanzas, los rayos que salían de sus puntas gemelas y nuestras habilidades de combate cuerpo a cuerpo. Las paredes, nuestras manos y nuestras lanzas estaban bañadas en sangre. Sentí unas profundas náuseas y volví a pensar en las órdenes y que todo esto debía seguir un motivo justificable. Que ciego estaba.

Al terminar de justificar mis acciones ante mí mismo, empecé a oír un sonoro ruido y vi atónito como mi compañero, el cual se había adelantado a explorar, salió despedido del pasillo en el que se había metido e impactó contra la pared con una fuerza tremenda. Corrí directo hacía él solo para que un enorme brazo que salió del mismo pasillo me diera un puñetazo tan fuerte que me tiró al suelo.

Al incorporarme pude ver el cuerpo que estaba al otro lado del monstruoso brazo, cubierto por un grueso guantelete. Era un orco de más de dos metros de altura con el pelo negro azabache recogido en varias trenzas, la verde cara decorada con pinturas de guerra negra y blandía una espada de piedra gris de un descomunal tamaño con sus manazas.

Nos miramos durante unos segundos y sujetamos con fuerza nuestras respectivas armas.

Ataqué el primero.

Había decidido convertir al orco en el objetivo de mi frustración y transformarle en un montón de pulpa informe. Embestí con mi lanza al corazón de mi adversario, pero se giró y recibió una profunda herida en un hombro. Gritó de dolor, pero su insistencia no se vio afectada, puesto que me dio un potente puñetazo en la cara. El impacto contra mi casco le hizo bastante daño en la mano, pero me aturdió lo suficiente como para que lograra liberar su hombro. Con gran esfuerzo y dolor volvió a blandir su arma y arremetió contra mí mediante un tajo descendente en vertical. Bloqueé la espada con mi lanza y aproveché para darle un rodillazo a su pierna adelantada, para a continuación inclinar rápidamente mi arma, desviando la suya hasta el suelo, y golpearle con el extremo inferior en la mandíbula con toda la fuerza de mi cuerpo. Ante el impacto, el coloso verde se tambaleó, por lo que aproveché para lanzarle una patada frontal contra el pecho. Cayó al suelo y le atravesé antes de que pudiera levantarse. Soltó un grito ahogado y comenzó a respirar con dificultad, pero aún le quedaban fuerzas para resistirse y agarró mi lanza. Respondí hundiéndosela más en la carne.

- Algún día pagareis por todo lo que habéis hecho.

Dijo agónico.

Permanecí en silencio ante sus palabras y observé como la mano con la que sujetaba mi arma perdía su fuerza y el guerrero moría, trayendo el silencio, interrumpido únicamente por mi respiración y la de mi compañero, a mí alrededor. Después de unos largos segundos, arranqué la lanza del pecho del cadáver y le cerré los ojos.

Capítulo 3

Capítulo 3: Confrontación

Estaba fatigado por la reciente pelea, por lo que me senté en el suelo para recuperar las fuerzas. Mi descanso no duró demasiado, ya que numerosos gritos quebraron el silencio de repente. “Pero qué demonios ha sido eso”, recuerdo que pensé tras oír el griterío. Sin apenas pensármelo, me dirigí a toda prisa hasta su origen.

A pesar de estar dentro de los pasillos, desplegué las alas para poder ir más rápido. Recorrí la fortaleza a la mayor velocidad que podía, buscando en numerosas salas y despachando rápidamente a algunos renegados con los que me topé por el camino.

El sonido de los gritos se intensificó, lo que significaba que tras la puerta que tenía delante estaba lo que buscaba, así que derribé la puerta.

Cuando alcé la vista vi una escena terrible. El suelo de la estancia estaba cubierto de cadáveres y sangre, y en su centro se encontraba la creadora de la masacre, Protecnia, general suprema de los ejércitos humanos y mano derecha del emperador. Una asesina fría y brutal.

Su aspecto era aterrador. Estaba bañada en sangre y llevaba una vieja armadura con infinidad de marcas de antiguas peleas y recuerdos de adversarios caídos soldados a ella, como colmillos, amuletos o insignias. Su casco tenía incorporado una gran corona, signo de su altísimo rango, y unos pocos mechones de pelo rubio asomaban de él. Se quitó el casco, que llegaba hasta el puente nasal y presentaba dos lentes circulares de un color azulado, y la mascarilla, con un trío de tubos a cada lado que sobresalían y actúan como filtros, mostrando un pelo corto y unas gafas ceñidas al cráneo con una cinta elástica, detrás de las cuales observaban un par de ojos azules y tan helados como un páramo congelado y sin vida.

Varios individuos pertenecientes a diferentes especies estaban pegados a la pared, aterrorizados, mirando a la mujer bañada en la sangre de conocidos, amigos y familiares que estaba a punto de acabar con ellos.

Me fijé en que a diferencia de aquellos con los que me había encontrado antes, esta vez no se trataba de gente dispuesta a luchar hasta la muerte, si no de hombres y mujeres que carecían de armas, más allá que un triste cuchillo, o cualquier vestimenta diseñada para el combate, además de

estar acompañados de niños.

La impassible soldado comenzó a acercarse a los últimos seres restantes sin prisa, con la lanza preparada.

- Señora, no creo que sea necesario matarlos. Mírelos, deben de ser solamente campesinos o artesanos. No suponen ninguna amenaza.

Le dije tras ponerme delante suyo con el fin de evitar un derramamiento de sangre innecesario.

- Soldado, estas criaturas se han asociado con los opositores del Imperio, lo que supone una traición. Representan una enfermedad que ha de ser eliminada antes de que se extienda.

Tras decir esto, me apartó y alzó la lanza para comenzar con la muerte, y yo, como un destello, me puse en medio y desvié el ataque con mi arma.

- Ni se te ocurra tocarlos.

Me miró con odio, atravesándome. El tiempo que estuvimos sosteniéndonos la mirada el uno al otro parecía interminable y estábamos sumidos en un completo silencio. Entonces ella atacó

La velocidad de sus movimientos, combinados con una destreza sin parangón, rozaba la imposibilidad. El odio que cargaba cada uno de esos golpes era palpable en su devastadora potencia. No hablaba, no dudaba. Todo su ser estaba centrado en acabar conmigo.

Bloqueaba y esquivaba desesperadamente, sin poder ver la más mínima abertura entre la ráfaga de patadas, codazos, rodillazos y ataques con la letal lanza y las alas, tan afiladas que el aire silbaba amenazador a su paso. Una estocada esquivada a duras penas hizo saltar chispas del contacto con mi armadura.

La lanza de Protecnia quedó incrustada en la pared, y yo aproveché la oportunidad.

- ¡Corred!

Grité al tiempo que un rayo de energía azulado salió de mi lanza y se dirigía a Protecnia.

Protecnia arrancó la lanza de la pared, junto con varios fragmentos rocosos que se dispersaban en todas las direcciones, y se apartó de la mortal luz lo suficiente para estar a salvo, pero no indemne.

El rayo impactó en una de sus alas, destrozándola y haciendo girar a su portadora como una peonza.

Inmediatamente salté hacia ella. Entonces, cuando estaba casi encima de ella, hice una estocada con la intención de ensartarla. Pero ella plegó el ala restante y rodó por el suelo.

Después de recuperarse rápidamente, me propinó un golpe demoledor con toda la fuerza de su cuerpo, concentrada en la parte inferior de la lanza, de frente casco, seguido de otro, y otro, y otro, y después otro más.

Acabé en el suelo, y antes siquiera de poder darme cuenta, Protecnia estaba encima de mí dándome puñetazos con la fuerza de un cañón en cada uno.

Notaba como la sangre me salpicaba la cara y como se me rompía la nariz y se formaban diversas heridas más.

Cuando la masacre acabó, me arrancó la mascarilla y lo que quedaba del casco y me llevó a rastras hasta una pared donde me apoyó.

Vi a aquellos a los que intenté defender, que no habían logrado huir en el caos de la pelea, y a Protecnia dirigirse hacia ellos con mi lanza en la mano. Una mujer se interpuso entre ella y los demás, sujetando con manos temblorosas un cuchillo de cocina. La sangre llovió, los gritos inundaron la sala, las súplicas me apuñalaron el corazón y el fracaso me sumió en la oscuridad.

Cuando acabó, volvió hacia mí y tiró la ensangrentada lanza a mi lado. Se puso en cuclillas a medio metro de mi cara. Me dedicó una mirada gélida y pasó la mano por su cara ensangrentada, y después me la restregó por la mía, llenándome de la sangre de los aquellos a los que no pude proteger. Solo quedaban los pocos niños que había, temblando en un rincón.

Entonces se fue y me dejó acompañado de mi ira y oscuros pensamientos.

Y así acabé aquí, encerrado en una minúscula jaula suspendida de una de las torres de la Ciudadela, para que todo el mundo pudiera verme, la Vergüenza del Imperio. Atrapado sin comida, agua, contacto o movimiento y con el fuerte sentimiento de haber sido traicionado, del odio por descubrir la oscura verdad sobre la maldad de mi patria y por prometer cumplir unos juramentos vacíos.

Mi nombre es Tantalus, el Ángel Caído, Vergüenza del Imperio del Metal, y a partir de ahora busco tres cosas:

Venganza, justicia y redención.

Capítulo 4

Capítulo 4: El Emperador

El viento que sacude la terraza me agrada, especialmente acompañado de una bebida fresca, y me ayuda a aclararme la mente. El ambiente mejora con la llegada de Protecnia, la persona en la que más confío, más allá que una profunda amistad, y a quien considero mi igual, además de ser mi mano derecha.

- ¿Cómo estás Protecnia?

No dice nada, como de costumbre, si no que en su lugar se acerca a la mesa de metal, coge la botella, se llena un vaso y se apoya en la barandilla a mi lado. La noto muy alterada.

- ¿Es por ese soldado?

Los dos miramos la pequeña jaula en la que está encerrado, suspendido en el aire para que todos lo vean. La posición en la que se encuentra provoca diferentes tipos de reacciones por parte de la gente, desde insultos hasta el ignorar su existencia, principalmente por parte de los sirvientes no humanos, pasando por lanzarle lo primero que se tenga a mano. Merecen especial mención aquellos padres que, acompañados de su descendencia, usan su caída como ejemplo para sus hijos. Personalmente, me parece triste.

- Era un soldado prometedor y apasionado. Tenía muchas esperanzas puestas en él.

Dice ella, con una mezcla de rabia y frustración.

- Es lamentable que haya tomado esa acción. Ahora se opone a nuestros objetivos, y no lo debemos permitir.

- Recuerda, la debilidad es algo que no nos podemos permitir.

- No, no podemos. Nos corresponde a nosotros cambiar este mundo para mejor.

Protecnia asiente y yo termino lo que queda en la copa de un trago y me vuelvo hacia ella.

- Bueno, es hora de prepararse para dictar sentencia.
- ¿No se supone que primero ha de haber un juicio antes de condenarle?
- Habrá que montar un espectáculo.

Mientras bajo por la escalera veo a Protecnia desplegar las alas a la vez que sube a la barandilla de la terraza.

- Adiós Urenio.

- Sigo sin acostumbrarme a que digan mi nombre sin decir antes "Majestad".

Entonces salta al vacío y sigo avanzando al interior del palacio, hacia mis estancias. Por el camino me empiezan a seguir algunos sirvientes no humanos y los soldados apostados me hacen un saludo militar.

- Descansad muchachos.

Continúo andando por los pasillos, adornados de diferentes colores obtenidos de varios metales: oro, plata, cobre, rodio y tantos otros. Miro las estatuas, bustos y caras en metal de aquellos que ayudaron a dar forma a nuestra civilización: héroes, artistas, arquitectos y los soberanos que me precedieron, por nombrar unos pocos. Su recuerdo está inmortalizado en los metales en los que se basa nuestra sociedad. Es uno de los mayores honores.

Miro hacia detrás y veo a mi séquito de sirvientes. Deberían estarnos agradecidos, sin nuestra guía estarían peleando entre ellos por territorios o cualquier otra excusa.

Llego hasta las puertas de mis dependencias y las abro. Al entrar veo sentados en un sofá a Auro y Rohea, los estilistas reales.

- Bueno tardes Majestad.

Me dice Auro, el cual viste con ropas selectas elaboradas por el mismo, consistentes de una larga bufanda, pantalones ocultos detrás de una falda de anchas cintas que le llegan hasta las pantorrillas, y una camisa larga de botones engalanada con bordados. Todo plateado, al igual que la mitad derecha de su pelo, mientras que la otra es de color castaño y se unen en una coleta. También lleva varios adornos, como anillos, colgantes, pendientes y un piercing en una aleta de la nariz. Su hermana Rohea, en cambio, viste de una forma más modesta, con una camisa de manga larga plateada y unos pantalones de igual color. Lo que más llama la atención es su pelo, afeitado por un lado, adornado solo por unos puntitos amarillos, y multicolor por el lado que ha dejado crecer, que le cae hasta

la barbilla.

- Majestad.

Dice Rohea antes de hacerme una reverencia.

- Tengo que llevar a cabo el juicio contra el traidor. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

- Por supuesto.

Los dos contestan al unísono. Acto seguido se separan. Rohea llama a unas cuantas sirvientas y se pone a buscar en el enorme vestuario que han traído, mientras que Auro se dedica a tomar mis medidas y cada cierto tiempo se pone a garabatear en un cuaderno.

Estos momentos me resultan bastante molestos, pero entiendo que una imagen adecuada puede provocar varios efectos en la gente que me resultan ventajosos.

Una vez Auro acaba, se reúne con su hermana, la cual ha separado ropa de todo tipo, y comienzan a discutir sobre cuál es el conjunto perfecto para la ocasión. Tras esto, me hacen probar diversas combinaciones de prendas y accesorios durante un tiempo que parece eterno e increíblemente tedioso. Cuando por fin acaban me alegro de que todo esto haya terminado y estoy complacido con el resultado.

Capítulo 5

Capítulo 5: Vuelta a casa

Un día. Llevo todo un maldito día encerrado en esta minúscula jaula sin comer, beber, relacionarme e incluso moverme, ahogándome en mi ira. Puedo ver casi toda la Ciudadela desde aquí, y me alegro de no tener vértigo. La indescriptible altura que hay bajo mis pies, junto al fuerte viento, harían sufrir a cualquiera que no estuviera ya acostumbrado a las alturas como yo lo estoy.

El mecanismo conectado a los cables de los que se mantiene suspendida mi prisión empieza a sonar y me elevo. Una vez arriba veo a dos Ángeles con las caras descubiertas esperándome, posiblemente novatos por lo jóvenes que son. Cuando se abre la jaula no puedo detenerme y, antes de que puedan esposarme, empiezo a golpearles. El primer golpe es un puñetazo torpe en la cara de uno de los muchachos, seguido de una patada frontal al otro novato, que en realidad es una mujer, quien se ha abalanzado sobre mí. Rápidamente me vuelvo hacia el otro y le tiro al suelo con una llave, seguido de una patada en su cara descubierta, aprovechando su estado de vulnerabilidad. Inmediatamente la otra novata se lanza sobre mí y antes de que se acerque demasiado lo doy con una patada frontal, tirándola al suelo. Mis músculos no responden correctamente, por lo que me caigo al suelo tras el último ataque. Inmediatamente un tercer soldado entra y me suelta una patada tremenda aprovechando que todavía estoy tirado en el suelo.

- ¡Inmovilízadle, par de idiotas!

El que acaba de llegar habla con autoridad.

- ¡Sí, señor!

Dice uno de los novatos al tiempo que los dos se tiran encima de mí.

Como todavía me resisto con todas las fuerzas que me quedan el superior de los cadetes me pega otra patada.

- ¡¿Te gusta, pedazo de óxido?!

La sangre me sale por la boca, aún machacada, mientras me ponen esposas en mis manos y pies, conectadas a un grueso collar que me han puesto para no mover la cabeza.

Sigo luchando, solo para llevarme otro golpe más.

- ¡Llévalo ante el tribunal y no separéis la vista de él ni un segundo!

- ¡Sí, señor!

Responden al unísono los recién iniciados, que me agarran y me hacen avanzar casi a rastras hasta el tribunal.

Avanzamos por los enormes pasillos de las torres, completamente desiertos, a paso rápido. Mis carceleros, sobre todo el chico, siguen los consejos de su superior y no me quitan el ojo de encima, por lo que cada vez que intento resistirme mi ataque es repelido.

- ¡Muévete de una vez!

Ordena la chica tras el último intento.

Una vez llegamos a las puertas del tribunal veo dos guardias con pinta de ser veteranos apostados a cada lado. Una vez nos ven ellos a nosotros abren la puerta, mostrando el interior del tribunal, una enorme sala circular dividido en varios niveles atestados de personas. El nivel en el que estoy está completamente desierto a excepción de una plataforma situada en el centro y el asiento que hay en ella.

Se realiza un relevo entre los guardias y los que vigilaban la puerta son los que me llevan hasta el centro.

Al verme entrar toda la estructura se llena de ruido mientras las autoridades incitan al orden.

- El público te adora.

Dice uno de los guardias.

Poco después de detenernos junto a la silla metálica, aparece Urenio II, el emperador. Lleva puesta su corona, hecha de platino, oro y bronce; sobre un pelo corto de color negro, acompañada de varios adornos de metal en las orejas. Lleva una chaqueta de gala plateada abierta con cuerdas metálicas que unen las dos mitades, la cual tiene en un lado el escudo de armas de la familia real y el de la Ciudadela en el otro, una larga capa de oro, una camisa abotonada de plata y con botones de bronce. Sus pantalones están hechos con fibras de bronce y sus zapatos con plata.

La gente le aplaude y los soldados se arrodillan, no sin antes obligarme a

hacerlo a mí también.

Urenio toma su asiento en el tribunal y se dirige al público.

- Declaro el inicio de este Juicio. La humanidad contra Tantalius Septuo, al cual se le acusa de alta traición contra su pueblo.

Dicho esto me hacen sentarme a la silla y me esposan a ella.

- Comencemos.

Capítulo 6

Capítulo 6: Preso

El juicio transcurre como me esperaba. Son llamados al estrado varios testigos, la mayoría miembros del cuerpo de los Ángeles, para exponer su testimonio, además de presentar diversas pruebas en mi contra. En unas horas se termina el juicio y se emite un veredicto de culpabilidad. En cuatro días soy ejecutado.

Tras el juicio me llevan a la celda donde voy a estar en espera de la ejecución. Es una habitación cuadrada cuyas paredes y techo son metálicas, como todo en la Ciudadela, que cuenta con una cama, una mesa y una silla, además de un retrete. Todo está cubierto de una fina capa de polvo, signo de lo poco que se usan las celdas. Me pregunto quién sería el último que estuvo aquí encerrado, si es que no soy el primero.

El tratamiento que recibo es mucho mejor que cuando estaba en la jaula, aunque no es difícil de superar. Me dan comida través de una rendija en la puerta, además de que tengo espacio para moverme y soy capaz de llevar a cabo mis necesidades más básicas.

Durante el primer día de encierro logro calmarme para poder analizar mi situación actual y encontrar una manera de escapar, además de hacer ejercicio para devolver a mis músculos a un buen estado. Cuando veo desde la ventana que ya se ha hecho de noche he pensado en diferentes situaciones y en cómo afrontarlas, por lo que decido irme a dormir para reponer fuerzas.

Durante la noche sueño con aquellos a los que no pude salvar. Están cubiertos de sangre y tienen los ojos en blanco. Se acercan a mí con los brazos extendidos.

- No nos salvaste.

- ¿Qué vas a hacer ahora?

- ¿De verdad crees que puedes acabar con el mal del Imperio si no pudiste evitar que nos mataran?

Más cadáveres se hacen acto de presencia, gente que maté durante mi carrera como Ángel, pensando que hacía lo correcto.

- ¡Por tu justicia estamos todos muertos!

- ¡No hay redención para ti!

La marea de muertos se abalanza encima de mí y me ahogan, gritándome y culpándome de sus muertes.

- Lo siento. Lo siento tanto.

Empiezo a llorar mientras los cuerpos me aplastan, me empapo en sangre y los gusanos recorren mi piel.

Y entonces los veo. Urenio y Protecnia, por encima de la marea de muertos, riéndose de mí.

- Eres un idiota y un inútil Tantalus.

Dice él.

- Muere.

Tras decir estas palabras Protecnia me apunta con su lanza, de cuyas puntas empieza a generarse una luz azul.

Cuando dispara, la luz se acerca hacia mí, evaporando todos los cadáveres en su camino. Una vez me alcanza me despierto en la cama de la celda, envuelto en sudor. Mi corazón late tan rápido y con tanta fuerza que me duele. Noto que las lágrimas me recorren la cara.

Golpeo la pared, ignorando el dolor.

- No fallaré.

A la mañana siguiente repito la rutina del día anterior hasta el mediodía, cuando el guardia abre la puerta y dice:

- Tienes visita.

Me lleva por los pasillos de la prisión hasta una sala dividida en dos por un cristal. En la mitad en la que entro hay una silla.

- Espera aquí.

Atraviesa la puerta por la que entramos y la cierra desde el otro lado.

Me siento en la silla y espero a que llegue mi visita. Cuando se abre la puerta de la otra mitad de la estancia veo a mi familia. El primero en entrar es mi padre, quien lleva su distintivo aspecto, consistente en una

perilla cenicienta, pelo largo blanco por el que asoman unos pocos pelos del anterior color negro, y unas viejas gafas de metal con las patillas ligeramente dobladas detrás de las cuales se encuentran unos ojos de color gris. Todo esto acompañado de su tremendo tamaño, usualmente comparado con el de una torre por sus amigos. Su vestimenta esta compuesta por una bata abierta con los colores del bronce y la plata, una camisa verde, pantalones plateados y una bufanda cobriza con secciones de plata alrededor de su cuello.

Mi madre aparece detrás de él. Lleva un vestido azul y plateado acompañado de una chaqueta con el mismo patrón. Lleva brazaletes en ambos brazos, una argolla en su nariz y su largo pelo rojo está recogido en una coleta, a excepción de unos pocos mechones que tapan parte de su frente. Nada más entrar fue corriendo hasta el cristal y me miró con sus preocupados ojos verdes, de los que empezaban a brotar las lágrimas.

-Tantalius, mi niño...

Su voz está quebrada.

Mi padre se acerca y la acompaña a uno de los asientos, permitiéndome ver que también está llorando, en contraste con su usual alegría.

Un silencio incomodo inundó la estancia durante un tiempo que parecía no acabar. Mis padres miran el suelo mientras contienen las lágrimas, seguramente pensando qué decir ante esta situación, con toda certeza horrible para ellos. Las creencias e ideologías que les han acompañado toda la vida como habitantes de la Ciudadela, contra su hijo, el cual las rechazó y se rebeló por unos seres inferiores.

- Hola.

Soy el primero en hablar, rompiendo el silencio y consiguiendo que levanten la vista del suelo. Sus labios tiemblan ligeramente antes de responder.

- Hola Tantalius.

- ¿Cómo te tratan?

Pregunta mi padre, visiblemente preocupado.

- Diría que me tratan bien. Aunque comparado con la jaula todo es mucho mejor.

- Bien.

El silencio se vuelve a formar después de que mi padre hable, hasta que la pregunta que tarde o temprano iba a aparecer y no quería oír sale de los labios de mi madre.

- Tantalius, ¿por qué lo hiciste?

- Porque consideré que era lo correcto. La razón por la que esforcé en ganarme las alas y la lanza.

- ¿Consideraste que "lo correcto" es aliarte con una banda de salvajes y rebelarte contra tu superior, ese monstruo que es Protecnia?

Contestó mi padre mientras se levantaba del asiento y se acercaba al cristal separador, tanto que si no fuera por él ahora estaría notando su aliento.

- ¡Esos fanáticos quieren ver a los humanos arder!

Mi madre habla alborotada, con la cara cubierta de lágrimas.

- ¡Gracias al Imperio aprendieron lo que significa la civilización! ¡Les dimos conocimiento y orden y les introdujimos en nuestra sociedad a cambio de llevar a trabajar para nosotros y nos lo agradecen de esa manera!

- ¡¿Qué es lo que has visto para darle la espalda a tu familia y todo lo que conocías?!

Continuó.

- No es por lo que he visto en ellos mamá, si no por lo que he visto en nosotros.

Tras estas palabras mis padres se quedan con la boca abierta, buscando el significado de lo que había dicho.

- ¡¿Si de verdad somos tan civilizados, cómo es que somos capaces de derramar sangre y no sentir ninguna clase de remordimiento, y encima contentarnos con excusas baratas como la patria u otra basura como justificación?!

Les grito, asqueado.

- ¿A qué te refieres?

Preguntó mi padre.

- Lo siento, pero ya se ha terminado el tiempo.

Anunció un guardia que acababa de entrar en la sala por el lado de mis padres. Poco después, el soldado encargado de vigilar me cruza la puerta cercana a mí.

- Adiós Tantalus. Hagas lo que hagas siempre te querremos.

Mi madre se seca las lágrimas de la cara tras estas palabras.

- Yo también.

- Adiós.

Tras cruzar mis padres la puerta me levanto y empiezo a andar de vuelta a mi celda. Entonces, cuando ya estoy al lado de la puerta, un tremendo jaleo se forma por donde se habían ido mis padres. De repente, alguien abre la puerta de una patada, permitiendo que se entendieran perfectamente los gritos.

- ¡Te he dicho que voy a ver a mi hermano y eso es lo que voy a ver, jodido capullo enlatado!

Nada más terminar estas palabras veo a mi hermana, Volmia, soltando todavía más palabrotas que de costumbre a un atónito guardia, que lo único que puede hacer es quedarse con la boca abierta mientras ella le grita.

- ¡Señora, por los hilos de la Tejedora, que el horario de visitas ya ha terminado!

No puedo contener mi sonrisa cuando oigo lo que acaba de decir, porque sé que el soldado acaba de meter la pata hasta el fondo.

Volmia se da la vuelta y le mira con sus ojos rojos como si fueran llamas.

- ¡Tengo 29 años gilipollas en conserva, así que te diriges a mí como señorita, atontado!

- ¡Sí, seño...!

La mirada que le dedica mi hermana corrige el error que estaba a punto de volver a cometer.

- ¡...rita! ¡Señorita!

- Mejor.

El hombre sale de la habitación, al igual que el que me vigilaba, seguramente para ahorrarse una discusión.

Vuelvo a acercarme al asiento mientras veo a Volmia acortar la distancia entre nosotros. Su melena roja como el fuego se agita por los pasos apresurados que da, al igual que su ropa, consistente de una chaqueta, botas y una camisa de tirantes, todo del color de la plata a excepción de las líneas rojas que las recorren elegantemente. Tiene cara de muy mala hostia.

- ¡¿Se puede saber en qué coño pensabas, imbécil?!

-Yo también te quiero, Vol.

- ¡Durante estos días hemos vivido un infierno en casa! ¡¿Pero qué se te pasó por la cabeza para querer que Protecnia te partiera la cara?!

- Eh, que yo también le di un repaso.

Digo sin poder contener mi orgullo.

- Y una mierda.

Contesta mientras esbozaba una sonrisa.

Puedo intentar ser todo lo serio que quiera, pero delante de mi hermana termino por comportarme como un crío. Aunque ella también.

-Ya han hecho público dónde y cómo vas a ser ejecutado.

- ¿Dónde va a ser?

- En la Gran Plaza, a nivel del suelo, donde todo el mundo podrá ver cómo te matan.

Silencio

- Oye Tanta, no sé por qué hiciste lo que hiciste, pero conociéndote estoy segura de que tenías un buen motivo. Me da igual lo que digan los portavoces.

- Muchas gracias.

- Tú harías lo mismo por mí.

- Qué va.

Los dos nos reímos y me olvido de todos mis problemas en unos magníficos segundos. Hasta que mi hermana empieza a llorar.

- Joder, no quiero que mueras. Eres el tío que menos se lo merece.

Yo también empiezo a llorar, y una vez los dos nos secamos las lágrimas, Vol hace el esfuerzo de sonreír.

- Más te vale no morirte idiota. Si lo haces me vas a partir el corazón.

- No pienso morir fácilmente hermanita.

Tras esto nos despedimos y cada uno va por su camino. Yo a mi celda, y ella a casa.

Durante la noche no soy capaz de dormir, porque sé que mi hermana mayor va a cometer una estupidez para salvarme.

Lo peor es que le voy a estar agradecido.

Capítulo 7

Capítulo 7: Último día de trabajo

El sonido del despertador me desvela de una de las peores noches de mi vida. Aun así, quiero quedarme un poco más en la cama. Solo cinco minutos. El despertador no está muy a favor de la idea.

- Nnnmmff, puto trasto.

Tanteo la mesa buscando el molesto aparato para tirarlo.

- Aaarg, está bien. Ya me levanto, ya me levanto.

Me siento en mi cama y cogí el reloj para parar su puñetera melodía.

- Mucho mejor.

Me levanto y me dirijo al armario empotrado a ponerme la ropa. Al llegar abro la puerta y empiezo a abrir los cajones para coger lo primero que veo que sea de mi agrado en el pequeño desorden que constituye cada uno de ellos. Al terminar, descuelgo mi chaqueta favorita de la percha y miro lo que había sacado: una camisa gris oscura hecha con fibras de hierro, unos pantalones azules de oro azul y unas botas plateadas. Me quito la camisa con la que duermo, me cambio y salgo de mi habitación, de camino a la cocina, con la chaqueta en la mano. Por el camino veo a mis padres durmiendo en su dormitorio, la charla que tuvieron ayer con mi hermano los ha machacado. En ese momento tengo un instante de culpa, ya que voy a abandonar a mis padres en un momento tan malo. Además, casi seguro que muero si el plan falla.

- Joder.

Entonces la respuesta es sencilla, no puedo fallar. Qué pena que sea más fácil decirlo que hacerlo.

Tras bajar las escaleras y llegar a la cocina cojo rápidamente una manzana y me preparo un vaso con zumo. Cuando termino de beber, me pongo la chaqueta, plateada y decorada con líneas rojas, y salgo de casa.

Camino hasta salir de la torre donde vivo, la Torre del Alba, y el frío viento de la mañana me da la bienvenida. Subo la cremallera de la chaqueta, me pongo la capucha y empiezo a comer la manzana mientras camino hasta la Torre de los Artistas, una de las cuatro torres más antiguas y altas y cuyo nombre es un homenaje a Tálema y Dáelus, donde yo y tantos otros

nos dedicamos a crear armaduras, armas, muebles, esculturas, diseños de edificios y demás. Todo lo que sale de ahí es una maldita obra de arte.

Durante el camino por los puentes que conectan las distintas torres entre sí, paro un momento y me siento en un banco a terminarme la manzana mientras miro el paisaje. Desde esta altura se puede ver casi toda la Ciudadela, a pesar de que las torres bloquean la vista, el viejo bosque de Orinia, aunque con lo grande que es debería llamarse selva de Orinia, y si fuerzo la vista soy capaz de ver las montañas de Sierra Nubla. Recuerdo mis viejas clases de geografía y pienso en Libe, el gran desierto que está detrás.

Encesto los restos de la manzana en un cubo de basura que hay al lado del banco y retomo el camino al trabajo. Hoy es el único día que no me puedo permitir llegar tarde. Tengo mucho trabajo que hacer.

Al cabo de unos minutos por fin llego a la puerta de entrada de la torre y empujo la puerta de doble hoja, entrando en una gran sala que ocupa esta planta de la torre en casi su totalidad. Mientras voy andando hasta el extremo donde está mi taller privado veo el ajetreo que hay formado en la zona común, acompañado de una inmensa cantidad de ruido, donde los sirvientes no humanos llevan herramientas, materiales y cosas a medio hacer de un lado a otro, atendiendo a las exigencias particulares de cada persona; los trabajadores prueban sus creaciones, como armaduras, armas, inventos diversos o alas, conectadas temporalmente a su columna para comprobar su correcto funcionamiento y que actúe como una serie de músculos más del cuerpo; y se llevan a cabo modificaciones de última hora en diversos aparatos, entre tantas otras cosas que constituyen la bulliciosa actividad del lugar.

A mitad de camino veo a Rohea, una de los estilistas reales, rodeada por una masa de personas en movimiento que atienden a sus órdenes y vienen y van cargados de telas, abalorios, collares y demás adornos.

Cuando llego a la puerta de mi taller y la abro, primero me aseguro de cerrar bien, para que la habitación quede en el máximo silencio posible, y después corro la cortina tras la cual está mi último trabajo, un nuevo modelo de armadura alada, más gruesa que el actual, para ofrecer una mayor protección, y con un gran par de alas acompañadas de dos pequeñas alas auxiliares, para poder maniobrar en vuelo a pesar del gran peso. Estimaba que me quedaba como una semana para poder terminar el prototipo a mi ritmo habitual, pero voy a tener que acabarlo hoy para llevar a cabo mi plan.

- Tanta, no sabes la pedazo de hermana que tienes.

Cuelgo mi chaqueta en una percha, abro la taquilla donde guardo mis cosas de trabajo y saco las herramientas, las gafas de protección, los

guantes y el delantal. Tras ponerme las medidas de protección y recogerme el pelo en un moño, manipulo el mecanismo del aparato del que cuelga la armadura y lo traslado hasta la zona de trabajo para moverme con comodidad.

Acerco las mesas de ruedas en las que están separadas las herramientas y las piezas y empiezo a trabajar. El tiempo pasa ajeno a mí mientras estoy sumida en mi tarea. Me encuentro perdida en la canción formada por los utensilios y los aparatos, combinado con la danza de mi cuerpo constituida por los diferentes movimientos que hago según la situación y mis desplazamientos por la sala para manejar un mecanismo determinado, cambiar de herramienta, o coger los elementos de la armadura.

- ¿Cómo va eso?

Dice alguien a mi espalda, dándome un susto de muerte que me devuelve a este mundo.

- ¡Me cago en el metal!

Grito mientras me doy la vuelta.

- Eso es mucho.

Dice Rohea, estilista real y mi mejor amiga.

- ¿No podías llamar a la puerta? Casi me matas del susto.

Le pregunto cabreada.

- Lo hice, pero no me escuchaste. Así que entré.

Me contesta con una sonrisa.

-Te repito la pregunta. ¿Cómo vas eso?

Miro el resultado de todo el trabajo que he hecho y de repente me encuentro cansada, por lo que cojo una silla y me "siento", si se le puede llamar así a lo que estoy haciendo, de la manera más cómoda que encuentro.

- Bien, casi he terminado. Solo me queda terminar cuatro cosas del brazo izquierdo, unirlo, reforzar algunas cosas, sobre todo en las alas, y hacer un repaso rápido al final.

- ¿Sabes qué hora es?

Dice Rohea tras acomodarse en el escritorio donde dibujo todos los diseños que planeo, tras apartar con cuidado algunos de mis planos,

bocetos y anotaciones.

- No, no he mirado el reloj ni una vez.

- Lo imaginaba.

Deja una bolsa en la mesa donde tengo todas las herramientas y saca de ella un bocadillo.

- Hora de comer y descansar. No vas a poder salvar a Tantalus si estás cansada y hambrienta.

Me habla con total seriedad mientras empieza a comer su propio bocadillo.

- Esta bieeen.

Digo resignada mientras intento alcanzar el bocadillo sin moverme demasiado de la silla.

- ¿Te acuerdas de cuando nos sentábamos en los bordes de los puentes de crías a comer los bocadillos?

Mientras le hago la pregunta mi amiga devora su bocadillo.

- Fi. La de bronca que me dieron mis padres por eso.

Responde con la boca llena.

- Y a ti cuantas te dieron.

Continúa tras tragar.

- Perdí la cuenta tras la decimoquinta vez.

Las dos empezamos a reírnos en voz alta. Me río tanto que me atraganto con el bocadillo, haciendo que Rohea se ría todavía más alto y casi se caiga del escritorio.

- ¡Hostiaaaa!

Grita mientras recupera el equilibrio, haciendo que ahora sea yo la que ríe a pleno grito.

- ¿No crees que van a sospechar de todo este jaleo?

Le pregunto cuando me consigo recomponer.

- Bah, no te preocupes. Les he estado dando trabajo para un montón de rato, así que no tendrán tiempo de pensar que pasa y, el que lo haga, pensará que te he encargado algo complicado.

- Genial.

Rohea se termina su bocadillo y baja de un salto.

- Creo que te vendrá bien que te eche un cable.

- Yo también lo creo, pero recógete esa media melena de unicornio y no estropees ese precioso conjunto tuyo, que alguien va a sospechar.

Me termino el bocadillo y, acto seguido, me levanto y me dirigo a la taquilla para sacar otras gafas, guantes y delantal extras que tengo guardados.

- Te encanta mi peinado, admítelo.

Vuelve a sonreír.

- Venga, empecemos.

Digo mientras le doy la ropa protectora.

Una vez se la ha puesto y se recoge el pelo comenzamos a trabajar en el brazo. Mi amiga se pone a tararear una canción mientras trabaja, y me acuerdo de nuestro tiempo juntas en la Academia de Artistas. Éramos inseparables y, en algunos momentos, tan distintas como la noche y el día. Yo trabajaba duro y tenía talento a la hora de llevar a cabo los trabajos manuales, cada vez mejor. A ella, en cambio, le resultaba muy complicado entender las clases y, a la hora de llevar a cabo la creación de algo, no sabía qué hacer. Sin embargo, todo lo compensaba con una gran cantidad de pasión e interés. Poco a poco ambas fuimos mejorando, pero ella, a su ritmo, logró superarme y al resto de alumnos, que solían ignorarla o se burlaban de ella por su extravagante actitud y aspecto, y comenzó a llevar a cabo construcciones de gran belleza y utilidad de una forma que casi nadie entendía cómo lo hacía. Además, era la que más se divertía. Con el tiempo, logró dominar casi todos los campos que se enseñaban en la academia, llamando la atención del emperador, y convirtiéndose en una estilista real y ayudante de uno de los líderes del mundillo de los artistas y consejero real.

Ahora, cuando la miro, veo a esa chica, ahora mujer, divirtiéndose mientras trabaja en lo que le apasiona a medida que canta, logrando un

gran resultado y llenándome de energía.

Yo, por mi parte, intentaba encontrar siempre la manera de mejorar, tanto en el trabajo como en la vida, tomando nota de los errores que cometía en el proceso de fabricación, y, con mucho trabajo duro, cabezonería y dedicación; me gradué como una de las mejores Ingenieras de Armaduras del curso.

Cuando me di cuenta, la armadura estaba terminada, así que nos sentamos y contemplamos el resultado.

La armadura tenía un aspecto curioso, con la parte que ya había completado antes decorada en su mayoría, mientras que lo que se había hecho hoy carecía de los adornos, entre los que se encontraba el escudo de armas de los Ángeles, y se notaba que se había hecho de forma rápida. Sin embargo, estaba completamente segura de que era plenamente funcional y podía llegar al máximo rendimiento.

- ¡Venga, a probarla!

Rohea corre a manejar los mandos para mover la armadura hasta la plataforma de ensamblaje, adonde yo me dirijo. Una vez ahí, introduzco en la consola la orden de comenzar con la operación. A los pocos segundos, unos brazos mecánicos aparecen a mí alrededor y comienzan a desmontar la armadura, para después vestirme con ella, comenzando por los pies. Cuando los brazos han terminado su labor, agarro el yelmo, me lo pongo en la cabeza, bajo la visera, la ajusto y comienzo a mover mi cuerpo para comprobar la flexibilidad.

- Todo perfecto. Vamos con las alas.

Introduzco una nueva orden en la consola, haciendo que los brazos vuelvan a aparecer y comiencen a acoplar las alas en la espalda de la armadura y conectándolas a mi cuerpo mediante unas pequeñas agujas en la nuca, pudiéndolas controlar así como un músculo más de mi cuerpo. Noto un ligero pinchazo. No duele, pero es molesto.

Cuando empiezo a sentir las alas a mi espalda, las despliego y empiezo a aletear ligeramente.

- Las alas principales y auxiliares son completamente operativas.

- Voy a echar un vistazo.

Comenta Rohea mientras sigo moviendo la parte artificial de mi cuerpo bajo su mirada.

- Todo en orden.

Concluye.

- Entonces solo me queda conseguir armas.

Caminamos por los pasillos de la Torre de los Artistas, en dirección al Museo de Artes, donde se alojan todos los objetos creados hasta la fecha, para que cualquiera pueda consultarlos, junto a los diseños de estos. Estoy empujando un carrito con telas metálicas junto a Rohea. Nuestra intención es robar varias armas, que esconderemos en el carrito, mientras solicitamos la retirada de otros objetos bajo la excusa de un gran proyecto que está organizando la estilista real.

Entramos en el Museo, cuya sala principal presenta unas grandes dimensiones y tiene expuestos algunos de los grandes inventos de la historia de la humanidad, como una sucesión de las armaduras de combate utilizadas por el ejército a lo largo del tiempo o las famosas alas artificiales de los Ángeles Metálicos. Varios niños corretean de aquí para allá mirando y tocando las muestras de las distintas exposiciones, en algunos casos incluso intentar llevarse algo sin que nadie se dé cuenta sin demasiado éxito.

- ¿Éramos así de pequeñas?

Le pregunto a Rohea mientras contemplo la escena.

- Éramos mucho peores.

Avanzamos esquivando a los críos y a los adultos que los vigilan hasta la recepción, atendida por un enorme orco con uniforme. Nadie quiere estos trabajos.

-Buenas tardes, vengo a sacar algunas cosas del almacén.

El orco comienza a hurgar debajo de su mesa sin levantar la vista ni un momento. Cuando termina, deja una hoja de papel enfrente de nosotras.

- Por favor, rellene esto.

Dijo sin mirarnos.

- No tengo tiempo para esto. Soy Rohea Inregios, ayudante de Croma Pentio, de la Cúpula de Artistas, y ella es mi ayudante.

Tras estas palabras, el orco comenzó a ponerse tremendamente teso y

bajó aún más la vista.

- Si, señorita.

La enorme figura empieza a temblar a medida que retira el papel. Tras esto, se gira hacia una sirvienta orsiu que estaba junto a él ordenando papeles.

- Por favor, acompáñalas al almacén.

- Si.

Responde la hembra de características felinas. Al llegar a nuestro lado, evitando cruzar las miradas, dice lo siguiente:

- Por favor, permítanme llevar el carrito.

- Gracias.

Le contesto mientras me aparto para que agarrase la barra con sus manos, que, como en todos los de su especie, tenía unas uñas negras ligeramente curvadas capaces de retraerse y expandirse dentro de unos límites. Estas habían resultando muy útiles para cazar y en el combate cuerpo a cuerpo.

Atravesamos el museo en dirección al almacén, con la sirvienta siguiéndonos detrás. Durante el camino cruzamos diversas salas de diversas temáticas. En algunas se exponen obras de arte de distintas épocas, mientras que en otras, la historia del Imperio y del mundo antes de su creación. También hay algunas estancias dedicadas a la geografía, la flora, la fauna y los otros pueblos de Asroa. Sin embargo, estas últimas no ahondan demasiado en las variadas culturas, si no que solamente otorgaban información básica y su relación con el Imperio. Al llegar a las puertas, Rohea saca un juego de tres pequeñas llaves de uno de los bolsillos de su pantalón e introduce cada una en tres cerraduras diferentes, las gira y abre la puerta, desvelando un largo pasillo oscuro a excepción de las cercanías a la entrada, donde la luz del museo permite ver varias estanterías de gran altura en las que hay depositadas varias cajas cerradas.

Nada más entrar aprieta el interruptor de la luz e ilumina la gran estancia. Las luces del techo se encienden de dos en dos, mostrando las largas filas de estanterías que ocupan el almacén.

Rohea y yo ya comentamos qué armas buscamos, por lo que sabemos a dónde hay que dirigirse, así que avanzamos hasta el fondo de la sala y la sirvienta nos sigue. Mientras andamos miro a mi alrededor y observo las cajas, cuyo año de creación disminuye a medida que caminamos, además

de unas pocas personas moviendo cajas o buscando algún artículo. Seguimos avanzando hasta alcanzar unas escaleras que descienden a otros pisos, donde el polvo aumenta y la gente disminuye, y utilizamos el montacargas para transportar el carro. Una vez hemos descendido tres pisos, le decimos a la orsiu que no hace falta que siga. Tras esto, hace una reverencia, se da la vuelta y vuelve por donde vinimos. Nosotras andamos un poco más y nos detenemos junto a las estanterías que contienen lo que buscamos. Me acerco a una de ellas, saco una caja, la apoyo en el suelo y le quito la tapa de metal.

- Espero que no estén estropeadas.

Digo mientras observo el contenido: una vieja pistola de 4 disparos de algunos cientos de años de antigüedad, conservada es un estado excelente, con solo unas pocas marcas del paso del tiempo. En la propia caja están guardadas dieciséis balas.

Rohea la coge y procede a examinarla.

- No muestra ningún defecto que pueda afectar al funcionamiento, al menos a simple vista.

Procede apuntar con el arma y aprieta el gatillo después de algunos segundos, produciendo un ligero clic que es aumentado por el eco del lugar.

- Estas armas son lo suficientemente potentes para afectar a cualquiera que te ataque y están demasiado viejas y desfasadas para que se den cuenta pronto del robo.

- Empecemos a cargar.

Digo y comenzamos a colocar varias cajas en el carro, ocultas parcialmente por las telas que trajimos. Tras esto, procedemos a volver a las plantas superiores para retirar otros objetos.

- Muchas gracias por esto.

- Los amigos están para eso. ¿Quién te va a ayudar con tu plan suicida si no estoy yo?

- Estoy preocupada por lo que te pueda ocurrir. Tengo miedo de que te puedan acusar de traición o alguna mierda parecida.

- No te preocupes, me las apañaré sobre la marcha. Ahora vamos a terminar con esto.

Capítulo 8

Capítulo 8: Despedida privada

- Por la Madre Tierra, ¿dónde se ha metido esta chica?

Me digo en voz alta mientras veo el cielo nocturno por la ventana de la cocina. Hacía rato que había terminado todas mis tareas y desde entonces he estado todo el rato pensando en ella. No suele volver tan tarde y no había mencionado que fuese a hacer algo a estas horas. Empiezo a pasear por la casa para comprobar si me había dejado algo por hacer. Al cabo de unos minutos me paro delante de un espejo situado en el salón y contemplo mi reflejo. La imagen que veo es la de una musculosa orca de avanzada edad, poseedora de una altura muy superior a la usual en su especie, cubierta de tatuajes de guerra, con el pelo negro y blanco recogido en una trenza, unos cortos colmillos sobresaliendo de entre los labios, piel de un suave color verde y ojos de distintos colores, uno naranja y el otro azul. Mi mente inmediatamente viaja a los días de mi juventud, cuando participé en la guerra provocada por aquél hijo de puta demente que era el abuelo de Urenio, la Guerra de los Dragones. Los cruentos recuerdos del comienzo de mis días como luchadora por la libertad atacan mi cerebro. La sangre de mis compañeros, mezclada con la de mis enemigos, estaba por todo mi cuerpo mientras me abría paso a sus filas a base de descomunales mandobles y pura fuerza bruta. La destrucción causada por los macabros combates y toda la muerte. Después de la guerra no habían muchas opciones: o trabajabas como mano de obra o sirviente, o eras apresado o incluso ejecutado, así que el Imperio no es precisamente conocido por su benevolencia. Al menos gracias a trabajar aquí pude conocer a dos personas muy especiales. Tras terminar con mis reflexiones oigo como la puerta se abre y alguien entra.

- Llegas muy tarde, señorita.

Me dirijo a la entrada, donde está la mujer a la que consideraba una hija mía, Volmia Septrio. Se la ve tremendamente seria y con la mente ocupada. Tras haberla visto crecer sé que trama algo. Algo tremendamente peligroso.

- Volmia.

Intento captar su atención.

- Me tuve que quedar un rato más en el trabajo, Nalda.

Me dice tras espabilarse, con voz cansada.

- Te conozco como si hubiese sido yo la que te trajo a este mundo. ¿Qué es lo que planeas hacer?

- Nada.

- Vas a tener que hacerlo mejor.

Tras estas palabras, Volmia suelta un largo suspiro de frustración. Sabe que no voy a aceptar un no por respuesta.

- Está bien, está bien. Mira que eres cabezota.

Se resigna y empieza a contarme su plan para salvar a su hermano Tantalus, como su amiga del pelo raro, Rohea, le ayudó a conseguir todo lo que necesitaba, y de qué forma va a evitar que se produzca la ejecución. Tras terminar de escuchar su historia, me siento tremendamente orgullosa de ella, pero la preocupación me inunda y los huecos presentes en ese plan nublado por las emociones no me ayudan.

- ¿Y después de eso que piensas hacer?

- No había llegado a pensar en eso. Supongo que sobrevivir como podamos.

Responde con la mirada fija en el suelo.

- ¿Y qué demonios vas a hacer si os topáis con una patrulla? ¿Y si alguno de los dos acaba herido? Por no mencionar que no tienes ni idea de cómo sobrevivir en la naturaleza.

- ¡Joder Nalda, me importa todo una mierda! ¡Lo único que quiero es salvar a mi jodido hermano!

Empieza a llorar en desesperación mientras habla. Yo, por mi parte, respiro y me aclaro la mente.

- He oído que un grupo de rebeldes ha montado un campamento en el bosque de Orinia. Tal vez os ayuden al convertiros en fugitivos.

- Muchas gracias.

- Si de verdad me estás agradecida ten cuidado y sal de aquí con tu

hermano. Los dos de una pieza.

Dicho esto, nos abrazamos durante un largo rato. El tiempo parece detenerse. Ambas sabemos que, a partir de mañana, todo va a cambiar, y puede que esta sea la última vez que nos veamos.

- Por favor, cuida de mis padres.

Sus palabras están acompañadas de ríos de agua que brota de sus ojos.

- No te preocupes de eso, tu tío y yo ya nos encargamos de ellos.

Tras esto, nos separamos, pero mantengo mis manos en sus hombros y la miro directamente a esos ojos forjados en una llama imperecedera, sabiendo que va a lograr aquello que se ha propuesto.

- Vete a descansar, que mañana vas a necesitar toda la energía que puedas conseguir.

Capítulo 9

Capítulo 9: Hermanos a la fuga

Estoy sentado en la cama, esperando, cuando los guardias vienen a por mí. Proceden a abrir la puerta y, una vez hecho esto, me ponen esposas en los pies y las manos. Tras esto, comenzaron a llevarme hasta la Gran Plaza. Nada más salir de la celda me encuentro con una visita indeseada.

- Menudo espectáculo has montado, chaval.

Dice con una risa Ferrus, capitán del cuerpo de los Ángeles Metálicos, un gran pedazo de escoria al que siempre he considerado una deshonra para el cuerpo y del que nunca entendí como alcanzó su rango. Ahora sé que las cosas no eran como yo las veía.

- Un montón de gente se ha reunido para ver como pierdes la cabeza. Debe de ser halagador, ¿verdad?

Se encuentra a un palmo de mi cara, echándome encima su apestoso aliento. Su cara está bañada por cicatrices, una de las cuales atraviesa uno de sus dos ojos marrones. Su pelo negro, del mismo color que su barba, está echado para atrás, llegándole hasta la nuca.

Ya estoy harto de todo, y este imbécil es la gota que colma el vaso. Aprovechando que se quita el yelmo, le propino un cabezazo en la nariz, haciendo que un abundante río de sangre salga de ella y el idiota caiga al suelo. De todas formas, ya daba igual lo que hiciera en estos momentos. O lograba escapar o moría.

- ¡Maldito pedazo de óxido de mierda!

Rápidamente, uno de los guardias corre a atenderle a medida que me amenaza e insulta, mientras que el otro me obliga a seguir andando.

El viento frío me sacude en la cara nada más salir de la prisión, haciendo que los finos hilos de sangre que me caen de la frente se muevan hacia los lados de mi cara.

Durante el camino a la plaza veo a muy poca gente, la cual me observa desde las ventanas de sus casas o simplemente se aparta si se pasamos cerca de ellos.

No puedo negarlo, estoy asustado. A cada paso que doy el temor aumenta un poco. Sin embargo, no pienso darle a nadie el gusto de poder verlo,

por lo que me mantengo erguido y sereno.

Al cabo de unos minutos llegamos a la puerta del ascensor que tomaremos para llegar a nivel de suelo. La espera hasta que llega me resulta eterna e incómoda. Cuando por fin llega a su destino, las puertas correderas se abren automáticamente y procedemos a entrar junto a otro soldado que esperaba en el interior.

- ¿No se supone que tenían que escoltarlo dos personas hasta aquí?

Le pregunta la mujer del ascensor al hombre que me escolta mientras aprieta el botón para bajar a nuestra parada.

- Si, pero el Capitán Ferrus se puso de chulito con el preso y recibió un cabezazo que le destrozó la nariz. Así que mi compañero se ha quedado para atenderle.

- ¿iEn serio!?

Pregunta gritando por la sorpresa mientras se ríe.

- Que bueno.

Tras decir esto, se gira hacia mí.

- Que sepas que me caes algo mejor. El idiota ese se lo tenía ganado.

- Mejor que no digas nada así cerca de algún superior a no ser que quieras buscarte un problema.

Dice su compañero nada más oírla.

- Si mamá.

Cuando ya nos acercamos a la Gran Plaza me quedo impactado al ver la gran cantidad de gente que se ha congregado en la zona. Una vez el ascensor se detiene, los soldados me llevan por un camino delimitado que nos separa del gentío, el cual enmudece el mismo momento que pongo un pie fuera del ascensor. Siento el peso de todas las miradas que se posan sobre mí mientras recorro el camino, el cual lleva a una plataforma que ha sido montada en el punto más central que permiten las diversas decoraciones de la plaza, especialmente una gran estatua situada en el centro de los fundadores de esta supuesta civilización, Tálema y Dáelus. No puedo evitar pensar en qué dirían si vieran los podridos frutos que surgieron de su sincero esfuerzo.

Cuando por fin llegamos a las escaleras, me resulta difícil subir cada peldaño. Tras acabar de ascender encuentro a tres personas con uniforme

militar de gala, plateado y cargado de adornos de varios colores. Reconozco a uno de ellos como el General Titano Grecos, del ejército de tierra, un hombre mayor con el pelo cubierto de canas y la cara llena de arrugas. La pareja que me ha acompañado hasta el momento me deja a cargo de los acompañantes del general, los cuales cargan cada uno una alabarda.

- Compañeros y compañeras humanos, nos encontramos aquí para presentar un castigo ejemplar a nuestro antiguo compatriota, quien se rebeló ante el cumplimiento de su deber como soldado y traicionó a nuestra patria, el grandioso Imperio. Que este sea un momento en el que se recuerde que aquellos ingratos que se opongan a esta magnífica civilización y a sus nobles habitantes serán castigados, pues somos nosotros la fuente de la prosperidad de Asroa, la cual hemos de proteger eliminando cualquier amenaza, ya sea interna o externa.

Los elegantes soldados me hacen ponerme de rodillas cuando el carcamal de Titano termina su nauseabundo discurso. Este último se acerca a mí mientras desenvaina una espada con un filo ornamentado.

“Joder Volmia, ¿Dónde demonios estás?”

Como respuesta al pensamiento, una figura envuelta en un manto de plata sube a la plataforma y antes de que nadie sea capaz de reaccionar, saca dos pistolas y, con un sonido fuerte como un trueno, dispara contra el general y los soldados de las alabardas. Aprovechando la sorpresa de la gente, dos pares de grandes alas de metal atraviesan el manto, rompiéndolo y revelando a Volmia llevando una voluminosa armadura, en la cual han sido puestas dos filas de fundas caseras que sujetan varias pistolas, una a cada lado del cuerpo y con varios depósitos para otras tantas, además de un cinturón el que lleva varios cargadores. Antes de que todo el mundo se recupere del asombro, mi hermana se acerca con la velocidad de un rayo y, tras cerrar las tres piezas del yelmo, alza el vuelo.

- ¡Tenías que esperar hasta el último momento, como el héroe de una leyenda!

- ¡De nada capullo! ¡No ha sido tan fácil como aparentaba, ¿sabes?!

Después de nuestra fuga la gente ya ha comenzado a alarmarse y las tropas de las cercanías empiezan a dispararnos con los fusiles de energía.

-Mierdamierdamierda.

Mientras Volmia está ocupada con el único mantra que puede llevar a cabo con su lengua, agarro una de las pistolas y empiezo a usarla, lo que es condenadamente complicado entre el movimiento, la distancia y el que

nunca haya agarrado una de estas antiguallas antes.

Mientras Volmia nos lleva entre los edificios de la capital, empiezo a ver como se han desplegado algunos Ángeles.

- ¡Ángeles! ¡Ve más deprisa!

- ¡Claro, porque usar este puto trasto terminado con prisas es fácil!

- ¡Deja de quejarte!

Durante varios minutos avanzamos a duras penas mientras evitamos estrellarnos contra las torres y los puentes, a la vez que los utilizamos para estorbar a nuestros perseguidores. Aprovecho los pocos segundos de relativa tranquilidad que tenemos para recargar las armas.

- ¡Queda poca munición!

- ¡Ya casi hemos salido!

Estamos cerca de las murallas de la Ciudadela, cerca de nuestra huida. Pero esto implica que ya no tenemos estructuras con las que cubrirnos, por lo que somos un blanco fácil. Me giro y veo como un brillo azulado comienza a formarse.

- ¡Pliega las alas! ¡Deprisa!

Puedo notar como Volmia duda por un momento, pero confía en mí y se deja llevar por el abrazo de la gravedad, esquivando el rayo por poco. El viento me silba agresivamente en los oídos a medida que el suelo está cada vez más cerca.

- ¡Sube!

Mi hermana no me hace caso, está paralizada del terror. Siento como la fuerza con la que me agarra comienza a debilitarse y sus brazos tiemblan. Respondo agarrándole la cabeza con las manos y mirándole a los ojos.

- ¡Volmia, no te dejes llevar por el miedo, puedes hacer esto! ¡Céntrate en las alas, siéntelas como si formasen parte de tu cuerpo y muévelas!

Mis palabras hacen reaccionar a Volmia, que despliega las alas lo más rápido que puede, consiguiendo que ascendamos.

Cuando me doy cuenta de donde estamos, las claras aguas del río Sila se extiende debajo de nosotros. En ese momento en el que ambos nos distraemos, el ala derecha de la armadura es atravesada y comenzamos a

caer.

- ¡Mierda!

Gritamos ambos al mismo tiempo.

Mientras giramos sin control a medida que nos precipitamos sobre el bosque de Orinia, Volmia me envuelve con su cuerpo.

Atravesamos las verdes copas de los árboles destrozándolo todo a nuestro paso, frenando así un poco la velocidad, y aterrizando bruscamente con el duro suelo. Tras unos segundos y varios gruñidos por parte de ambos, abandono el abrazo protector de mi hermana y me tumbo a su lado a medida que las hojas de los árboles caen sobre nosotros.

- Jo-der.

- ¿Estás bien Vol?

- Dentro de lo que cabe sí. ¿Y tú?

- También bien.

- Di lo que quieras, pero eso ha sido una pasada.

- La verdad es que sí. Por cierto, vuelas como una borracha.

- Vete a la mierda.

Nos levantamos doloridos y con dificultad. Una vez logro mantenerme en pie, me acerco tambaleando hasta Volmia y aprieto el botón de emergencia de las alas, quitándole los restos de encima, los cuales caen con un fuerte sonido al suelo.

- Gracias. Ahora deja que me encargue de lo tuyo.

Desenvaina un cuchillo estándar del ejército y aprieta un botón situado en la base de la empuñadura, haciendo que el filo se envuelva en una luz azul.

Estiro lo más que puedo los brazos y las piernas para facilitarle el trabajo. El cuchillo atraviesa con gran facilidad las cadenas de las esposas. Tras esto, empiezo a mover vigorosamente los brazos y las piernas.

- Nalda me comentó que hay rumores de un campamento de renegados por el bosque. Puede que nos ayuden si les encontramos.

La ironía de la situación me hace gracia.

Empezamos a correr entre los arboles antes de que los soldados nos alcanzaran. El ruido de las ramas rotas y órdenes dadas a gritos se empieza a escuchar al poco tiempo.

Volmia anda con torpeza a causa de la armadura, haciendo que vayamos más lentos y cada vez se acerquen más nuestros perseguidores.

- ¡Están aquí!

- ¡Mierda!

- ¡Corre!

- ¡No me digas!

El resto de soldados se acerca y disparan sobre nosotros cada vez que nos tienen a la vista. Afortunadamente los arboles les dificultan la tarea. Cuando podemos disparamos las pistolas contra ellos, aunque no tienen mucho efecto.

Nuestras opciones son cada vez menos, así que garro el cuchillo y me preparo para luchar mano a mano. Mis músculos se encuentran en tensión, listos para actuar, cuando se acerca uno de los soldados. Sin embargo, antes de que pueda hacer nada, acaba envuelto en llamas.

- ¿Pero qué demonios...?

Capítulo 10

Capítulo 10: La cazadora

El trino de los pájaros señala el comienzo de un nuevo día, lo que a su vez significa que pronto me tengo que levantar. A pesar de que esté durmiendo en una tienda de campaña en mitad del bosque, cuesta. Nada más levantarme me estiro todo lo que puedo, suelto un sonoro bostezo, me visto y cojo el arco. Al salir de la tienda veo como comienza el movimiento del campamento. Camino en dirección a nuestra "cocina", el lugar donde el orco Fastos tiene todos sus utensilios para cocinar y guarda las reservas.

- Buenos días Nikeila.

- Buenos días Fastos.

El sonriente orco me saluda con una radiante sonrisa y me lanza una manzana que agarro al vuelo.

- Supongo que hoy saldrás a cazar.

Dice apuntando con el índice derecho al arco.

- Pues sí ¿Qué tienes en mente?

Fastos inmediatamente empieza a acariciar su barba pelirroja y sonríe. Mientras piensa en lo que quiera que esté pensando me fijo en su enorme brazo derecho, cubierto de tatuajes que se extienden hasta su espalda y cuentan diversas historias. Mientras otros orcos se tatuaban el escudo de su familia, algún animal totémico fiero o personajes de leyenda, el usa tinta para grabar sus propios logros. Hay varios relacionados con la cocina, uno con la pesca y otros que algunos pensarían que son cosas de poca importancia, como el momento en el que se hizo su primer tatuaje.

- Me vendría bien que trajeras conejos, y algún ciervo si puedes ¡Y huevos también!

Esto último lo dice dándose un golpe en una mano. Después de esto empieza a hablar en voz baja consigo mismo, seguramente pensando en las recetas que podría hacer, conociéndole.

Me despido de él y empiezo a comer la manzana de camino al río a asearme. Al cabo de unos minutos tan solo queda el corazón de la manzana, así que la lanzo a las profundidades del bosque. Cuando ya casi

he llegado a la orilla del río detecto movimiento detrás de unos arbustos. Me agacho, cojo una piedra del suelo y la tiro a la vegetación.

- ¡Ay!

Cuando me acerco a los arbustos encuentro a dos chicos jóvenes, aprendices y ayudantes de algunos de los veteranos.

- Me parece que sois lo bastante mayores para saber lo grosero que es espiar a las mujeres cuando se están bañando.

- Es que es demasiado tentador Nikeila.

Comenta uno de los chicos mientras se frota la cabeza.

- Me da igual, moved el culo y marchaos de aquí de una vez. Y ya de paso decidle a Ysna y a Nau que los quiero ver preparados para cazar cuando haya terminado.

Cuando los chavales ya se largan me acerco a la orilla del río, me desnudo y me baño con el resto de las mujeres. Empiezo a lavarme la piel y utilizo un peine de hueso que pido a Lorse, una amiga mía, para quitarme los nudos del pelaje, tanto de los brazos como de las orejas.

Después de una agradable conversación con ella, salgo del río a secarme al sol, sentada en las piedras. Cuando ya estoy lo suficientemente seca, cojo mi ropa y me la vuelvo a poner.

Cuando vuelvo al campamento encuentro a Ysna y Nau sentados en un tronco apartado, esperando. Nau es una chica joven y tímida que habíamos rescatado de una aldea que fue incendiada por fuerzas del Imperio, así que ahora se cubre la cara con un pañuelo, atrayendo más atención a sus ojos de un irónico color rojo, y tiene los brazos envueltos en vendas para ocultar sus quemaduras. Lleva un pantalón largo sin trasero para poder mover libremente sus dos colas, una camisa y chaqueta de manga corta con una capucha que lleva puesta y va descalza. Ysna, por el contrario, es un chaval más extrovertido, a veces demasiado, aunque es capaz de mantenerse serio de vez en cuando. Aun así siempre termina dándome problemas. Es casi tan alto como el orco medio, de casi dos metros de alto, delgado, con una constitución atlética, piel oscura, orejas largas y puntiagudas, cinco verrugas en la barbilla en forma de uve doble, ojos rosados y con un pelo marrón largo recogido en una trenza. Lleva pantalones largos azules, una camisa marrón acompañada de una chaqueta verde y botas oscuras.

Ysna se levanta de un salto al verme, se sacude los pantalones y se pone un puño en el pecho a la vez que está erguido, mientras que Nau se deja

caer y se coloca en silencio a su lado, a la altura de la cintura.

- Buenos días.

Ysna me devuelve el saludo, y Nau permanece a su lado mientras me levanta la mano con timidez.

Ahora que estamos reunidos, encabezo la marcha hacía el lugar donde están nuestras armas, un lugar cubierto por una tela sujeta por palos y en el que las armas se encuentran situadas lo mejor posible en el poco espacio disponible por tipos, con las armas largas apiladas en un rincón, las espadas apoyadas en una tabla, los arcos colocados en un palo y el resto donde quedaba sitio, dejando un aspecto de ligero desorden. Agarró un par de arcos y carcajes para mis aprendices y varias flechas. También me llevo unas flechas con una esfera de arcilla llena de aceite y envuelta en un trapo en lugar de punta y un mechero por si nos encontramos con fuerzas imperiales, además de cuerda y tres picos para escalar, una de mis herramientas favoritas.

Una vez estamos todos listos, salimos a cazar. No pasan ni dos minutos cuando Ysna abre la boca.

- Oye Nikeila, me fijé en que Taro tenía un chichón enorme en la frente cuando me dijo que me preparase ¿Cómo lanzas tan bien?

- La clave está en la muñeca y el movimiento de la cintura.

Mientras replico el movimiento, Ysna empieza a reírse y durante un rato sigue hablando e intenta que Nau se una a la conversación, pero solo responde con ruidos y ligeros movimientos. Se había preocupado por ella desde que la trajimos al campamento junto con otros heridos, por lo que la pequeña le había cogido cierto cariño y solía estar junto a él, sin embargo, no se quitaba las vendas delante de él ni hablaba mucho más que con los demás.

Ya en pleno bosque le digo a Ysna que se calle.

- Aparte de lo usual, Fastos me ha pedido conejos, huevos y ciervo si es posible. Empezaremos colocando trampas por aquí. Ysna, tu ve montándolas mientras yo ayudo a Nau con las suyas.

El mayor corta pedazos de cuerda y empieza a hacer trampas con ellos debajo de las raíces que sobresalen de los árboles. Llevo a Nau de la mano hasta otro de esos árboles, nos agachamos y superviso como prepara las trampas, ayudándola cuando no sabe cómo continuar o comete algún error.

Cuando ya terminamos con las trampas, seguimos avanzando y encontramos unas huellas.

- Ysna, dime de qué animal son.

Se agacha para verlas más de cerca y está un rato mirándolas hasta que me da su respuesta.

- Son de ciervo.

- Muy bien. Ahora nos moveremos más despacio. Las huellas son recientes, así que tiene que estar por los alrededores.

Nos movemos haciendo el menor ruido posible. Eventualmente encontramos al ciervo y tenemos una buena línea de tiro, así que saco una flecha del carcaj, la pongo en el arco, lo tenso y le digo a Nau que me imite. Corrijo los errores en la posición de Nau y, cuando está a punto de lanzar la flecha, un estruendo sacude el bosque y el ciervo huye. Mientras Ysna envuelve con sus brazos a una asustada Nau, me fijo en que varios pájaros recorren el cielo.

- ¿Que demonios ha sido eso?

- Eso mismo. Demonios.

Digo mientras escupo al suelo durante la pausa.

- Voy a subir.

Ya hemos hecho esta maniobra otras veces, así que Ysna ya sabe lo que tiene que hacer. Se coloca de espaldas a un árbol alto, de rodillas y con las manos unidas a baja altura. Despliego el pico de escalar y corro hacia él. Cuando ya estoy cerca, me apoyo en las manos y me lanza hacia arriba, agarrándome de una rama gruesa con el pico. Cuando ya estoy con los dos pies apoyados, empiezo a escalar lo más alto que puedo. Ya arriba del todo tengo una buena vista de todo el bosque. No muy lejos veo como unos Ángeles descienden a prisa al bosque. ¿Qué harán esos bastardos aquí? ¿Sabrán algo del campamento?

Bajo a toda prisa del árbol con una gran agilidad de rama en rama. Creo que en parte estoy alardeando delante de mis aprendices. Aterrizo en el suelo flexionando las rodillas y tocando el suelo con las puntas de los dedos.

- Ángeles. Ysna, llévate a Nau al campamento y avisa a los demás mientras yo investigo.

- Entendido jefa.

Agarra a la pequeña en brazos y se va corriendo por donde vinimos, mientras que yo lo hago hacia donde están los humanos. Corro a toda prisa por el irregular terreno esquivando los varios obstáculos con los que me cruzo hasta que empiezo a oír gritos y unos ruidos potentes similares a un trueno. Me escondo detrás de los árboles y acecho en silencio. Abro los ojos de asombro. No puedo creer lo que veo: la élite del ejército imperial está persiguiendo a otros dos humanos, y uno de ellos con una armadura ¿Será un soldado?

Los perseguidores se acercan cada vez más, mientras que los otros dos utilizan un curioso aparato que suena como un trueno y provoca destrozos en algunos árboles enfrente de ellos.

No me gustan los humanos, es más, los odio; pero esos dos tendrán información útil. El enemigo de mi enemigo es mi amigo. Saco del carcaj una de las flechas con la esfera de arcilla, enciendo el trapo con el mechero y la lanzo contra el soldado que está más cerca de la pareja.

- ¿Qué demonios...?

Uno de ellos, que sujeta un cuchillo, mira rápido alrededor para ver de dónde ha salido la flecha, mientras que el soldado está en pánico y se revuelve como un demente. Salgo de mi escondite y le hago gestos al hombre del cuchillo y al de la armadura para que me sigan.

- ¡Por aquí!

No se paran a pensárselo, así que me siguen de inmediato. Los llevo a toda prisa entre los árboles y las piedras y a través de los desniveles mientras nos disparan, poniendo todos los obstáculos que puedo en el camino, aunque uno avanza con algo de dificultad por la armadura.

Cuando ya tenemos suficiente ventaja, les guio para que salten un desnivel y nos escondemos detrás de unas rocas. Al llegar al lugar, los soldados empiezan a mirar por donde podemos haber huido, así que se dividen en grupos y algunos avanzan mientras que otros se quedan a inspeccionar la zona.

- Mierda.

El de la cara cubierta masculla más tacos mientras que su compañero permanece quieto, con cara de estar pensando en algo. Mientras estamos pegados a las rocas, oigo un sonido similar a un pájaro, pero diferente. Sonrío, porque significa que ya han llegado los refuerzos. Me pongo las manos delante de la boca e imito el sonido con una secuencia

determinada, pidiendo ayuda.

- Preparaos, están a punto de atacarles. No os separéis u os dispararán también.

El hombre asiente con la cabeza, a la vez que se gira hacia el otro diciéndole que me haga caso.

Los soldados que se habían quedado atrás están empezando a ser atacados con las mismas flechas que había usado antes, a la vez que algunos de mis compañeros, armados con armas blancas pesadas, se abalanzan contra ellos. Aprovecho la situación y corro hacia los otros renegados.

- ¡Seguidme!

Recorremos juntos la poca distancia que hay hasta el grupo, pasando al lado de los Ángeles que están siendo abrumados por los atacantes y el fuego. Cuando ya llegamos, todos los ojos se posan sobre los dos humanos que vienen conmigo y las armas se levantan.

- ¡Están conmigo! ¡Bajad las armas!

Todos bajan las armas con desconfianza, todavía apretándolas, y emprendemos la retirada antes de que vuelvan los otros soldados, causando las quejas de varios.

- ¡Entonces quedaos y morid como unos idiotas!

El vozarrón de Fastos destaca entre el ruido. A diferencia de su usual actitud afable, ahora estaba empezando a cabrearse con tanta estupidez. Los que quieren quedarse y luchar se callan o murmuran en voz baja. Un rayo de luz surge de uno de los ángeles derribados, atravesando con una facilidad ridícula a uno de sus agresores. Como resultado, el grupo entero se bate en retirada y, cuando ya nos hemos alejado, el cocinero se gira hacia mí, se acerca, suelta la alabarda que está agarrando y me da un abrazo demasiado fuerte con el que me levanta del suelo.

- ¡Nikeila, como me alegro de que estés bien! ¡Estaba preocupado!

- Me estás asfixiando...

- Oh perdona, me dejé llevar.

El grandullón me deja en el suelo y recupero el aliento. Nos estamos quedando al final del grupo, así que recoge su arma y retomamos la

marcha.

Después de un rato, llegamos hasta el campamento, donde hay bastante movimiento, como de costumbre, y la mayoría no nos presta atención al entrar. Veo a Nau e Ysna juntos, posiblemente esperándome. Al verme vienen corriendo y Nau me abraza la cintura.

- Buen trabajo chaval.

Le digo a Ysna cuando se acerca.

- Gracias ¿Qué ha pasado?

Le respondo señalando con el dedo a los dos humanos que he traído.

- Por todos los dioses.

- Pensaba que tu no creías en esas cosas.

Le digo en broma.

Ahora que la tensión del momento ha pasado, todos los ojos vuelven a ponerse sobre los humanos, y cada vez se unen más. Podría cortar la tensión que se está formando con un cuchillo.

- Creo que es un buen momento para que nos cuentes que hacen aquí estos humanos.

Menos mal que es Fastos el primero en hablar, sin provocar ningún follón.

- Los Ángeles les estaban persiguiendo, así que deben de tener algún motivo de peso. Seguro que tienen información que nos pueden servir.

- ¡Podrían ser espías!

Alguien del grupo grita la acusación y todo el mundo empieza a murmurar.

- ¡Si fuéramos espías por qué coño nos intentarían freír, cabrones!

El que lleva la armadura puesta revela su cara al retirarse la mascarilla y el casco, resultando se una mujer, grita y el murmullo aumenta.

- ¡Habría sido para disimular!

Suelta otra persona.

- ¡Da la cara, que así te la reviento!

Esa mujer tiene muy mal genio. Está empezando a caerme bien, que lástima humana.

- Nalda Paerso nos habló de los rumores sobre este campamento.

El hombre habla con calma y todos nos callamos al oír ese nombre. Después de unos segundos la gente vuelve a murmurar.

- Nalda Paerso...

- El Azote...

- La Furia del Bosque...

Todos conocemos ese nombre. Una orca que se enfrentaba al ejército del Imperio durante la Guerra de los Dragones, blandiendo un espadón en la vanguardia. También es famosa por haber sido capaz de enfrentarse a un Ángel Metálico de forma individual y haber sobrevivido. La gente ya se está calmando cuando algún bocazas abre su agujero.

- ¡¿Qué coño hace aquí esa escoria?!

Un orco enorme y lleno de cicatrices se abrió paso a empujones hasta los humanos. No sabía su nombre, pero durante las comidas le había escuchado expresar su profundo odio sobre los humanos, como debían morir todos y lo que haría en cuanto tuviese a uno a su alcance.

- Mierda.

Capítulo 11

Capítulo 11: Rebeldes

Un gran orco lleno de cicatrices se abre paso a empujones hacia nosotros, con intenciones de todo tipo menos amistosas. Cuando ya llega hasta nosotros, lanza un puñetazo con una mano envuelta con un guantelete. Logro esquivar el golpe echándome a un lado, pero Volmia lo recibe y acaba en el suelo, aunque contaba con eso. Volmia está perfectamente gracias a la armadura, pronunciando todo tipo de insultos contra su agresor, quien ahora tiene la mano derecha dolorida, así que me lanzo contra él. Recuerdo la parte de mi entrenamiento en la que se nos enseñó las claves de combatir contra orcos. Para empezar, no hay que ver su cuerpo como una amenaza, si no como un blanco mayor, así que aprovecho la diferencia de tamaño y me pego a él, asestándole un golpe en el hígado. Con respecto a los humanos, sus órganos son de mayor tamaño, así que es más fácil acertar. Mi contrincante se dobla por la mitad, se rodea la cintura con su brazo dañado y se apoya en el suelo con el izquierdo mientras el coro que se ha formado a nuestro alrededor empieza a gritar.

- Quédate en el suelo.

No tengo ganas de continuar con la pelea y no deseo hacer nuevos enemigos, pero no le quito la vista de encima. Como me imaginaba, el orco se levanta, tambaleando. Apenas se mantiene en pie y le tiemblan las rodillas cuando me vuelve a amenazar.

- Te voy... a... matar.

Mantengo la guardia alta, con mi brazo izquierdo un poco más adelantado que el otro y el pie derecho detrás, en punta. El orco se me acerca a duras penas e intenta darme un golpe lamentable, el cual bloqueo con facilidad y acompaño con un golpe de mazo en la mandíbula, aturdiéndole. Vuelvo a pegarme a su cuerpo, agarro su brazo, que no había soltado desde el bloqueo, con las dos manos, coloco mi pierna izquierda entre las suyas, la levanto, girando mi cadera a la izquierda e inclinándome hacia delante, y le tiro al suelo. El orco pierde el aliento y no puede moverse mientras lucha para respirar y la gente me corea.

- ¡Humano! ¡Humano! ¡Humano!

Tardará en levantarse, así que me doy la vuelta y camino hacia mi hermana.

- ¿Qué está pasando aquí?

Una voz grave habla y todo el mundo calla. Al girarme veo a un orco con piel de color verde claro, pelo negro azabache corto, con un mechón recogido detrás de la cabeza; el ojo izquierdo marrón y el otro cubierto por un parche que cubría el paso de una cicatriz que le cruzaba en diagonal el labio y terminaba en la barbilla. De entre los labios asomaban un par de colmillos pequeños y ligeramente curvados

Se fijó en mí y me examinó con la mirada, pasando a mi hermana y al orco que está en el suelo, levantando las cejas y acariciándose la barbilla.

- Definitivamente me he perdido algo interesante. ¿Alguien tiene la bondad de ponerme al día?

La mujer orsiu de antes se acerca hasta él.

- Estos dos humanos estaban siendo perseguidos por un grupo de ángeles metálicos en el bosque. Les ayudé pensando que deben de tener información útil. Además, han dicho que Nalda Paerso les habló del campamento.

El orco sigue acariciándose la barbilla mientras cierra el ojo.

- Muy interesante, desde luego. Sin embargo, los ángeles sobrevolarán el área en su busca, así que debemos ocultarnos cuanto antes.

Empieza a dar órdenes y la mayoría se mueve con diligencia, mientras que unos pocos levantan al orco con el que me he peleado y se lo llevan. La orsiu permanece a su lado, mientras una niña con la cara y los brazos tapados se esconde asustada detrás de ella, asomándose de vez en cuando para mirarnos.

- No nos hemos presentado, soy Ánakam, líder de este grupo, y está de aquí es Nikeila.

El orco me extiende la mano mientras la otra mueve la cabeza a modo de saludo.

- Encantado, soy Tantalius, y ella es mi hermana, Volmia.

Le apretó la enorme manaza mientras mi hermana mueve también la cabeza a modo de saludo y no levanta la vista de la orsiu.

- ¿Todos los humanos tenéis nombres así de raros?

La orsiu cruza los brazos a medida que dice esas palabras.

- El tuyo tampoco es que se quede atrás, Nikeila.

Volmia hace gala de su lengua en respuesta, haciendo que la tensión entre las dos aumente.

- Acompañadme a mi tienda. Ahí podremos hablar tranquilamente.

Ánakam nos guía a los cuatro hasta su tienda. Por el camino veo a los renegados colocando mantas por encima de todas las tiendas que están montadas para camuflarlas y recogen todo lo demás. Cuando llegamos a la tienda del líder rebelde, Nikeila flexiona las rodillas y habla con la niña.

- Venga Nau, vete a ayudar. Tenemos que hablar de cosas importantes aquí.

La pequeña asiente y se dirige al grupo más cercano, que inmediatamente le da una tarea.

Entramos en la tienda, de forma rectangular y una punta en el centro de la parte superior, mientras ponen las telas por encima. Su interior es muy modesto, con unos cojines en el suelo a modo de asientos, una cama en un rincón, ropa plegada en otro y, en un lado, cuidadosamente colocada, hay una enorme espada de piedra, idéntica a la de aquel orco que maté el día que me enfrenté a Protecnia. ¿Sería la misma?

- ¿Te llama la atención?

El orco me saca de mi ensimismamiento con su pregunta.

- No he visto una espada así antes.

- Es una herencia familiar, hecha a partir de obsidiana. Antes pertenecía a mi hermano, pero tras su muerte es mía.

El orco habla con cierta melancolía. Con mis sospechas convencidas, debo ocultar la verdad. Me mantengo tranquilo.

- ¿Cómo podemos saber que no sois espías?

El líder de los rebeldes habla tranquilamente, como si no fuera una acusación grave.

- El Imperio os ve como a una molestia menor, como las cucarachas. No os considera lo suficientemente peligrosos como para hacer un mayor

despliegue de recursos. Además, los sirvientes no hablarían de los rumores de un campamento rebelde con las fuerzas imperiales, y muchos menos alguien con un pasado como Nalda.

Tras exponer mis argumentos el orco vuelve a frotarse la barbilla. Empiezo a pensar que es una manía suya.

- Es un buen argumento, pero, podríais haber torturado para conseguir la información.

- Si fuera así entonces se habría desplegado un grupo de soldados y este sitio no sería más que cenizas.

- Concuerda con su forma de actuar.

Ánakam parece convencido.

- Me gustaría saber a que os dedicabais antes de escapar de la Ciudadela y por qué lo hicisteis.

Le contamos de forma resumida los sucesos que nos llevaron hasta el momento, omitiendo que maté a su hermano. Al cabo de un rato, Nikeila me interrumpe, indignada.

- ¿Me estás diciendo que, desde tu punto de vista, estabas "haciendo lo correcto"? Sí, claro, porque eres un jodido héroe para los tuyos mientras los salvajes trabajamos como esclavos en vuestras minas, vivimos atrasados y encima tenemos que servirlos. Voy a serte sincera, quiero arrancarte la piel con el cuchillo, pedazo de mierda.

- Nikeila, a mí también me saca de quicio, pero entiende que su perspectiva era otra.

Ánakam intenta tranquilizarla, aunque comparto su opinión. Me siento como un imbécil y un montón de mierda.

- ¡A la mierda!

El semblante del orco cambia, adquiriendo una gran seriedad, y la insta a mantener la calma, al menos hasta que termine la reunión.

Continúo el relato hasta que Volmia toma el relevo para narrar desde la preparación de su plan hasta este momento.

- Menuda historia.

Dice Ánakam mientras Nikeila muestra una enorme sonrisa de

satisfacción.

- Lo sabía.

La orsiu habla mientras extiende sus uñas y empieza a limpiárselas con un cuchillo.

- Me imaginaba que serías un soldado.

El líder rebelde mira entonces a mi hermana.

- Si eres la mitad de buena de lo que dices ser nos serías de gran utilidad. En realidad, si nos apoyáis, ambos seréis una gran ayuda. ¿Qué me decís?

- Yo acepto.

Respondo.

- Yo también me apunto. Y soy mejor aún de lo que imaginas grandullón, así que sigue regalándome los oídos, sobre todo cuando me veas trabajar.

Oigo el canto de un pájaro, muy parecido al de antes, pero con una secuencia diferente. Anakam se lleva un dedo a los labios y ya entiendo de qué se trata, una patrulla ya está llevando a cabo un reconocimiento aéreo. El orco se mueve lentamente hasta el espadón y agarra el mango de metal, mientras que Volmia carga en las pistolas que quedan la munición restante, yo agarro el cuchillo y Nikeila deja de limpiarse las uñas con el suyo y prepara una flecha de punta redonda en el arco. Cojo una pistola que Volmia me da y todos permanecemos en guardia durante un largo tiempo en el que todo el campamento se encuentra en un silencio total. Tan solo oigo mi propia respiración y el ruido de los pájaros que han anidado cerca, a la vez que noto los latidos de mi corazón y agarro más fuerte mis armas, apretando un poco el gatillo de la pistola. Después de un tiempo que se me hace larguísimo, oigo otra vez el mismo sonido de antes, así que miro al orco, que relaja las piernas y abandona su postura de guardia. Suelto un suspiro y libero a mi cuerpo de la tensión, igual que el resto, y poco a poco vuelve a oírse el ajeteo del campamento. El líder renegado deja la espada de obsidiana donde se encontraba antes y se dirige a mi hermana y mí:

- Ahora que se ha tranquilizado el ambiente deberíamos encontrar un sitio donde os podamos meter. No obstante, debéis dejarnos todas vuestras armas antes.

Soy el primero en acceder, entendiendo las razones de Ánakam.

- Me parece bien.

Volmia no parece estar muy convencida, pero accede al no quedarle más remedio.

- Está bien.

- La armadura también.

Incide el orco.

- Vale, pero me va a llevar un rato. Además, debajo llevo un mono ajustado sudado, así que me vendría bien que me dierais ropa limpia.

- Si os sobra para mí también lo agradecería.

Después de hablar ayudo a mi hermana a quitarse la armadura mediante los mecanismos de apertura manual, algo bastante más complicado que estar quieto mientras una máquina hace el trabajo, al tiempo que envían a alguien a por ropa, que tiene más importancia de lo que aparenta por lo mucho que suda al hacer ejercicio. Después de unos largos minutos en los que alternamos entre discutir sobre cómo hay que hacerlo y quitar las partes de la armadura, tenemos todas las partes que la componen separadas y ordenadas, revelando el mono gris estándar para el uso de las armaduras, sin ningún tipo de adorno, con manchas oscuras de sudor.

- ¿Cómo es que sudas tanto?

- Exudo más feromonas. Por eso ligo más que tú, capullo.

- Si a ti no te soporta nadie excepto yo, y porque somos familia.

- Cerebro oxidado.

- Pedazo de borde.

Nikeila interrumpe nuestra “emotiva” discusión de hermanos para avisarnos que ya tiene la ropa y, después de lanzárnosla, que dos personas de confianza nos van a escoltar hasta nuestra tienda mientras la armadura y las armas son almacenadas en la armería. A medida que avanzamos vemos como devuelven todo al estado anterior, trabajando tranquilamente pero sin parar, excepto para para mirarnos de vez en cuando; hasta que llegamos a una tienda pequeña y sencilla, mayoritariamente verde, llena de parches de distintos colores y agujeros que ha visto mejores tiempos y se encuentra apartada del resto. Al entrar vemos que en su interior tan sólo hay dos montones de pieles y telas para

proporcionar un sitio donde dormir y una jaula de metal parcialmente oxidada con velas en el interior.

- Ayúdame a quitarme el mono, que no llego.

Me acerco y le bajo la cremallera hasta poco más de la mitad de la espalda, el límite, y empiezo a disfrutar del espectáculo que es Volmia peleando para quitarse el traje. Cuando por fin se lo quita, lo tira sin mirar, dejándolo donde aterriza, y repite la misma operación con la ropa interior para después lanzándose desnuda sobre uno de los montones.

- Voy a echar de menos mi cama.

Entiendo el pensamiento de Vol, aunque después de dormir en aquella jaula, hasta el colchón de la prisión me parecía mejor.

- Tendrías que haberte puesto el traje sin ropa interior.

Hace una mueca exagerada y me mira con disgusto.

- Soy tu hermana, degenerado.

Hago caso omiso a su comentario y le respondo con tranquilidad:

- Es mejor ponérselo sin ropa interior por las rozaduras, cretina. Y, por cierto, límpiate, que me niego a dormir contigo al lado así. Puedo oír el sonido de un río cercano.

- Muy bien quejica.

Se levanta y coge algunas telas y pieles para cubrirse, no sin antes olerse el sobaco y hacer un gesto de desagrado.

- Vale, no tan quejica.

Volmia habla con los guardias y se va con uno de ellos, quedándose el otro vigilando. Me tumbo sobre mi montón y mi mente vuelve a los sucesos que me han llevado a este momento y la mentira que había estado viviendo. Evito caer en el inútil autocastigo y pienso que ahora tengo la oportunidad de luchar de verdad por la causa en la que creía, aunque no pueda enmendar los errores que he cometido. Empiezo a notar el esfuerzo de todo el día y cierro los ojos, teniendo la primera noche agradable en días.

Capítulo 12

Capítulo 12: Incompetencia

Todos los oficiales encargados de la seguridad el día de la ejecución están presentes en la mesa de conferencias del palacio, la mayoría con los nervios a flor de piel. Mis manos están entrelazadas enfrente mía y observo los distintos movimientos de los inútiles asustados y vestidos con unos elegantes uniformes militares, que se rascan, frotan las manos, juegan con sus dedos o cualquier otra cosa; aunque hay algunos que son capaces de mantener la entereza, individuos merecedores de su rango y mi respeto. Protecnia está a mi espalda, de pie, con su uniforme de general, completamente plateado y presentando únicamente los galones militares, y el pelo recogido en un moño. Porta una lanza y tiene una pistola de rayos guardada en su correspondiente pistolera, pudiendo convertir la sala en un baño de sangre fácilmente.

- Damas y caballeros, tengo la certeza de que ya saben por qué les he convocado aquí.

Cuando termino de hablar todos permanecen en silencio ante su emperador, sabiendo que no es necesaria una respuesta.

- Estoy profundamente descontento con el suceso de Tantalus Septio. Era su responsabilidad asegurarse de que la ejecución se llevaba a cabo sin ningún contratiempo. Ahora tenemos a dos enemigos públicos con conocimientos valiosos rondando fuera de nuestras ciudades. Además, dos de nuestros soldados se encuentran ingresados, uno con quemaduras y otro con lesiones graves, mientras que otro está muerto, lo que significa que ya han entrado se han encontrado con los renegados, lo que los convierte en un problema mayor en lugar de la molestia que son ahora. Especialmente teniendo en cuenta que han huido con una armadura totalmente operativa, aunque las alas hayan sido recuperadas.

Pasan unos pocos segundos desde que dejo de hablar y una de las criaturas asustadas, bastante joven, intenta justificarse y quitar importancia al asunto:

- Pero Majestad, no esperábamos un ataque desde dentro, es algo sin precedentes, y el efecto de la presencia militar era imponer respeto en los ciudadanos. Además, con respecto a los fugitivos, los salvajes de los rebeldes desconfiarán de ellos y puede que los maten, y en caso contrario basta con que se encuentren con una patrulla que les elimine. No tienen la potencia de fuego para hacer frente a toda una patrulla. Es solo una

cuestión de tiempo.

Ese gusano patético me saca de quicio con sus excusas baratas.

- Perdona, pero soy algo malo para los nombres y no puedo recordarlos todos. ¿Cómo te llamabas?

- Luminoia Detrecim, Majestad.

- Luminoia, bonito nombre. Escucha Luminoia, creo recordar que eres un estratega prometedor a pesar de ser tan joven, pero habéis hecho una cagada tremenda. Es cierto que podrían toparse con una patrulla, o que los propios rebeldes les maten, pero también podrían convertirse en aliados de estos, y todo por subestimar la situación y no considerar las distintas posibilidades.

Voy perdiendo cada vez más la compostura a medida que hablo, así que paro, respiro y me recompongo. Una vez tranquilo tomo la palabra de nuevo:

- Escuchadme, Protecnia me propuso eliminar a algunos de los aquí presentes por su impresionante incompetencia, la cual no debería darse en oficiales y superiores. Concretamente dijo: "Deberías dejarme agarrar del cuello a esos inútiles y tirarlos desde el balcón del palacio".

Giro la cabeza y miro a Protecnia, que tan solo encoge los hombros mientras permanece seria, sin dar importancia a las palabras.

El ambiente se vuelve más crispado, incluso los que mantenían la calma se han alterado. Todo el mundo sabe que Protecnia no es alguien que hable en vano.

- Tranquilícense. Han demostrado su utilidad para el ejército en el pasado. Confío en que errores como este no volverán a ocurrir bajo su autoridad y que la búsqueda de los dos fugitivos pase a ser una prioridad. Sin embargo, la aplicación de un castigo es indispensable para que no se repita esto, así que, durante dos semanas, algunos de ustedes limpiarán las letrinas del cuartel general y las de otras ciudades sin ninguna ayuda, empezando mañana.

Entonces miro al joven que ha hablado antes.

- Y tú, Luminoia, lo harás vestido como un sirviente.

La mayoría muestra signos de profundo desagrado con la idea, especialmente el joven oficial, que está conteniendo lágrimas de indignación, pero nadie quiere arriesgarse a hablar y recibir un mayor

castigo.

- Los demás, asegúrense de reforzar las defensas de la Ciudadela y proteger el proyecto de transporte terrestre. Estas órdenes serán transmitidas al resto de ciudades. Con esto se da fin a la reunión, pueden marcharse, exceptuando al capitán Ferrus.

Todos abandonan la sala en silencio y el anteriormente nombrado permanece de pie junto a su asiento, con la nariz cubierta de apósitos, cortesía del Ángel Caído. Al acercarme a él se mantiene totalmente rígido.

- Majestad.

- Ferrus, tengo entendido que fue Tantalius el que te hizo esa herida y tienes un profundo resentimiento hacia él.

- Me encantaría retorcerle el cuello a ese bastardo, Excelencia.

- Voy a ser sincero, has cometido un auténtico fracaso y has sido humillado, y no estoy contento, pero creo en las segundas oportunidades. Cataliza ese odio hacia tu objetivo y asegúrate de encontrarlo. Si tienes éxito serás recompensado adecuadamente, pero si fallas otra vez no me opondré al castigo que Protecnia decida imponerte.

Protecnia avanza, se sitúa a mi lado y se dirige a Ferrus:

- ¿Entendido? El Imperio no puede permitirse elementos débiles.

Ferrus responde simplemente con un sí, acompañado de palabras de gratitud por una segunda oportunidad, y lleva a cabo un saludo militar, llevándose el puño al corazón.

- Puedes retirarte.

Después de darle mi permiso hace una reverencia y se va, frotándose la nariz y maldiciendo por lo bajo. Cuando ya se ha alejado y la puerta está cerrada pierdo la compostura.

- ¡Me cago en metal!

Acompaño la blasfemia con un fuerte golpe en la mesa con el puño cerrado.

- ¡Idiotas! ¡Imbéciles! ¡Descerebraaadoos!

Golpeo la mesa de nuevo.

- "Es solo una cuestión de tiempo" dice.

Agarro una silla y la tiro al suelo. Esos dos pueden destrozar mis planes solo con lo que saben. Tengo que tranquilizarme. Respira. Protecnia apoya su mano en mi hombro para tranquilizarme.

- Tranquilo, respira y expira. Tómate tu tiempo.

Me lleva un minuto entero recomponerme.

- Gracias, ya estoy mejor.

- Aún se puede corregir este fallo, y, aun así, nuestros proyectos están en una etapa avanzada, por lo que tan solo debemos proteger los elementos indispensables en el peor de los casos.

- Sí, en cuanto el nuevo sistema de transporte esté acabado tendremos Asroa asegurado, después nos haremos con el norte, los dragones caerán acto seguido, y finalmente nos haremos con el desierto y encontraremos a esos asquerosos rebeldes. Entonces solo quedará civilizar el resto del mundo.

Al mencionar su tierra natal la mente de Protecnia comienza a flotar fuera de su cuerpo.

- El norte... por fin.

Aprieta los dientes y los puños, dando nacimiento a un rostro lleno de odio. Casi lamento lo que hará al blanco de su rabia. Casi.

- Sí, te podrás vengar y establecer el orden en esa tierra caótica.

Todos los oficiales encargados de la seguridad el día de la ejecución están presentes en la mesa de conferencias del palacio, la mayoría con los nervios a flor de piel. Mis manos están entrelazadas enfrente mía y observo los distintos movimientos de los inútiles asustados y vestidos con unos elegantes uniformes militares, que se rascan, frotan las manos, juegan con sus dedos o cualquier otra cosa; aunque hay algunos que son capaces de mantener la entereza, individuos merecedores de su rango y mi respeto. Protecnia está a mi espalda, de pie, con su uniforme de general, completamente plateado y presentando únicamente los galones militares, y el pelo recogido en un moño. Porta una lanza y tiene una pistola de rayos guardada en su correspondiente pistolera, pudiendo convertir la sala en un baño de sangre fácilmente.

- Damas y caballeros, tengo la certeza de que ya saben por qué les he

convocado aquí.

Cuando termino de hablar todos permanecen en silencio ante su emperador, sabiendo que no es necesaria una respuesta.

- Estoy profundamente descontento con el suceso de Tantalus Septio. Era su responsabilidad asegurarse de que la ejecución se llevaba a cabo sin ningún contratiempo. Ahora tenemos a dos enemigos públicos con conocimientos valiosos rondando fuera de nuestras ciudades. Además, dos de nuestros soldados se encuentran ingresados, uno con quemaduras y otro con lesiones graves, mientras que otro está muerto, lo que significa que ya han entrado se han encontrado con los renegados, lo que los convierte en un problema mayor en lugar de la molestia que son ahora. Especialmente teniendo en cuenta que han huido con una armadura totalmente operativa, aunque las alas hayan sido recuperadas.

Pasan unos pocos segundos desde que dejo de hablar y una de las criaturas asustadas, bastante joven, intenta justificarse y quitar importancia al asunto:

- Pero Majestad, no esperábamos un ataque desde dentro, es algo sin precedentes, y el efecto de la presencia militar era imponer respeto en los ciudadanos. Además, con respecto a los fugitivos, los salvajes de los rebeldes desconfiarán de ellos y puede que los maten, y en caso contrario basta con que se encuentren con una patrulla que les elimine. No tienen la potencia de fuego para hacer frente a toda una patrulla. Es solo una cuestión de tiempo.

Ese gusano patético me saca de quicio con sus excusas baratas.

- Perdona, pero soy algo malo para los nombres y no puedo recordarlos todos. ¿Cómo te llamabas?

- Luminoia Detrecim, Majestad.

- Luminoia, bonito nombre. Escucha Luminoia, creo recordar que eres un estratega prometedor a pesar de ser tan joven, pero habéis hecho una cagada tremenda. Es cierto que podrían toparse con una patrulla, o que los propios rebeldes les maten, pero también podrían convertirse en aliados de estos, y todo por subestimar la situación y no considerar las distintas posibilidades.

Voy perdiendo cada vez más la compostura a medida que hablo, así que paro, respiro y me recompongo. Una vez tranquilo tomo la palabra de nuevo:

- Escuchadme, Protecnia me propuso eliminar a algunos de los aquí presentes por su impresionante incompetencia, la cual no debería de

darse en oficiales y superiores. Concretamente dijo: "Deberías dejarme agarrar del cuello a esos inútiles y tirarlos desde el balcón del palacio".

Giro la cabeza y miro a Protecnia, que tan solo encoge los hombros mientras permanece seria, sin dar importancia a las palabras.

El ambiente se vuelve más crispado, incluso los que mantenían la calma se han alterado. Todo el mundo sabe que Protecnia no es alguien que hable en vano.

- Tranquilícense. Han demostrado su utilidad para el ejército en el pasado. Confío en que errores como este no volverán a ocurrir bajo su autoridad y que la búsqueda de los dos fugitivos pase a ser una prioridad. Sin embargo, la aplicación de un castigo es indispensable para que no se repita esto, así que, durante dos semanas, algunos de ustedes limpiarán las letrinas del cuartel general y las de otras ciudades sin ninguna ayuda, empezando mañana.

Entonces miro al joven que ha hablado antes.

- Y tú, Luminoia, lo harás vestido como un sirviente.

La mayoría muestra signos de profundo desagrado con la idea, especialmente el joven oficial, que está conteniendo lágrimas de indignación, pero nadie quiere arriesgarse a hablar y recibir un mayor castigo.

- Los demás, asegúrense de reforzar las defensas de la Ciudadela y proteger el proyecto de transporte terrestre. Estas órdenes serán transmitidas al resto de ciudades. Con esto se da fin a la reunión, pueden marcharse, exceptuando al capitán Ferrus.

Todos abandonan la sala en silencio y el anteriormente nombrado permanece de pie junto a su asiento, con la nariz cubierta de apósitos, cortesía del Ángel Caído. Al acercarme a él se mantiene totalmente rígido.

- Majestad.

- Ferrus, tengo entendido que fue Tantalus el que te hizo esa herida y tienes un profundo resentimiento hacia él.

- Me encantaría retorcerle el cuello a ese bastardo, Excelencia.

- Voy a ser sincero, has cometido un auténtico fracaso y has sido humillado, y no estoy contento, pero creo en las segundas oportunidades. Cataliza ese odio hacia tu objetivo y asegúrate de encontrarlo. Si tienes éxito serás recompensado adecuadamente, pero si fallas otra vez no me

opondré al castigo que Protecnia decida imponerte.

Protecnia avanza, se sitúa a mi lado y se dirige a Ferrus:

- ¿Entendido? El Imperio no puede permitirse elementos débiles.

Ferrus responde simplemente con un sí, acompañado de palabras de gratitud por una segunda oportunidad, y lleva a cabo un saludo militar, llevándose el puño al corazón.

- Puedes retirarte.

Después de darle mi permiso hace una reverencia y se va, frotándose la nariz y maldiciendo por lo bajo. Cuando ya se ha alejado y la puerta está cerrada pierdo la compostura.

- ¡Me cago en metal!

Acompaño la blasfemia con un fuerte golpe en la mesa con el puño cerrado.

- ¡Idiotas! ¡Imbéciles! ¡Descerebraaadoos!

Golpeo la mesa de nuevo.

- "Es solo una cuestión de tiempo" dice.

Agarro una silla y la tiro al suelo. Esos dos pueden destrozar mis planes solo con lo que saben. Tengo que tranquilizarme. Respira. Protecnia apoya su mano en mi hombro para tranquilizarme.

- Tranquilo, respira y expira. Tómate tu tiempo.

Me lleva un minuto entero recomponerme.

- Gracias, ya estoy mejor.

- Aún se puede corregir este fallo, y, aun así, nuestros proyectos están en una etapa avanzada, por lo que tan solo debemos proteger los elementos indispensables en el peor de los casos.

- Sí, en cuanto el nuevo sistema de transporte esté acabado tendremos Asroa asegurado, después nos haremos con el norte, los dragones caerán acto seguido, y finalmente nos haremos con el desierto y encontraremos a esos asquerosos rebeldes. Entonces solo quedará civilizar el resto del mundo.

Al mencionar su tierra natal la mente de Protecnia comienza a flotar fuera de su cuerpo.

- El norte... por fin.

Aprieta los dientes y los puños, dando nacimiento a un rostro lleno de odio. Casi lamento lo que hará al blanco de su rabia. Casi.

- Sí, te podrás vengar y establecer el orden en esa tierra caótica.

Capítulo 13

Capítulo 13: Historias de guerra

Una ráfaga de viento me sacude y hace que la bolsa con la que cargo me golpee en la pierna derecha. Agarro los bordes de mi chaqueta con la mano libre a medida que sigo andando por el puente, ignorando las miradas de desprecio que me envían los ciudadanos. Por el camino encuentro a otros sirvientes moviéndose de un lado a otro, llevando a cabo las tareas que les han sido impuestas. Desde que el Imperio se estableció como la principal fuerza en el continente, las demás razas hemos sido conquistadas y pasado a formar parte de él como ciudadanos de segunda, con nuestras culturas estrechamente vigiladas y nuestros avances como conjunto seriamente limitados para asegurar la supremacía humana. La llama de la rebeldía también se ha apagado, a pesar de que brillase con fuerza durante el comienzo de la sublevación que supuso la Guerra de los Dragones, pero con cada fracaso y cada día que pasaba el fuego se iba apagando. Cada leyenda que inspiraba a los soldados en la lucha por la libertad caía, los valientes que luchaban con fervor eventualmente eran masacrados, y ver a los enormes dragones desplomarse contra el suelo sentía como un puñetazo a la moral. Con el paso del tiempo nuestras fuerzas eran cada vez eran más débiles y se encontraban separadas, por lo que no quedó más remedio que aceptar la derrota y la humillación para evitar un mayor derramamiento de sangre, aunque el Emperador de aquella época, Acnotilio, el abuelo de Urenio, era partidario de la implementación de un castigo ejemplar sobre los líderes y héroes de la rebelión, asegurándose de que sus propios compañeros de armas les delatasen con el fin de evitar represalias más graves. Lo poco que quedaba de la revolución acabó destruido desde dentro, pero algunos fuimos capaces de desaparecer y obtener cierto grado de anonimato. Ahora los jóvenes son enviados a escuelas creadas por el Imperio, donde adquieren conocimientos y aprenden historia, pero es una parte más de la maquinaria de adoctrinación, cuyo objetivo es instaurar en la mente del populacho la idea de que es mejor vivir de rodillas bajo la "guía" de los humanos que morir de pie y saborear la libertad y, más importante, tener un pensamiento propio que no esté inducido por el exterior. Es cierto que en la época de este Emperador poseemos ciertos derechos y es mejor que cuando reinaban sus predecesores inmediatos, pero el buen observador puede ver la astucia detrás de todo.

Cuando dejo de estar enredada con mis pensamientos, me he dado cuenta que ya he llegado a la torre, así que cruzo el portón y subo dos pisos por las escaleras, no me gusta usar los ascensores para distancias cortas.

Cuando llego a la planta paso al lado de una terraza ocupada por una pareja que abandona la actividad con la que estaban tan ocupados hace un momento al verme pasar. Me paro delante de una puerta y doy un par de golpes suaves con mis manazas.

- ¡¿Quién es?!

El propietario grita la pregunta, tal vez porque está ocupado.

- Tengo una entrega.

Sacudo la bolsa al hablar, haciendo que el contenido haga sonido al chocar entre sí.

- ¡Pasa, está abierto!

Abro la puerta blanca y, una vez dentro, la cierro. El lugar es un apartamento grande, pero pequeño en comparación con la mayoría en los que viven los humanos, lleno de pinturas, algunas plantas y muebles coloridos, además de una deliciosa hamaca multicolor en mitad del salón. El propietario, un hombre de estatura media, pelo marrón corto salpicado de canas, ojos marrones, un solo brazo y con la ropa, una camiseta blanca y pantalones marrones, llena de pintura seca atraviesa una esquina y frota sus pies descalzos sobre una alfombra blanca y peluda.

- ¿Cómo estás piel verde?

Dejo la bolsa sobre una mesa y miro a Irdoinis, mientras extiende sus brazos para darme un abrazo.

- Bastante bien. ¿Y tú, condenado borracho?

Nos damos un efusivo abrazo, con él alejando la mano para no mancharme la ropa.

- Bien, bien. Trabajando en una nueva pintura, ven que te la enseño.

Cuelgo mi chaqueta en el perchero de la entrada y le sigo hasta el rincón en el que pinta, junto a la terraza, con sus otros cuadros colgados de la pared, una estantería llena de libros, una lámpara amarilla colgando del techo, una mesa pequeña llena de utensilios artísticos y pintura, una silla en un lado, una planta en una esquina y un caballete grande con su correspondiente lienzo. Extiende su brazo derecho para enseñarme la pintura sin acabar, en la que aún hay partes señalizadas con lápiz, pero es posible reconocer la imagen a partir de lo que ya está hecho. Se trata de una mujer con una armadura alada sujetando a un hombre mientras

vuelan, rodeados de torres plateadas y con un cielo azul de fondo.

- Menudos sobrinos que tengo.

Dice con una carcajada. Irdoinis no es como la mayoría de los humanos, opina que evitar el desarrollo de una especie es algo para lo que no hay palabras, especialmente teniendo en cuenta que antes era soldado.

- A ver que me has traído esta vez.

Irdoinis ya se ha escabullido a ver lo que hay dentro de la bolsa, dejándome sola para contemplar la pintura un poco más antes de seguirle, no sin antes pensar lo mucho me gustan esos dos. Espero que estén bien.

- ¡Por las manos de la Tejedora, esto es licor casero orco!

Oigo el jaleo que se forma por el choque entre las botellas mientras camino hacia mi camarada de la guerra, que por el ruido deduzco que está emocionado. Ha llevado la bolsa hasta una mesa alargada y baja de color marrón del salón, acompañada de dos sofás blancos con manchas multicolores enfrente de cada lado. Ha sacado las botellas y las ha colocado en fila sobre la mesa, estando ahora contemplando una botella de vino rojo de una calidad superior y precio prohibitivo.

- Cerveza, ron, arroz fermentado... ¡Si has traído hasta vino rojo "Manos de Plata"! ¡Esta cosa cuesta un puñetero ojo de la cara! ¿De dónde lo has sacado?

- He conseguido todo de las tiendas menos el vino, que se lo había comprado Volmia hace unas semanas para celebrar que habían aprobado su último proyecto. Todavía quedaba después de la fuga, así que pensé "Qué demonios. No voy a dejar que se desperdicie un vino tan bueno".

Hablo mientras me siento en el sofá. Por la Madre Tierra, que cómodo. Es mencionar a la pequeña Volmia y ya me vuelvo a preocupar.

- Ahora mismo me casaría contigo, Nalda.

Irdoinis logra sacarme una sonrisa con su respuesta.

- Eso se lo dirías incluso a una rata si te da un buen vino.

- ¿Qué quieres que le haga? Si está jodidamente bueno.

- No puedo negar eso.

El tiempo pasa y acompañamos el alcohol con risas, historias, anécdotas y opiniones. Saboreamos el vino de lujo con calma, incluso con paciencia, y tragamos salvajemente los licores más fuertes a modo de competición, bebiendo agua para quitar el mal sabor de boca con el que terminamos. El paso del tiempo se distorsiona, y estamos tumbado en los sofás, rodeados de botellas y vasos situados en la mesa y en el suelo. La cabeza me da vueltas y el alcohol lleva mis pensamientos al pasado, a una época sangrienta y horrible: la Guerra de los Dragones. Estoy de pie en un bosque en llamas, con una coraza y armadura colocados en mis brazos y piernas, sujetando mi mandoble con las dos manos, rodeada de árboles en llamas, rebeldes corriendo con sus armas preparadas y cadáveres de distintas razas. Enfrente hay infantería humana en formación, con armadura ligera y rifles de energía, enfrentándose a los guerreros que se lanzan contra ellos en manada en un intento por acercarse, mientras que los arqueros se mueven entre los árboles disparando flechas y aquellos que manejan ballestas en media línea atacan detrás de la marea. Al llegar a las distancias cortas y usar las armas blancas, se forma un baño de sangre. Los humanos usan sus bayonetas y los cuchillos, capaces de envolver su filo con la misma energía que disparan con los rifles, mientras que mis compañeros usan armas de acero, cortando y desgarrando cuando se produce el choque. Corro para luchar y por el camino cojo una gruesa rama en llamas con mi izquierda. Un soldado me apunta con su rifle, pero antes de que pueda crearse el rayo mortal me muevo a un lado y lo esquivo, aprovechando mi movilidad, clave al enfrentarse a las armas de los humanos y una de las razones por las que no me molestó en usar un escudo o una armadura más pesada. Mis camaradas de armas crean un camino para que pueda arremeter contra los soldados, adentrándome en la masa y atacando con el palo envuelto por el fuego antes de que se recompongan, describiendo un arco largo. Al finalizar tiro el palo y agarro el mandoble con las dos manos, haciendo otro arco grande, llevándome soldados por delante, pero el ataque me deja expuesta, aunque me ha servido para que el resto avance hacia nuestro enemigo, así que puedo recoger el arma en mi espalda y sacar la espada curvada. Seguimos con el combate, los humanos son enemigos terribles, pero continuamos a pesar de todo. Mientras estoy centrada en la lucha noto como algo me perfora y abrasa la carne de la pierna derecha, y grito de dolor, provocado por el cuchillo de un soldado que ha conseguido acercarse y pretende acabar conmigo ahora que tiene la oportunidad, pero cuando lleva el brazo atrás para apuñalarme embisto con mi hombro derecho en lugar de intentar bloquearlo o esquivar, cayendo encima de él. Forcejeamos en el suelo, agarro con mi mano derecha el cuchillo mientras le sujeto con el resto del brazo y le doy en la cabeza con la espada. Recupero el aliento durante un par de segundos y me levanto.

- ¡Cuidado!

Un orco se me abalanza y me empuja. Mientras estoy cayendo un rayo le atraviesa y siento como el tiempo se ralentiza. Caigo casi como si

estuviese flotando, y veo como la vida se va poco a poco de mi salvador, por lo que el golpe contra el suelo se acentúa y tengo un cadáver encima de mí. Aparto al difunto héroe y me doy cuenta que soldados en formación están preparados para un nuevo ataque con sus armas, así que me muevo como puedo y ordeno a todos ponerse a cubierto. Logro llegar hasta una ladera y me dejo caer antes del ataque, golpeándome contra las piedras y los árboles hasta que ya llego al suelo y respiro agitadamente a gatas. Una vez me recupero, sigo andando hasta estar detrás de un árbol grueso, me siento y miro la herida, profunda pero sin pérdida de sangre gracias al calor que generó el cuchillo. El olor a carne quemada es desagradable.

Mientras inspecciono mi herida oigo un ruido detrás de mí, así que me asomo con cuidado, con una mano en la empuñadura del mandoble, y detecto movimiento, pero no lo puedo distinguir bien entre la flora, por lo que avanzo con cuidado, pero la herida tiene su efecto sobre mi movimiento. De repente, alguien grita y dice varias profanidades. Sigo cojeando hasta que encuentro su origen, detrás de unos árboles. Salgo preparada para un ataque y veo a un humano sin un brazo y un rifle sobre su regazo, con el dedo sobre el gatillo. Curiosamente también huele a carne quemada. Nos miramos durante un minuto entero, en tensión, preparados para matarnos el uno al otro.

- ¿No estás cansada de tener que matar?

La pregunta me toma por sorpresa. Me he acostumbrado a ver a los humanos como criaturas malvadas y egoístas, así que no esperaba esto.

- Sí.

También estoy sorprendida por confesarme a este enemigo desconocido. Por mucho que crea en aquello por lo que lucho, estoy cansada de que haya que matar por ello, estoy cansada de ver a amigos morir y tener que matar a otras personas, que, ahora que lo pienso, tienen también seres queridos y aspiraciones. Nunca antes me había parado a pensar en el bando contrario, es más fácil para la conciencia pensar que son irredimibles. Suelto el mandoble y me siento junto al humano. De repente me encuentro agotada.

- ¿Quieres?

El hombre me ofrece una petaca y, después de un momento de duda, acepto y tomo un trago. Sabe fatal y escupo lo que queda en la boca.

- Esto sabe fatal.

- Por supuesto que sí. Lo llevo encima para espabilarme, no quedarme

borracho.

Después de hablar me quita la petaca, pega un trago y se estremece.

- Joder, sabe cómo el culo, pero creo que a una parte de mí le gusta.
¿Debería preocuparme?

- Tal vez. Pásamela otra vez.

Empezamos a beber y a hablar, mientras a la distancia el conflicto se sigue llevando a cabo.

- ¿Cómo te llamas?

Pregunto a mi repentino amigo,

- Irdoinis. ¿Tú?

- Nalda. Menudos nombres más raros tenéis.

- Tranquila, para nosotros los vuestros también son bastante raros.

Nos reímos durante un rato. Nunca pensé que podría estar así con un humano, pero un grito de agonía nos arranca de nuestro tiempo fuera del conflicto. Me levanto como puedo, me apoyo en el árbol y miro al cielo horrorizada, un dragón cae, derrotado por los Ángeles Metálicos. Nuestra mayor fuerza empieza a morir.

- No, no puede ser.

Caigo sobre mis rodillas y empiezo a llorar. En ese momento entiendo que perderemos esta batalla y el territorio que hemos defendido a un precio tan alto, todo para nada, y sé que la moral de todo el ejército va a caer en picado, con un efecto devastador a la larga.

- Parece que ganamos. Gloria al Imperio y esas cosas.

Irdoinis habla sin ánimo, totalmente diferente a lo que me habría imaginado. ¿Por qué será así?

- Tus compañeros seguramente van a retirarse, así que es mejor que huyas antes de que te vean los soldados.

Tardo unos segundos en salir de mi ensimismamiento y responder.

- Si, tienes razón.

Recojo mi mandoble y apenas empiezo a andar como puedo un Ángel Metálico aterriza cerca.

- Mierda.

El soldado alado mira a Irdoinis, concretamente su herida.

- Descanse soldado, yo me encargaré de ella. En cuanto acabe recibirá atención médica.

Despliega su lanza e Irdoinis se levanta.

- Déjela ir, no vale la pena.

El ángel mira al hombre, vuelve su vista hacia mí y ataca con una estocada. Utilizo el mandoble para desviar la lanza, y consigo también desviar el siguiente ataque, pero me golpea en la cara con el extremo sin filo, desorientándome, y hace un barrido con el que me tira al suelo, golpeándome en la cabeza otra vez. Mi adversario está preparado para atravesarme con su lanza cuando un rayo le atraviesa el hombro. Irdoinis sujeta el rifle con su brazo, con la culata apoyada contra su pecho.

- Asqueroso traidor.

- Que te den.

La distracción me sirve para quitarle el cuchillo de la funda al ángel, que es atacado otra vez por Irdoinis, alcanzándole en un ala, y avanza hacia él, golpeándole una vez le alcanza. Llego hasta él y le apuñalo en el cuello, hundiendo el cuchillo todo lo que puedo. Sigue forcejeando unos segundos hasta que finalmente se muere y dejo su cuerpo en el suelo. Ambos nos miramos a los ojos.

- Que le den.

Irdoinis acompaña sus palabras con un escupitajo sobre el muerto.

- Si, que le den.

- Nalda.

Alguien me habla y el mundo a mí alrededor se distorsiona. Cada vez que me llaman mi entorno se va convirtiendo en un borrón, hasta que adopta la forma del salón de Irdoinis y mi vista se aclara.

- ¿Qué pasa?

- Estabas hablando sola. ¿Te encuentras bien?

Cambio de posición y me llevo las manos a la cabeza, donde tengo un atroz dolor provocado por la resaca.

- Si, es solo que me pongo pensativa cuando bebo.

Irdoinis es capaz de entender a lo que me refiero.

- Ya, yo también. ¿Por cierto, como están mi hermano y su esposa?

- Destrozados.

- Lo imaginaba.

Capítulo 14

Capítulo 14: La Mujer del Norte

El calor producido por mi ira acompaña a mi abrigo en su labor de protegerme del viento del atardecer, cuya luz llega con dificultad a la zona de la Ciudadela donde estoy, posándose parcialmente en la puerta roja que tengo delante. Apoyo mi mano en ella y empujo con fuerza para entrar en el bar, cuyo interior está pintado con colores cálidos y cuenta con una barra, un par de sofás y numerosas mesas y sillas. Hay también una tabla de dardos que está siendo utilizada por dos miembros de mi grupo de amigos.

- Mirad quien ha aparecido por fin.

Al dejar el abrigo en el perchero una mujer de pequeño tamaño se me acerca y me abraza. Se trata de Irdoine, mi ingeniera particular y gran amiga. Su corto pelo marrón está revuelto, presenta una camiseta con una equis roja en el centro y un peto azul con diversas manchas secas en él, también presentes en la cara, aunque en menor medida.

Irdoine me suelta y miro al resto de asistentes. Cuprio se encuentra en la barra con una copa en la mano, mirando a Nio alternar entre beber y lanzar los dardos contra el objetivo. El primero es un compañero de mi promoción en la Academia Militar que se encuentra actualmente apostado en la ciudad de Fuerte Gris, y disfruta de un merecido permiso, alto, pálido, con pecas y cuya barba y pelo corto me recuerdan a la salsa de tomate que tanto gustaba a mi padre adoptivo. El susodicho deja su copa al verme y realiza un saludo militar, reflejando su diligencia y respeto por las normas y protocolos militares, hasta el punto de resultar una molestia, desde mi punto de vista, y enfatizado por su uniforme militar.

- Te he dicho que no hace falta hacerlo cuando no estamos de servicio. Es una gilipollez.

- Lo siento, pero es mi deber mostrarte el respeto que mereces, tanto en servicio como fuera de este.

El cuerpo de Cuprio mantiene la postura mientras habla. No va a parar hasta que le diga que descanse.

- Tal vez debería castigar tu obstinación dejándote así. Descansa.

El soldado obedece a su superior y relaja su cuerpo, devolviendo su atención a la bebida y la última integrante del grupo. A diferencia de los

demás, Nio pertenece a la nobleza, un grupo más engreído y molesto que el compuesto por el ciudadano promedio, a pesar de que se trate en estos días tan solo de un título y un par de ventajas sociales, pero se había ganado mi simpatía al diferenciarse del grueso. El propio Urenio me la presentó hace años, y a pesar de mi poca experiencia vital todos mis sentidos me decían que no me fiase de su calaña, que sería otra niñita mimada y estúpida; pero me demostró que me equivocaba cuando peleamos, tomando la iniciativa y atacando antes de que yo lo hiciese. Obviamente le gané, pero seguía peleando incluso cuando estaba inmovilizada en el suelo, así que le tendí la mano y desde entonces nos convertimos en buenas amigas. Era capaz de desenvolverse en las pomposas galas que se llevaban cada cierto tiempo, pero cuando la provocaban para llegar a las manos luchaba sucio y sin cuartel, además de poder competir conmigo en un concurso de beber. Me acerqué silenciosamente por detrás para quitarle el dardo que tenía en sus manos y acerté en el centro.

- ¿Te crees especial, zorra?

Dijo mirándome a los ojos con un signo de irritación en ellos.

- Cállate inmundicia.

Nos mantenemos un segundo en silencio, con la mirada clavada la una en la otra en un ambiente de hostilidad, hasta que no podemos contener más la risa y nos apretamos las manos.

- Joder, ya era hora de que parases y te reunieras con el resto de mortales.

- He estado muy ocupada recientemente. El hecho de estar rodeada de inútiles tampoco ayuda.

- Por la Tejedora, nunca aprenderás a relajarte.

- Me lo permito cuando ya he completado mis labores.

Nio pone los ojos en blanco ante mi respuesta y me da su vaso, pidiendo otro a la mujer atendiendo la barra.

- Eh tropa, un brindis por Protecnia, la mujer más destacada del ejército y prácticamente casada con su trabajo.

Todos alzan sus vasos en alto y los entrechocamos para celebrar, vertiendo el contenido en nuestro interior de un trago. Después de un rato de risas, juegos y conversaciones finalmente me preguntan dónde está el último integrante, el Emperador Urenio II. "Tiene la mente volcada en buscar soluciones a los problemas que han surgido recientemente", esa es

mi respuesta, aunque he de admitir que preferiría que se alejara de ello un poco y volviera preparado para buscar un nuevo enfoque. Supongo que la gente piensa algo parecido en mi caso.

Las horas pasan y, con dificultad, consigo liberar mi mente y centrarme en el momento para disfrutar. Converso con Irdoine sobre el funcionamiento de la armadura, puesta a punto y posibles innovaciones, además de la vida personal de ella, incluyendo el adecuado desarrollo de su reciente embarazo, motivo por el que invito a una ronda y volvemos a entrechocar copas, requiriendo de cierto diálogo con la futura madre. Posteriormente, tras un pulso con mi compañero de promoción en el que gano, comenzamos con un concurso de beber entre Cuprio, Nio y yo misma, mientras Irdoine hace de árbitro y maneja las apuestas entre nosotros y el resto de interesados entre los pocos clientes presentes. Cuprio es el primero en caer, con su frente besando la mesa a la vez que gime, aunque ha aguantado mucho, más que la última vez. Quedamos Nio y yo, intercambiando bravatas mientras mantenemos nuestro equilibrio mental.

- Te veo mareada Protecnia.

- Para una norteña esto apenas sirve para acompañar el desayuno.

- Oh, cállate.

La peculiar noble empieza a tambalear la cabeza a pesar del gran esfuerzo que hace para evitarlo y mantener su visión, pero tras el último trago no es capaz y cae derrotada, maldiciendo con una voz debilitada e irregular.

- Mierda.

Tomo el contenido de mi vaso y lo levanto triunfante, saboreando la dulce victoria y los aplausos que la acompañan, además de la recompensa de las apuestas, que alegremente se depositan en mis bolsillos. La noche ya se ha apoderado de la Ciudadela y la propietaria anuncia la hora de cerrar, con una pequeña cantidad de dinero extra por saber por quién hay que apostar, y expulsa a su clientela amablemente y sin percances, despidiéndose hasta el próximo encuentro. Irdoine y yo acompañamos a Nio y Cuprio hasta sus residencias, dejando que se apoyen en nosotras por su estado, aunque debido a su tamaño, la ingeniera tiene problemas para llevar a la noble, más alta que ella. Primero llegamos al lujoso hogar de Nio, en las plantas superiores de una de las torres, y nos reciben unos sirvientes no humanos para atender a la joven señora, que se resiste a la ayuda e insiste en caminar sola hasta su dormitorio. Nos despedimos y los criados la siguen, cerrando la puerta tras ellos. Durante todo el rato he mirado a los trabajadores con desprecio disimulado, son el enemigo abatido y no merecen mi confianza. La próxima parada es el cuartel donde Cuprio está alojado durante su estancia, en el cual un par de cadetes ayudan a su superior a avanzar, quedándonos solas. Cruzamos unas

palabras y marchamos cada una por nuestro camino.

Llego a mi casa agotada, así que subo directamente a la segunda planta, me cambio de ropa, vistiendo una camisa y pantalones largos, y me dejo caer sobre la ancha y blanda cama, cubierta por gruesas mantas que mantienen el delicioso calor, probablemente el lujo favorito de mi vida en el Imperio. El sueño no tarda en acogerme entre sus brazos y me sumo en el mar de los sueños.

Recuerdo el blanco, la nieve fría y blanca del invierno en el norte. Estoy y mi cuerpo de cuando era una niña pequeña, en la ciudad de Vatnfýri, en las Tierras del Norte, llamadas Náfastdimr por mi cultura de materna. Un lugar precioso, bendecido con largas praderas y hermosos bosques en primavera, pero inclemente, en el cual los fuertes sobrevivían y los débiles perecían, donde el invierno fortalecía la voluntad y el conflicto el cuerpo. Una tierra de guerreros, aventureros y mercaderes bravos, astutos y orgullosos. Nací en una casa de madera con techo de zarzo, cubierto con barro, y al nacer recibí el nombre de Magnhildr Grímsdóttir, cuyo significado es, respectivamente, "Fuerte en batalla" e "Hija de Grím". Mi nombre se me otorgó gracias a mi cuerpo, con una buena condición física y sin ningún defecto, lo que hacía de mí una guerrera en potencia, pero en realidad sí que había un defecto. Me veo a mí misma corriendo por el bosque, aprendiendo a cazar, y a luchar con armas adecuadas a mi cuerpecito, y recuerdo como a la edad de cinco años mi visión empezó a deteriorar, viendo figuras borrosas. Tenía la Marca de Ikol, el Dios de las Desgracias. Mi condición estaba asociada en mi cultura a una manera del dios de burlarse de los mortales, condenándoles a ser ineficaces en batalla u otras actividades, algo inadmisibles en aquella sociedad. Mis padres intentaron esconderlo, pero mi vista continuó empeorando, haciendo que fallase a la hora de cazar y combatir, atrayendo así la atención de los demás habitantes, por lo que tuvimos que salir a la mar para poder salvar mi vida. Desgraciadamente, el jefe y otros nos persiguieron para acabar conmigo, la débil criatura que la pareja había engendrado, y evitar la humillación por parte de las otras ciudades y tribus. Después de varios días a bordo de nuestro barco, racionando nuestras provisiones, pescando para conseguir alimento, entreteniendo como podíamos, manejando la pequeña criatura de madera y durmiendo apretados en una cama debajo de la cubierta; llegamos a Asroa, el continente controlado en casi toda su totalidad por el Imperio del Metal. Sin embargo, nuestros perseguidores estaban cerca, y nos alcanzaron no mucho después, creando una pelea con mis padres, ambos diestros en el combate que habían peleado juntos desde que se había formado el enlace, siendo ella una doncella escudera que no conocía el miedo, y él un guerrero que había participado en numerosos saqueos y batallas. A pesar de su bravura, los dos se encontraban superados en número, y perecieron después de pelear hasta el último aliento, con sangre brotando por la boca, así que solo quedaba

yo, paralizada por el miedo, una niña pequeña miope e indefensa que no tenía la más mínima oportunidad. El jefe se acercó a mí con un cuchillo en la mano que goteaba la sangre de uno de mis padres, con sus facciones aumentadas en el sueño, dándole un aspecto de monstruo. Una criatura alta, ancha, ligeramente encorvada y pálida con una larga cresta que se unía con el blanco pelaje de su espalda, que acentuaba el color de la sangre en ella, expulsando un denso vapor entre sus afilados dientes de depredador y examinándome con unos ojos rojos en su totalidad, como un pozo de sangre, a la vez que escuchaba los acelerados latidos de mi corazón con sus orejas puntiagudas. Parecía que me quisiera devorar con su mandíbula prolongada y destrozar mis huesos entre ella, saboreando la carne y la sangre carmesí. No recuerdo su nombre, pero sí su apodo, "Oso Albino".

Y de repente, cuando parecía que mi historia iba a encontrar su fin sin apenas haber empezado, un rayo azulado descendió de los cielos y atravesó a uno de los seguidores del jefe, dejando un olor de carne quemada en el ambiente. Unas figuras aladas y envueltas en platino descendieron, provocando que los norteños huyesen a su barco, de vuelta a su hogar. Mis salvadores no les persiguieron, y me di cuenta de que habían dejado algo atrás, un cuchillo en el que había labrado el escudo de la familia dominante de mi hogar. Aquel día lloré más de lo que pensé que podía llorar, sujetando el cuchillo manchado contra mi pecho, junto a los cadáveres de mis padres. Uno de los hombres alados se acercó a mi lado y me apoyó la mano en un hombro para después abrazarme con fuerza, haciendo que las lágrimas cayesen con renovada energía hasta quedar agotada. El hombre me tomó en brazos y, antes de que alzase el vuelo, le pedí que dejase que me llevara el escudo de mi madre y el hacha de mi padre. Aceptó, y caí rendida al sueño cuando despegamos. Aquella fue la última vez que lloré.

Despierto en mitad de la noche envuelta en sudor. Cuando relajo la respiración permanezco tumbada boca arriba en mi cama, pensando y recordando. Aquel hombre se llamaba Pálados, y me adoptó y cuidó como si fuera su propia hija en la Ciudadela, cuya cultura adopté como mía, escogiendo el nombre de Protecnia para añadirlo al de nacimiento. Crecí admirando a mi padre adoptivo y a la fuerza a la que pertenecía, razón por la que me uní al ejército, escalando rangos rápidamente hasta llegar a mi posición actual, superando a Pálados, que realizó un saludo militar lleno de orgullo en la ceremonia. El hombre tenía contactos con la realeza, por lo que las visitas al castillo eran frecuentes, y a veces le acompañaba, conociendo así al joven niño que un día sería emperador, Urenio II. Desde muy joven era inteligente y presentaba una madurez impresionante para su edad, aunque todavía carecía de mucha experiencia, y se notaba. Cuando me confesó su sueño quedé cautivada al instante, deseaba crear un mundo sin conflictos en el que reinase la armonía, algo que no había contemplado como posible antes, y nos hicimos amigos rápidamente. Nuestra amistad se fortaleció con los años, confiando ciegamente el uno

en el otro, hasta el punto de participar en regicidio. En nuestra opinión, el padre de Urenio, el Emperador por aquel entonces; era un déspota que tan solo deseaba aumentar la gloria del Imperio, junto a la suya propia, y estaba centrado en sus propios deseos egoístas, característicos de un débil hombre inapropiado para llevar las riendas de semejante gobierno. Convencidos de que nuestras acciones eran por el bien superior provocamos su muerte de forma discreta, y el Príncipe se convirtió en el nuevo Emperador. Desde nuestros cargos, ambos trabajamos duro para asegurar la supremacía en todo el continente y evitar que las otras criaturas conscientes vayan a la guerra entre ellas y la tan deseada armonía fallase en existir.

Siento el impulso de levantarme de la cama y obedezco, cogiendo mis gafas negras de la mesita y calzándome las zapatillas de estar por casa. Avanzo hasta una habitación en particular y observo el escudo y el hacha que cuelgan de la pared. Acto seguido abro un cajón y saco una caja rectangular con una tapa curvada, que al ser levantada muestra un viejo cuchillo con un escudo familiar reposando sobre tela roja. Saco el cuchillo y pienso en el bastardo al que pertenecía y lo que hizo con él, apretando los dientes, fantaseando con lo que le haría a ese malnacido en cuanto tuviese la oportunidad. No voy a matarle, si no a destruirle y hacerle pasar por una profunda humillación delante de sus seguidores, para que cuando desaparezca no quede nada en este mundo que acredite su existencia.

Capítulo 15

Capítulo 15: Guerrilla

Menudo aburrimiento. Llevamos horas en movimiento desde la mina, sin nada que hacer excepto mirar alrededor en busca de una amenaza que no va a aparecer. Al alistarme en el Ejército de Tierra pensé que mi vida sería más emocionante, luchando contra salvajes, viendo el mundo y formando enlaces de camaradería con mis compañeros de armas, incluso tener algún romance con una exótica mujer de otra raza, con un poco de suerte. Pero no, me destinan a una puñetera mina en mitad de la nada, rodeado de idiotas que están ahí como castigo y otros novatos como yo, vigilando a un puñado de criminales de pacotilla extraer materiales de la tierra y vigilar el transporte de estos. Menuda decepción. Debería haberlo pensado mejor antes de alistarme y no tenerlo idealizado. Un grito surge en las cercanías y, después de unos segundos, el artillero del camión transmite las órdenes del oficial al mando, ordenándonos con un gesto a investigar, dándome una alegría por fin.

El conductor del triciclo todoterreno gira en dirección al origen del ruido y preparo la ametralladora montada, comprobando que las baterías colgadas por un lado están bien colocadas, evitando así que se encasquille y quedemos sin protección. El vehículo de tres gruesas ruedas, dos delante y una detrás, atraviesa el irregular terreno sin dificultad hasta alcanzar el destino, encontrando a un orco encima de una mujer humana, sujetándole los brazos mientras se resiste sin éxito, chillando y pidiendo ayuda. El piloto levanta la cabina y sale con un rifle entre las manos, la chaqueta del uniforme arremangada y abierta, gafas de sol y sin el gorro para protegerse del Sol de verano, y apunta al orco con el arma.

- ¡Eh, maldito cerdo, levántate con las manos en alto o te refresco la tripa con un agujero!

Desde el hueco de la ametralladora veo al orco obedecer y levantarse despacio, revelando el aspecto completo de la mujer, una joven pelirroja de pelo corto y ropas de tela, algo raro en una humana, pero seguro que hay un motivo para ello, aunque tengo la sensación de haberla visto antes. Mientras mi compañero está ocupado con el orco, detecto movimiento por el rabillo del ojo, y un segundo después algo me ha alcanzado en el hombro, una pequeña flecha, y veo a una orsiu sujetando una ballesta y cubierta con un manto del color de la hierba para camuflarse. Apunto la ametralladora hacia ella, pero al intentar apretar el gatillo mi brazo no responde, y en su lugar empieza a temblar. Siento que pierdo la fuerza de mi cuerpo y caigo sobre la hierba, temblando e incapaz de moverme. Desde el suelo puedo ver al conductor girándose para comprobar el ruido que he causado al caer, y cuando se da cuenta de la situación, la mujer ya le ha atravesado con una flecha lanzada con otra

ballesta, haciendo que se desplome.

- Me disculpo si he resultado brusco.

Dice el orco mientras le ofrece la mano a la mujer, quien la acepta.

-Tranquilo grandullón, estoy perfectamente.

Una chispa se enciende en mi cabeza y recuerdo la razón por la que me suena. Se trata de la mujer que evitó la ejecución del criminal Tantalus y escapó junto a él de la Ciudadela, dos de enemigos públicos más buscados del Imperio. Maldita furcia traidora.

Una sombra me cubre y veo a la orsiu que me disparó encima, apuntándome a la cabeza. Mi cuerpo sigue sin responder a mis órdenes, no puedo escapar. Soy incapaz de contener las lágrimas mientras veo la flecha posada en la ballesta, sintiendo que el tiempo se ralentiza. Soy demasiado joven para morir, todavía hay mucho que quiero hacer. No quiero acabar así, no quiero morir. Por favor...

La respiración se nos hace pesada a todos mientras esperamos la señal para atacar el camión, tumbados en el suelo y cubriéndonos con los mantos, camuflándose así con la hierba que nos rodea, evitando movernos lo máximo posible para no llamar la atención de los soldados que están protegiendo el transporte. Oímos un fuerte ruido y una bengala brilla en el cielo. Lo han conseguido. Abandonamos nuestro escondite y emprendemos el ataque, aprovechando que los soldados se han distraído con la fuente de luz proveniente del vehículo de los exploradores. Los primeros en actuar son los arqueros, que revientan las ruedas del camión con sus flechas y matan a uno de los artilleros. El artillero restante reacciona y utiliza el escudo frontal del arma para cubrirse, mientras que mira a través de la abertura en él para apuntar. Antes de que pueda hacer nada, acciono el gatillo de la lanza y el rayo le atraviesa junto al escudo, dispersando restos humanos y de metal por el aire.

Han inutilizado las ruedas del triciclo restante, pero el piloto ha bajado y dispara utilizando el vehículo como cobertura, mientras que el artillero dispara ráfagas de energía, lentas pero letales, acribillando a todo el que alcanza. Unos soldados bajan del camión portando unos rifles con bayonetas acopladas, siendo recibidos por un grupo de guerreros que les atosiga a corta distancia para evitar que disparen las armas, pero estos también son duchos en el cuerpo a cuerpo y la pelea se encarniza. Decido acabar con el soldado que maneja la ametralladora antes de que cause más daños, eliminándole de un disparo. Al poco de disparar, uno de los soldados ha escapado y me apunta con su rifle, así que reacciono con rapidez y empiezo a correr, cambiando de dirección para dificultarle el

disparo, a medida que también me preparo para dispararle. Él ataca primero al verme actuar, fallando el tiro, y utiliza el caos para cubrirse y evitar que le dispare, sin embargo, una flecha le atraviesa el cuello antes de que pueda volver a intentarlo. No puedo permitirme parar en esta pelea, así que utilizo el último disparo que me permite la batería equipada para salvar a uno de mis compañeros, expulsando el cilindro inútil al pulsar un botón. Otro enemigo se me abalanza con la intención de atravesarme con la bayoneta, pero la armadura para sin dificultad el ataque, quedando como evidencia el agujero que se ha formado en la tela que me cubre y oculta mi aspecto. Aprovecho la sorpresa de mi adversario para darle un codazo en la mandíbula y atacarle con la lanza cuando ya tengo suficiente espacio para manejarla, ensartándole. Después de acabar con el soldado la pelea continúa unos minutos más hasta que todos los enemigos han muerto, junto con algunos de nuestros compañeros. Miro los cadáveres que me rodean y vuelvo a pensar en esa palabra, "compañeros". Hace dos meses estaba dirigida a gente como a la que hoy acabo de combatir, y ahora me veo en el otro lado del conflicto, peleando al lado de mis antiguos enemigos, y ese estigma tiene un gran efecto. La mayoría no confían en mí, aunque son un poco más abiertos con mi hermana, y el resto valora la información que poseo y me otorgan una pequeña dosis de confianza. Mi afiliación no ha sido lo único que ha cambiado, sino también mi aspecto, teniendo ahora un pelo un poco más largo que casi me cubre la nuca, por lo que me lo ato con una cinta en una pequeña coleta, y una barba corta y desordenada por la falta de regularidad al afeitarme.

- ¡Muy bien, coked la carga del camión, las armas y marchémonos antes de que aparezcan más soldados!

La mayoría se muestra reacia ante la orden, pero finalmente ceden y, con diligencia, empiezan a extraer el contenido del vehículo y recoger las armas junto a las baterías que necesitan para su funcionamiento. Salen por grupos con cajas que contienen distintas menas de metal destinadas a ser refinadas para su posterior utilización, pero ahora no van a llegar a su destino. Mientras siguen con la tarea entro en la cabina en busca de cualquier cosa que nos sea útil, comprobando todos los compartimentos, encontrando finalmente un mapa con indicaciones e informes. Cuando termino salgo y disparo contra la cabina, destruyéndola.

Mi hermana y los demás no tardan en llegar, y una vez todos juntos, nos marchamos a una granja abandonada para montar en nuestros caballos y liargos, unos enormes y dóciles lagartos capaces de adaptarse a varios medios con alimentación principalmente herbívora, aunque también consumen insectos y pequeños mamíferos. Hacemos avanzar a las bestias a gran velocidad por el terreno, sorteando los obstáculos ágilmente y machacando la hierba debajo. Mi hermana se acerca con el caballo que comparte con Lorse, una mujer orsiu que la acompañó en la emboscada y

con quien ha formado cierta amistad, al reptil que monto.

- ¡¿Cómo ha ido?!

- ¡Bien, hemos sufrido pocas bajas y he encontrado un mapa y documentos que podrían ser útiles!

Tenemos que hablar a base de gritos para superar el ruido que hacen los animales al moverse. Lorse desvía parte de la atención que pone en controlar el caballo para unirse a la conversación.

- ¡Es una lástima que haya habido muerte, por ambas partes, pero al menos muchos de los nuestros han sobrevivido! ¡¿Pero qué vamos a hacer con las menas?!

El orgullo de Volmia surge al terminar la oración.

- ¡Si tuviera el equipamiento adecuado podría darles un buen uso en vez de tener que hacer de damisela en apuros y fabricar arcos y ballestas de madera!

- ¡Ya te he dicho que en el desierto tenemos una forja en condiciones!

Lorse responde inmediatamente en su bravata, pero mi hermana cuenta con otra objeción.

- ¡Eso espero, aunque desconfío de lo que consideréis una “forja en condiciones”!

Al atardecer alcanzamos el campamento, situado en unas cuevas al fondo de un barranco. Detenemos a los animales, bajamos y, al igual que otros, le doy a Argo, mi montura, una manzana que devora enseguida, además de responder a la exigencia de caricias que expone al frotar su cabeza contra mi pecho. Abandono al enorme reptil y me dirijo a hablar con Ánakam, seguido de Lorse, que ha sido asignada como mi acompañante para asegurarse de que no miento y resulte ser un agente infiltrado, ya que cuenta con el increíble talento de saber si alguien dice o no la verdad mediante su “instinto”, como dice ella.

- El grandullón debe de estar ahora descansando.

Comenta ella a medida que avanza silbando y dando pequeños saltos con sus pies descalzos. Tiene el pelo corto marrón recogido en la parte de atrás con cinco pequeñas trenzas finalizadas en un fino aro plateado de poco tamaño, y viste con unos pantalones largos y anchos de tela de color marrón claro, acompañados por una camisa sin mangas blanca ceñida al

cuerpo, mostrando el contorno de sus pechos, libres de la opresión de un sujetador. Su piel morena se encuentra acompañada por las características propias de una orsiu, lunares, ojos claros y una duradera sonrisa, además de una serie de tatuajes tribales en brazos y cara. Su apariencia podía llevar a uno a subestimarla, pero como el resto de los renegados, era una guerrera valiente que luchaba sin dudar por un propósito.

Mientras andamos veo a una niña pequeña envuelta en vendas y con una capucha, observándome escondida. Creo recordar que se llama Nau, y su comportamiento se ha repetido desde que llegamos al campamento. Nikeila me dijo a modo de acusación que vivía en un pequeño pueblo agrícola, y que los humanos lo destruyeron, matando a su familia y causándole graves quemaduras en el proceso.

Como bien dijo Lorse, el orco se encontraba descansando, queriendo esto decir que había abandonado sus labores como líder del grupo y practicaba con su enorme espadón, batallando contra un enemigo imaginario. Ya le había acompañado en sus ejercicios en alguna ocasión, e incluso habíamos combatido el uno contra el otro con palos de madera, demostrándonos nuestra habilidad y fuerza con las armas. Al vernos acercando, el orco se detiene y deja el espadón en el suelo, relajando su cuerpo lleno de sudor.

- ¿Qué tal os ha ido?

- Bien, nos hemos hecho con el cargamento y lo tiramos al río antes de llegar, sufriendo pocas bajas. También nos hicimos con algunas armas que enseñaré a usar a los demás.

Ánakam frunce el ceño al oír mi respuesta.

- Es todo un logro, pero en cada ataque perdemos a gente, y muy poca se nos une. El Imperio cuenta con muchos más soldados, mejor entrenados, y una gran abundancia de recursos.

Demuestra pena en su tono de voz, borrando la sonrisa de Lorse con sus palabras. Ha luchado mucho y duda de si vale para algo.

- Tengo algo con lo que podemos solucionar el problema de nuestros números y asestar un golpe mayor al Imperio.

Levanta la cabeza con rapidez mientras saco el mapa y los documentos que encontré, con los ojos abiertos al límite.

- Este mapa muestra la localización de la una mina oculta adonde envían a soldados como castigo y a novatos para entrenar. Sabía de ella, pero no conocía su localización. Cuenta con varios prisioneros, y apuesto a que

muchos estarán dispuestos a unirse a nosotros, aunque se trate tan solo de criminales menores. Los documentos también tienen información que nos puede ser útil, como las rutas de transporte.

Ánakam enseña sus dientes con una sonrisa y el brillo vuelve a sus ojos.

- ¡Está decidido, mañana mismo comenzaremos a planificar el ataque y a recabar información! Vete a descansar, que mañana tenemos trabajo.

Capítulo 16

Capítulo 16: Plan de batalla

Dentro de la tienda de Ánakam, nos encontramos Volmia, Nikeila, Lorse, el susodicho orco y, finalmente, yo, sentados en un círculo, a punto de comenzar a elaborar una estrategia para el asalto a la mina que hemos descubierto. Soy el primero en tomar el habla, aportando los documentos y el mapa logrados en el último ataque, colocándolos en el centro del círculo.

- Como podéis ver, en el mapa está marcada una de las rutas que toman los transportes desde la mina hasta las zonas donde depositan su carga, gracias a la cual podemos llegar hasta ella. Como su principal fortaleza consiste en que su localización está oculta podemos suponer que no contará con mucha vigilancia en la ruta, y las que pueda haber serán poco llamativas. Entre los documentos figuran solicitudes de armamento y tropas, lo que significa que su número no es muy grande y no tiene el mejor equipo para combatir. Todavía estamos en un periodo de gracia, en el que aún no se habrá enviado a nadie a comprobar el transporte, así que deberíamos atacar antes de que se preparen ante un posible asalto.

Nikeila responde nada más termino de hablar.

- ¿Y cómo sabemos que no nos llevas a una trampa?

- No estoy mintiendo.

Ánakam hace un gesto con la cabeza a Lorse y esta confirma que digo la verdad, por lo que Nikeila relaja la postura y cruza sus brazos sin dejar de atravesarme con la mirada, excepto cuando toma ella la palabra.

- A primera hora ha salido un pequeño grupo de exploradores, formado por cuatro personas, todos buenos cazadores que saben moverse en silencio. Si seguimos adelante podemos encontrarnos con ellos durante el viaje. Además, ya tenemos que movernos a otro lugar.

Cuando Nikeila termina, Volmia es la siguiente en exponer su opinión.

- Estando en un lugar medio olvidado, los desgraciados que están apostados ahí tendrán el mínimo indispensable. Sus armas no serán tan buenas como las de la frontera y, como corroboran los documentos, no las tendrán en gran cantidad, aunque tampoco hay tantos soldados como para poder hacer uso de ellas si así fuese. Aún así me parece que deberían tener energía suficiente para cualquier necesidad, ya que el

Imperio cuida de sus minas.

Lorse vuelve a usar su talento para confirmar que mi hermana no miente.

- Con los rifles solo pueden disparar tres veces antes de recargar, y como son pocos necesitaran estar agrupados y bien organizados para ser efectivos.

Dice Nikeila, respondiendo al argumento de mi hermana.

- Haciendo picadillo a todo el que tengan delante si es así. Aún que sean novatos y una panda de capullos engreídos cuentan con entrenamiento militar.

Rebate Volmia.

- Si atacásemos desde distintos ángulos y los desconcertásemos podríamos cambiar las tornas, aunque antes debemos saber el terreno en el que vamos a combatir.

Aporto mi visión a la estrategia...

- ¿Y no os podéis hacer pasar por un Ángel con la armadura?

Interviene Lorse

- Que va. Mi armadura es un prototipo, y todas las propuestas han de ser probadas y acreditadas para poder ser utilizadas, especialmente las que tienen fines militares.

Responde mi hermana, con la talentosa orsiu afirmando a continuación que no miente.

- Nuestros rostros se han difundido por todo el territorio, y también que tenemos una armadura sin alas, por lo que, como mínimo, levantaríamos sospechas enseguida.

Expongo, poniendo el último clavo en el ataúd de esa idea.

- Y gracias a eso debemos ir con todavía más cuidado del que teníamos antes y cambiar el emplazamiento del campamento cada poco tiempo.

Nikeila comenta con desdén, enfadando visible mente a Volmia, la cual se encara con ella.

- Si no fuera por nosotros no habríais podido encargarnos de ese

transporte, y mucho menos haber encontrado esa mina.

Pienso en detener la discusión, pero conociendo el odio de la cazadora hacia los humanos y el carácter de mi hermana tan solo la promoveré, pero Lorse habla y toma acción en mi lugar.

- Por favor calmaos, esto no debería ocurrir.

La mujer habla seriamente, sin su usual tono jovial, logrando que ambas se detengan a regañadientes.

Ánakam cierra sus ojos, aspira profundamente y suelta el aire contenido, permaneciendo en silencio.

- Nikeila tiene razón, debemos marcharnos cuanto antes, así que iremos en dirección a la mina hasta encontrarnos con nuestros exploradores. Esta es una oportunidad que no debemos desaprovechar, por lo que una vez nos cuenten todo lo que han podido averiguar decidiremos la mejor manera de atacar con el menor número de muertes posible en nuestro bando. Cuando terminemos, ya sea un éxito o un fracaso, iremos al desierto a paso ligero. El Imperio no se quedará de brazos cruzados ante un ataque así, y tendrán un rastro fresco que seguir. Ante una confrontación directa no tenemos posibilidades.

El orco se levanta y toma aire antes de volver a hablar.

- Avisad a todo el mundo de que tenemos media hora para desmontar el campamento y reabastecer el agua.

Cuando termina de pronunciar la oración se gira hacia mí y me pide hablar a solas, por lo que esperamos a que las mujeres abandonen la tienda.

- ¿Qué ocurre?

- Si sigues vistiendo esa armadura los nuestros te pueden confundir en las próximas batallas, así que deberíamos hacer que se pueda distinguir del resto.

- ¿Qué tienes pensado?

- ¿Qué te parece si la pintamos?

- Me parece que vamos a tener que hablar primero con mi hermana a no ser que queramos ser eunucos.

El gigante verde se ríe ante la respuesta, necesitando un tiempo para

recuperar el aliento.

- Menuda familia tienes.

- No te imaginas hasta que punto.

Capítulo 17

Capítulo 17: Asalto a la mina

Es la mañana del día del asalto y todo el mundo ya está levantado, preparándose para la batalla. Como otros, llevo despierta desde hace mucho rato, desvelándome en mitad de la noche y no pudiendo recuperar el sueño, así que cuando paré de pensar empecé a practicar con el arco. Mientras recojo de nuevo las flechas clavadas en el tronco, noto una mano posarse sobre mi hombro.

- Buenos días jefa.

Al girarme veo a Ysna mirándome con seriedad. Puedo ver en sus ojos rosados que quiere continuar con la discusión de ayer, a pesar de que mi decisión sigue firme.

- Ya te he dicho que te quedas.

Mi respuesta es tajante, causando una reacción en el joven.

- ¡Soy un buen arquero, puedo ayudaros en la mina! ¡Lo único que hago es cazar y hacer tus recados! ¡No me uní por esto, no estoy viviendo como un nómada enemigo del estado para esta mierda! ¡Quiero que mi vida valga para algo, luchar por una causa con significado, no quiero seguir siendo un maldito amuleto de la suerte andante!

Su pataleta logra sacarme de mis casillas y le doy una soberana bofetada cuando cierra la boca de una vez.

- ¡Escúchame, eres joven y lo has pasado mal, y por tanto también eres estúpido! ¡En la batalla solo nos estorbarías gracias a tu falta de experiencia!

Se lleva la mano a la mejilla donde le he golpeado y me mira defendiendo el orgullo que he roto.

- No pienses que lo que haces no vale para nada, ya que ayudas más de lo que crees, y si me pasa algo es tu deber cuidar de Nau. Esa niña ya ha pasado por mucho, y no sé qué ocurrirá si nos pierde a los dos, las únicas personas a las que ha cogido confianza, así que tu mayor responsabilidad ahora mismo es protegerla en caso de que no vuelva.

Hablo con decisión, asegurándome de que cada palabra sienta como una

piedra.

- Sinceramente, me da igual que tu gente piense que tener los ojos rosas es símbolo de buena suerte. Te quedas en el campamento porque eres más útil aquí y ya está.

Ysna abre la boca para hablar, pero se lo piensa otra vez y la cierra, marchándose con la cabeza gacha.

- Ya me darás las gracias algún día.

Digo en voz baja para mí misma mientras termino de recoger y marchó a reunirme con los demás.

Un grupo de asalto de tamaño moderado está reunido en mitad del campamento, con Tantalius y Ánakam formando parte de él, el primero con su característica armadura, ahora pintada con símbolos de distintas razas en negro y verde, y el seguro con guanteletes, casco y una coraza que le cubre el pecho y el estómago. Cuando les alcanzo el orco se gira hacia mí para hablar.

- Contigo ya estamos todos.

Me sitúo al lado de nuestro líder y alzo la voz.

- Como ya sabéis, nuestros exploradores han vuelto con información útil. Las cercanías de la mina están vigiladas por soldados camuflados, y sospechamos que cuentan con alguna forma de contactar rápidamente con los demás, pero no son tan experimentados como nosotros en ello. La entrada de la mina parece abandonada, siendo una puerta de metal oxidada en la roca, pero no tiene ninguna defensa externa a parte de los vigilantes. Tampoco han podido encontrar otra forma de entrar.

Cuando termino Ánakam toma la palabra.

- Gracias Nikeila. No tenemos tiempo para infiltrar a uno de los nuestros como un prisionero, así que primero nos encargaremos de los vigilantes, y después sacaremos a un grupo de la mina mediante la forma en la que se comunican, haciéndoles pensar que llegan provisiones. Deben usar uno de los códigos que Tantalius estudió cuando estaba en la Academia Militar. Cuando reduzcamos sus números, entraremos en parejas, con uno llevando un rifle de los humanos, y los primeros se colocarán en posiciones ventajosas por si ocurre alguna sorpresa, mientras que los demás eliminarán al resto de soldados. Una vez esté hecho esto, liberaremos a los prisioneros, nos anunciaremos y nos largamos los más rápido que podamos con los que se nos unan.

El orco hace una pausa antes de añadir una última cosa.

- También os quería enseñar los cambios que hemos hecho a la armadura de Tantalius. Sé que muchos todavía le veis como un enemigo, pero tanto él como su hermana han demostrado que son de fiar. Esos símbolos suponen una unión entre nuestros aliados más recientes y nuestra causa, además de una forma para no confundirlo con un enemigo.

Sus últimas palabras tienen un doble significado y están dirigidas a aquellos con un profundo resentimiento hacia los humanos, y que podrían intentar atacar a los hermanos. Hay unos segundos de silencio hasta que alguien empieza a aplaudir, y otros le siguen, aunque un grupo pequeño se niega a hacerlo. Personalmente, no puedo evitar desconfiar de ellos, pero es cierto que son muy útiles y este es su sitio. Y así, después de terminar con los preparativos finales, nos marchamos a hacernos con la mina.

Cuerpo relajado, pasos lentos y respiración suave y controlada. Sujeto el cuchillo con la mano derecha mientras me acerco a uno de los soldados humanos, camuflados con el entorno de una manera algo torpe. Cuando ya estoy lo bastante cerca, salto de un rápido movimiento sobre la insospechada víctima, le tapo la boca y le degüello. Mi compañero hace lo mismo con el otro que está al lado antes de que pueda reaccionar, acabando así con los últimos vigilantes. Me llevo las manos a la boca de una forma concreta e imito a un pájaro, informando a los demás de la muerte de todos los soldados. El grueso de las fuerzas se mueve hasta donde estamos, escondidos detrás de los árboles lo mejor que pueden, que no es mucho con el tamaño de algunos. Entre todos empezamos a buscar cualquier cosa fuera de lo normal, encontrando en poco tiempo un cilindro lo suficientemente grande como para agarrarlo con la mano, conectado a un cable que se hunde en la tierra y con un botón sobresaliendo en la parte de arriba. Hablamos entre señas y Tantalius se acerca, cogiendo el aparato con una de sus manos y examinándolo en silencio. Después de un minuto sin hacer nada pulsa el botón varias veces en una secuencia que consiste en tres pulsaciones cortas, dos largas y dos cortas. Mediante gestos, nos dice que todo ocurre como habíamos planeado, así que avanzo hacia el final del bosque con otros renegados y nos escondemos en silencio, esperando con nuestros arcos y ballestas listos. Un pequeño grupo de humanos empieza a salir a esperar el camión, y permanecemos quietos hasta que los cinco están fuera. Vuelvo a imitar a un pájaro, ordenando que ataquen. Primero atacan los arqueros, atravesándoles con las flechas, y después los ballesteros eliminan a los que aún están vivos, ya sea porque no les alcanzaron o no murieron lo suficientemente rápido.

Nos colocamos al lado de la puerta, la abrimos y entramos de dos en dos, siendo yo la última. Aprovechamos la ventaja de tiempo que nos da el resto del grupo y nos movemos con sigilo por el túnel de la mina, escondiéndonos en las esquinas y comprobando con cuidado si alguien se acerca. El túnel termina en un gran espacio bajo tierra, con pasarelas y escaleras de metal pegadas a las paredes y unidas entre sí. En las propias paredes se encuentran las celdas de los presos, además de otras salas y pasillos, y en el fondo puedo oír el sonido de los picos contra la roca. Con cuidado, nos asomamos y avanzamos hasta los mejores lugares desde los que atacar, eliminando sigilosamente a los humanos que se cruzan en nuestro camino y ocultando sus cuerpos.

Cuando se acaba el tiempo y los demás entran, empezamos a eliminar a todos los humanos que podemos, actuando antes de que puedan reaccionar. Los rebeldes con rifles del grupo que acaba de entrar atacan antes de que los soldados restantes puedan actuar, de forma organizada bajo el mando de Tantalus. El escándalo que se forma atrae a los que estaban por los pasillos, que poco pueden hacer en la situación en la que están, tan solo ponerse a cobertura y devolver algunos disparos, en el caso de los más avisados, y al final acabamos con ellos. Después de unos minutos esperando por cualquier sorpresa que pueda aparecer, nos dividimos para explorar toda la mina mientras los presos nos vitorean, haciendo que algunos de los nuestros levanten los brazos en victoria, por lo que reciben una colleja si se trata de los que están bajo mis órdenes. Después de un buen rato el grito de "Todo despejado" se oye en toda la mina, y cantamos victoria a grito pelado. Es la primera vez que logramos una victoria tan grande contra el Imperio.

La alegría no dura demasiado, ya que Anakam nos ordena que saquemos a los prisioneros y nos llevemos todo lo que sea útil cuanto antes. Tiene razón, tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes.

- ¡Ya habéis oído, empezad a abrir las celdas y quitar las cadenas como podáis!

Todos obedecen y empezamos a intentar abrir las puertas sin éxito. Miro la puerta buscando una cerradura o cualquier otro medio para abrirla, pero no hay nada.

- ¡No se pueden abrir!

Grito a los demás y se pueden empezar a oír voces de desánimo y propuestas de usar los rifles contra las puertas, que rápidamente rechazo.

- ¡Se abren a distancia mediante unos controles!

Después de decir eso, Tantalius sube por las escaleras hasta una sala excavada al final. Decido seguirle, descubriendo la buena forma que tiene el condenado al seguir su ritmo.

- Oye, espera.

- Ya casi estamos.

Cuando por fin alcanzamos la sala, necesito parar a tomar aire, apoyándome en mis rodillas. Al levantar la cabeza veo un cristal amplio con una máquina extraña a sus pies, armas colgadas en un armario, junto a un juego de llaves, una mesa y sillas, además de varios papeles colgados en la pared, incluyendo una imagen de Tantalius y otra de Volmia. El humano se pone delante del aparato y maneja unos botones y palancas, mirando una pantalla con distintas luces, y oigo el ruido de las puertas abrirse y la gente gritar de alegría.

- Vamos abajo, Nikeila.

Cojo las llaves y hacemos el descenso tranquilamente, sin prisas, viendo la escena que se está, montando abajo. Los presos lloran y abrazan a sus salvadores, que también se abrazan entre sí, y algunos se besan entre ellos, además de levantar las armas al cielo.

- ¡Un humano!

- ¡Un Ángel!

Nos paramos en la escalera mientras los ojos de todos los presos se giran hacia Tantalius. Empiezan a soltar amenazas, insultos y obscenidades frente a las que el antiguo Ángel se mantiene impasible.

- ¡Matadle!

- ¡Escoria!

- ¡Asesino!

- ¡En cuanto te agarre ese bonito cuello vas a desear no haber nacido!

Siguen hasta que Ánakam sube a la escalera, pasando por los hombres y mujeres que evitan que nos alcancen, y demuestra su autoridad.

- ¡Parad todos!

Abre la boca para continuar, pero Tantalius le apoya la mano en el hombro y le dice que no hace falta, y se impone frente a todos los que le

odian.

- ¡Mi nombre es Tantalius Septrio, soy humano, y soy parte de los renegados! ¡Al igual que todos vosotros tengo mis motivos para odiar al Imperio y me opongo a ellos! ¡Hemos venido a reclutar a todo aquel que se quiera unir a nosotros en la lucha, pero si tenéis algún problema por tener que pelear codo con codo con un humano podéis marcharos! ¡Aquellos que estéis dispuestos a superar eso por alzaros contra esta dictadura, los que seáis verdaderamente valientes, los que estéis dispuestos a darlo todo por luchar por vuestra meta, seguidnos! ¡Todo aquel que no sea capaz o no quiera luchar que se marche y continúe con su vida!

Mientras Tantalius habla me quedo con la boca abierta. No pestañea frente a la turba y cada una de sus palabras muestra decisión. Siente todo lo que dice, y noto crecer un mayor respeto por este hombre.

Cuando termina de hablar se mete dentro de la masa de gente, que clava sus miradas en él, y camina con seguridad hacia la salida de la mina, apartando la marea con cada paso, sin desviar la mirada. Ánakam le sigue y el resto de los rebeldes empieza a unirse a él. Tiro las llaves a los presos encadenados para que se liberen y me marchó con mis compañeros, seguida por algunos de los prisioneros, mientras que otros permanecen atrás, mirando al suelo con vergüenza o al pasillo que lleva a la salida con odio.

Tantalius Septrio, tal vez me haya equivocado contigo. Tal vez.

Capítulo 18

Capítulo 18: Repercusiones

Mi despacho se encuentra en completo silencio, tal y como a mí me gusta. Se trata de mi lugar de trabajo habitual, además de un lugar de reposo, donde vengo cuando necesito tranquilidad. En mi mesa hay varios documentos y un par de libros, todo perfectamente ordenado, sin que puedan molestarme de la tarea de la que me encargo en su momento y que la consulta resulte fácil cuando se necesita. Sin embargo, mi bella paz queda perturbada cuando alguien entra a toda prisa en la sala, abriendo las puertas sin ninguna clase de respeto y casi chocando contra el mapa situado en el centro, un mueble similar a una mesa, circular y sostenido por un tronco que se divide en varias patas, sobre el cual hay varias figuras que representan el estado del Imperio, sus infraestructuras, rutas de abastecimiento, puntos importantes y la situación del ejército. La mensajera lo rodea y se sitúa enfrente de mi escritorio, realizando el saludo militar, y le doy permiso para hablar.

- ¡Majestad, traigo noticias urgentes de la Mina 34, en la región de Corina!

Abandono los documentos que tenían mi atención y la dirijo a la mujer.

- ¿Qué ha ocurrido?

- Los renegados la han atacado y han liberado a todos los prisioneros, además de llevarse las armas y baterías.

Al oír las noticias algo se quiebra dentro de mi mente y una profunda frustración empieza a envolverme, pero no puedo permitirme ceder a ella enfrente de uno de mis súbditos. Mantengo la calma, respiro profundamente, exhalo y miro a la mujer.

- Vaya a informar que la General Suprema Protecnia, el Comandante Luminoia y los Generales Terunio y Estanis han de presentarse cuanto antes en mi despacho.

- Sí, señor.

Cuando la mensajera se va golpeo la mesa con la base del puño cerrado, maldiciendo a aquel que se está convirtiendo en un problema cada vez mayor.

- Maldito Tantalus.

Todos los que han sido convocados se encuentran alrededor del mapa, esperando a que dé comienzo a la reunión. Protecnia estudia al resto de oficiales con los ojos, haciendo que el joven Luminoia tiemble de forma mal disimulada. Terunio, uno de los hombres con más experiencia en el ejército, se acaricia la barba grisácea, con algunos restos de su anterior color marrón, mientras que Estanis, una mujer de gran reputación en el Ejército de Tierra con una rivalidad aún mayor con Protecnia, mastica un cilindro de metal para combatir su adicción al tabaco.

- La mina de Corina ha sido atacada por los renegados.

Los presentes se muestran sorprendidos, aunque mantienen la compostura. Luminoia hace un amago de hablar, pero finalmente termina por no hacerlo, aunque podría tener algo que aportar.

- Luminoia, si tienes algo que decir dilo.

- La Mina de Corina no es de gran importancia. Las pérdidas que hayamos sufrido se pueden recuperar en poco tiempo.

- Eso da igual, es una victoria que han obtenido, una victoria real, no simbólica. Ahora tienen parte de nuestra tecnología, gente que la sabe usar y más miembros, a los que se pueden unir más por la inspiración. Hay que encontrarlos y evitar que la situación empeore.

Terunio deja de acariciarse la barba e interviene.

- Majestad, esos animales y los traidores que los acompañan aún no pueden haberse alejado demasiado. Con nuestra superioridad en cuanto a movilidad y número de soldados podemos aplastarlos.

Estanis se quita el cilindro de la boca y juega con él entre sus dedos, mirando al viejo general como a un idiota.

- Por supuesto abuelo, pero el problema es encontrarlos. Podrían haberse marchado en cualquier dirección, así que estaríamos desperdiciando tiempo y unidades si investigamos en un radio cada vez mayor hasta que aparezcan.

Protecnia mira con sus brazos cruzados, hasta que dirige su atención al joven estratega, que se queda petrificado en el lugar mientras siente la mirada penetrante de la mujer.

- Supongo que eres capaz de solucionar este dilema.
- P...por supuesto, señora.

La atención está ahora sobre Luminoia, que contempla el mapa en silencio.

- Los renegados utilizan su bajo número como una ventaja, escondiéndose y lanzando ataques sorpresa, pero eso sería difícil ahora, habiendo llamado la atención de tal manera y posiblemente viajando con un número superior de miembros, que pueden carecer de las habilidades que favorecen su modo de actuar. Opino que huirán al desierto, donde sabemos que se encuentra su principal enclave, por el camino más corto posible y evitando pasar por lugares poblados, a excepción de pequeños pueblos sin humanos. De esta manera limitamos la cantidad de terreno en el que buscar.

Al terminar de hablar, Estanis aplaude, con el pedazo de metal en la boca de nuevo.

- Buena deducción, pero sería más efectivo si pudiéramos averiguar como cruzan Sierra Nubla sin ser vistos.

Noto como Terunio se prepara para hablar, posiblemente para vengar la afrenta que recibió por parte de la mujer.

- Obviamente no escalarán las montañas, sino que utilizarán un paso escondido o difícilmente practicable, o uno de los túneles que ya se usaban en la guerra, algunos incluso dando a minas abandonadas. Me inclino por esta última opción, y opino que deberíamos enviar varios grupos de soldados en su busca para derrumbarlos una vez encontrados.

El General tiene aspecto de sentirse satisfecho con su respuesta, aunque su compañera de rango sigue mirándole con desdén mientras mastica el metal.

- Es probable que así sea, General, pero no son fáciles de encontrar, y seguramente cuentan con otros caminos. Tenemos que adelantarnos a ellos, saber por dónde van a ir.

Después de exponer mi razonamiento, Protecnia da un par de golpes en el mueble para captar la atención de todos.

- Utilizamos a Rohea Inregios. Es sospechosa de haber ayudado a Volmia Septrio, quien tiene que conocer a alguien con algún tipo de relación con los renegados.

- Tiene sentido. Está claro que los traidores se han unido a los insurrectos, y que, teniendo en cuenta el desprecio que sienten hacia los humanos, deben de contar con alguien de confianza para ellos, lo que además significaría que el encuentro en el bosque no fue fortuito, sino que era la dirección a la que Volmia tenía planeado ir.

Los generales miran con envidia a Protecnia después de haberse ganado mi favor con su planteamiento, mientras que el comandante se ve pensativo, puede que juntando todos los sucesos en su cabeza para un mejor entendimiento, hasta que también lo apoya.

- Es plausible, señora, pero ¿cómo podríamos explotar esa posibilidad?

- La ponemos en una situación de peligro, en la cual tenga que acudir a quien ayudó a la traidora. Esta, a su vez, será vulnerable, y puede que huya junto a ella al único santuario fuera del control del Imperio, el desierto de Libe.

Enfurecida por el éxito de Protecnia, Estanis saca el cilindro de metal de la boca y apunta con él a la nortea.

- Supongo que sabrás como propiciar esa "situación de peligro" tuya, porque si hacemos esto mal la opinión popular de Su Majestad y el Ejército caerá en picado en vista de los recientes fracasos, especialmente cuando se trata de una persona con influencias y una buena posición.

La General Suprema la mira fríamente, sin mostrar ninguna reacción, como si estuviera tratando con una niña estúpida que no sabe de lo que habla.

- Debemos hacerle pensar que tenemos evidencia irrefutable contra ella, y que tema lo que los propios ciudadanos puedan hacerle. Si se convierte en una paria perderá todo lo que ha logrado en su vida, siendo finalmente ejecutada o expulsada.

Es, sin duda, un buen plan, y los demás no lo pueden negar. Una vez hemos elaborado el método de actuación para lograrlo la reunión termina, con los convocados volviendo a sus quehaceres y el silencio retornando a mi despacho. Contemplo el cielo de mi reino desde la ventana, impaciente por el golpe que caerá sobre esos malditos insurrectos y los traidores.

Capítulo 19

Capítulo 19: Títeres

- Necesito más azul.

Tras proferir estas palabras vuelvo a pasar el pincel por el susodicho color que reposa en la paleta, la cual descansa sobre mis rodillas. Estoy a punto de aplicarlo sobre el lienzo cuando unos violentos portazos me sobresaltan, causando que haga una línea sobre el lienzo y profiera todo tipo de maldiciones hacia el causante. Me levanto y avanzo hacia la puerta a encararme con el pedazo de óxido que hay al otro lado, furioso como un tormenta.

Al abrir la puerta y gritar un par de palabras veo a Nalda junto a la amiga de mi sobrina, Rohea, ambas con una profunda preocupación grabada en el rostro. Mi temperamento se enfría y las dejo entrar, sabiendo que algo grave ha sucedido. Voy a la cocina a por unas bebidas mientras se acomodan en el salón, viendo como la mujer verde abraza a la joven al volver, con la última temblando.

- ¿Qué ha ocurrido?

Sin apartar la mirada de la chica, Nalda me contesta.

- Vuelve a estar bajo sospecha, Irdoinis. Ha sido interrogada otra vez y el Emperador en persona le ha dado a entender que ha salido a la luz evidencia que podría confirmar su culpabilidad.

- ¡Estoy acabada, maldita sea, acabada!

Rohea se lleva las manos a la cabeza a medida que grita cada vez más fuerte, y dada su situación es comprensible. Si la nombran culpable se convertirá en una paria, cualquiera es capaz de entender eso, y podrían incluso expulsarla. No creo que pueda superarlo si se da el caso.

- ¿Por qué habéis decidido venir a mi casa?

Pregunto mientras coloco tres vasos en la mesa y vierto el líquido dentro de ellos.

- Vino a pedirme ayuda, y no podemos de hablar de esto en cualquier lugar, precisamente. Tu casa es el lugar más seguro que se me ha

ocurrido.

La orca explica mientras bebe el contenido del vaso, igual que la estilista real, que coge la botella y lo rellena para volver a meterlo en su cuerpo, pero Nalda le agarra la mano y le hace un gesto de negación con la cabeza.

- Tranquilízate. Empieza por respirar.

La muchacha obedece y deja el vaso en la mesa mientras se esfuerza en retomar la calma.

- Debes de haber dejado algún cabo suelto, aunque me parece raro que hayan tardado dos meses en encontrarlo.

Después de oír hablar a mi amiga acompaño su pensamiento con el mío propio.

- Ten en cuenta que la chica tiene una buena posición y conoce a gente, además de haberse hecho un nombre ella misma. Tienen que asegurarse de no errar en sus suposiciones a riesgo de graves críticas por parte de los ciudadanos, lo que no le conviene al gobierno con sus recientes meteduras de pata.

- Eso es cierto.

Cuando termino Rohea parece más tranquila, habiendo recuperado la compostura, lo cual demuestra con su intervención.

- El gobierno tiene el poder de favorecer su veredicto, y aunque no me pudiesen culpar cargaría con el estigma toda mi vida. Haga lo que haga no va a quedar nada para mí aquí.

Entonces se gira hacia Nalda, mirándola intensamente a sus ojos bicolores con una voluntad inamovible.

- Tú sabes dónde está Volmia. Quiero ir con ella.

Puedo ver que Nalda, al igual que yo, va a intentar quitarle la idea de la cabeza, pero en su mirada podemos ver que la decisión ya está tomada y no va a cambiar de opinión.

- Está bien.

Capítulo 20

Capítulo 20: Tránsito

La caravana se detiene, lo que significa que ya nos hemos encontrado con la patrulla.

- ¿Qué les trae por aquí?- Dice una voz en la distancia, seguramente un soldado hablando con el conductor del primer carro.

- Tan solo deseamos llegar a Lundáterr y vender nuestras mercancías. Llevamos pieles, comida, especias y telas, venidas de lejos.

- El Imperio está en alerta por la búsqueda de un grupo de fugitivos, por lo que hemos de inspeccionar los carros.

- Si así es la voluntad del Grandioso Imperio, ¿qué puedo hacer yo por impedirlo?

Oigo los pasos de los soldados y el crujido de la madera al subirse estos, inspeccionando los sacos y los pasajeros.

- Aquí no hay nada.

Llevan a cabo el mismo proceso para cada una de las estructuras a las que suben, hasta que llegan al nuestro, el último de la fila. Los soldados miran desde fuera y hablan con el conductor.

- ¿Por qué están cubiertos de vendas los de dentro?- Pregunta uno de los soldados.

- No debería acercarse, están enfermos. Tienen la kilasa, su piel se pudre en vida. Es triste, muy triste, pobres criaturas.

Ante la mención de la enfermedad veo de reojo como ambos palidecen.

- Yo no me meto con esos animales- Dice uno de los humanos.

- Tenemos que hacerlo, hemos de inspeccionar todo aquel que pase por aquí- Contesta su compañero.

- ¿No lo has oído? Tienen la kilasa. Si nos metemos dentro podríamos contagiarnos, y a saber que otras enfermedades tienen. ¡Imagínate lo que pasaría entonces, nuestros conciudadanos nos mirarían igual, o incluso peor que a ellos!

Por un momento, el otro soldado permanece en silencio y después abre la boca para defender su deber, pero mira a los enfermos y sigue el juicio de su compañero.

Una vez terminado el registro, la caravana tiene permiso para atravesar el control y continuamos con nuestro trayecto.

- Ya les hemos dejado atrás- Dice el chófer.

- Por fin, estaba harta de las vendas- Dice Volmia mientras se quita las tiras, comenzando por la cara- Ha ido mejor de lo que esperaba.

- Mi orgullo como militar hace que tenga vergüenza ajena- Comento mientras retiro las telas de mi cuerpo.

- No tiene que ver con el entrenamiento, sino con el pensamiento, que es lo que explotamos- Comenta Lorse mientras realiza la misma acción que el resto de pasajeros- Nos veis como criaturas estúpidas e inferiores, portadoras de enfermedades.

No puedo negar un razonamiento tan cercano a la verdad, y menos viniendo de su boca. Desvío mi mirada hacia Ysna y Nau, quien está recibiendo ayuda del anterior para quitarse su disfraz y no aparta su mirada de mí, juntándose lo más que puede a su acompañante.

Al cabo de un corto tiempo, la caravana se detiene, y algunos de los integrantes de nuestro pequeño grupo recogen las piezas de las armas, escondidas al fondo de los sacos y cajas que contienen la mercancía, mientras que otros separan nuestras monturas de las de los mercaderes. Apartamos los objetos del interior de nuestro carro para revelar una trampilla que da a un espacio entre las tablas de madera, donde se encuentran las partes de mi armadura. Las retiramos y me la pongo con la ayuda de mi hermana mientras los demás recogen sus armas, ajustando las partes a mi cuerpo, protegido por el mono gris, y apretando los cierres manuales. Cuando ya estoy preparado bajamos al suelo y nos unimos al colectivo que se está formando a un lado de la caravana, agradeciendo a los mercaderes su ayuda.

- No hay de qué. Estamos contentos de hacer cualquier cosa que perjudique a los humanos, y siempre es un placer ayudar a una sacerdotisa- Dice el conductor de nuestro carro, dedicándole una reverencia a Lorse, que realiza otra en respuesta.

- Que Íllide le bendiga- Comenta la orsiu a medida que se aleja.

- ¿Así que eres una sacerdotisa?- Oigo preguntar a Volmia mientras libero

a Argo de sus ataduras a uno de los carros y le pongo la silla de montar.

- Sí, de Íllide, Diosa del Viento, el Conocimiento y la Verdad. En mi cultura, aquellos que presentan dones como el mío, otorgados por los dioses, se cualifican como sacerdotes y sacerdotisas.

- No soy yo muy creyente de esas cosas. Me inclino más por la teoría de que sabes interpretar el lenguaje corporal de la gente.

- Bueno, eso ayuda, pero no es todo. Es una sensación que recorre mi mente y me dice cuando alguien miente. No tienes por qué creerlo, pero para mí es cierto.

- Respeto tu opinión, pero no puedo creer en esas cosas. Todo tiene su explicación racional.

La caravana se aleja y todo el grupo se mueve hasta el lugar donde vamos a reunirnos con los otros grupos.

- Esta ropa me pone enferma- Digo con respecto al conjunto de esclavista que llevo, con la insignia del vil gremio en una manga de la chaqueta- Odio a estos bastardos enfermos y traidores.

- La otra opción son las cadenas- Dice Ánakam, que lidera la fila de rebeldes encadenados, fingiendo ser esclavos que van a un destino forzado en uno de los puestos avanzados que rodean la Ciudad Sagrada.

- Sabes que prefiero estar muerta antes. Juré que nunca volvería a estar encadenada.

- Bueno, piensa en esto como un mal necesario- Me dice Fastos para tranquilizarme. Con su enorme tamaño y excéntricos tatuajes resulta más intimidante que Ánakam, por lo que representa mejor el papel de esclavista- Ya queda poco.

Mientras caminamos, los soldados con los que nos cruzamos nos ignoran por completo, probablemente viéndonos como carroña y los buitres que se alimentan de esta, o tal vez solo como animales domesticados llevando al redil a las fieras salvajes. Sus pensamientos no importaban, sino el haber logrado pasar los controles sin levantar sospechas.

Abandonamos el camino principal y tomamos una ruta secundaria para alejarnos de miradas indiscretas. Seguimos así hasta que ya estamos seguros de que nadie nos observa y abandonamos la senda en dirección al punto de encuentro, todavía camuflados. Durante el trayecto tan solo nos encontramos a un pastor con su ganado, que evita mirarnos durante

mucho tiempo por miedo a las represalias.

Cuando ya estamos cerca de nuestro destino, en la linde de un claro, me llevo las manos a la boca y aviso de nuestra presencia imitando a un pájaro, obteniendo una respuesta poco después. Tranquilos por la ausencia de peligro, nos reunimos con el otro grupo y los que estamos disfrazados de esclavistas liberamos al resto de sus cadenas.

- Creo que esto es tuyo- Le dice Fastos a Ánakam mientras se quita la espada de este último de la espalda y se la devuelve.

- Gracias por cuidarla.

- No hay de qué.

Cuando son liberados, los falsos esclavos se reúnen con el resto, generalmente después de frotarse las muñecas y los pies, se quitan los harapos que llevan, se equipan apropiadamente y se sientan junto a sus camaradas a esperar a nuestros compañeros restantes. En cuanto tengo la oportunidad, me quito el uniforme de carroñero y se lo doy de comer al primer liargos que encuentro, que lo destroza con gusto, y saco de mi bolsa mi ropa habitual. Algunos de los nuevos me lanzan miradas indiscretas y comentarios poco elegantes, ante los cuales respondo enseñándoles mi cuchillo.

- Seguid así y una de vuestras orejas termina en el puchero- Ante mi comentario desvían sus miradas y reducen los cuchicheos.

- Imponiendo autoridad por lo que veo, Nikeila- Dice Lorse al acercarse para hablar conmigo, con la cara adornada por su usual sonrisa.

- Ya sabes que no aguanto esas cosas- Digo mientras me pongo la camisa- Solo porque tengamos pechos y una vagina esos descerebrados piensan que pueden tratarnos como les dé la gana. Me hace hervir la sangre.

- No le des importancia. Ten en cuenta que esos tipos suponen más soldados para la causa, y no podemos permitirnos ser selectos.

- Pues qué bien- Digo sarcásticamente.

El tiempo pasa y el resto de grupos indica su presencian y se unen a los demás, intercambiando palabras, poniéndose armaduras y comprobando sus armas. Una vez estamos todos reunidos, nos apresuramos en prepararnos lo más rápido posible para continuar la marcha. No podemos permitirnos estar parados mucho tiempo.

- ¿Cómo se han comportado los humanos?
- Nada sospechoso. Tienes que aceptarles de una vez.
- No es fácil
- Por supuesto que no, pero no puedes escudarte detrás de eso.

Lorse tiene razón, y el humano ya me ha demostrado su compromiso. Una pequeña parte de mí se siente culpable, pero el resto se resiste a la idea con violencia.

- ¡Jefa!- Dice alguien a mi espalda.

Al girarme, veo a Ysna y a Nau corriendo en mi dirección. La pequeña me da un abrazo con tanta fuerza que me hace retroceder, y el mayor se detiene detrás de ella.

- Dioses, como se nota que estás creciendo- Le digo mientras le devuelvo el abrazo con un brazo y le froto la cabeza con el otro- ¿Cómo se ha portado?

- Muy bien, ha estado tranquila durante todo el viaje, y parece que se está acostumbrando a los humanos.

- Me alegro de oírlo.

Mis instintos maternos desaparecen cuando nuestro pequeño ejército muestra signos de movimiento, recogiendo mis cosas y apremiando a mis aprendices a hacer lo mismo lo más rápido que puedan. Todavía nos queda un buen trecho hasta la frontera, y no podemos permitirnos ser lentos.

Capítulo 21

Capítulo 21: Una parada en el viaje

Las gotas de lluvia golpean con fuerza el suelo empedrado por el que avanzamos bajo el intenso aguacero nocturno. La capa y la capucha están pegadas a mi cuerpo de forma desagradable, en un húmedo y frío abrazo que se acentúa con cada movimiento. Delante del enorme cuerpo de Nalda veo las luces que provienen de un edificio que se encuentra enfrente, con un establo cubierto al lado.

- Vamos a resguardarnos en esa posada- Dice la enorme orca mientras insta al caballo a dirigirse en la dirección deseada.

Nos detenemos en el establo, y una vez bajamos, Nalda ata al animal, le acaricia y saca una zanahoria de su bolsa para él, que la devora con felicidad. Cuando ya ha terminado con el caballo, empujamos la puerta que da al interior de la posada, un lugar iluminado por una hoguera y varias velas, y con numerosas mesas y sillas, algunas ocupadas por otras personas que se refugian de la tormenta. Unos pocos nos miran mientras nos acercamos al mostrador, pero la mayoría mantiene su atención en sus propios asuntos.

- Buenas noches. Querría una habitación para pasar la noche- Dice Nalda al orco gordo que está detrás del mostrador.

El propietario mira a la orca y después a mí, examinándome con su mirada antes de apuntarla hacia los ojos de la mujer.

- No me da confianza alojar a alguien que no enseña su cara.

Ante su respuesta, la antigua guerrera saca una cuerda con varias monedas colgando, con un agujero en el centro, y coloca una cantidad más que generosa en la superficie de madera.

- Si estás dispuesta a pagar tanto entonces tengo más razones para desconfiar. No me obligues a echaros a patadas.

Nalda saca un pequeño saco de su bolsa y se asegura de taparlo con su cuerpo antes de abrirlo, retirando una moneda humana de bronce de su interior y depositándola junto a las otras. Los ojos del posadero se tienden sobre esta última, con un valor significativamente superior al del resto, y mueve su mano para cogerla, pero la manaza de la orca la tapa y la alza, enseñándole el dibujo grabado, demostrando su autenticidad.

- Si nos deja alojarnos es suya por la mañana.

Puedo ver como los ojos del orco relucen con el brillo de la codicia, y su actitud hostil cambia radicalmente a una más servil y complaciente, acompañada por una sonrisa en su rostro.

- Perdóneme por mi rudeza. No debería haber metido la nariz en sus asuntos- Dice mientras se gira para tomar una de las llaves que cuelgan de la pared, ofreciéndosela a Nalda- Suba las escaleras y vaya a la última habitación de la izquierda.

- Gracias.

Inmediatamente le damos la espalda y seguimos sus indicaciones, subiendo por las escaleras de madera hasta la planta superior y avanzando hasta la puerta mencionada. Una vez la abrimos, somos recibidas por una habitación simple con dos camas, una mesa y una silla, además de una ventana por la que se puede contemplar tormenta desatada en el exterior. Cierro la puerta una vez hemos pasado y me quito la capa, dejando que caiga al suelo con el sonido típico de la tela mojada. Me quito el resto de la ropa empapada y me meto en la cama con la esperanza de conseguir calor, acurrucándome. Mi mente flota y comparo la habitación en la que me encuentro con aquello a lo que estoy acostumbrada. La única calefacción es la chimenea de abajo, las paredes son de madera, no hay tecnología, las sábanas son ásperas, el colchón es duro y no hay agua corriente.

- ¿Estás bien Rohea?- Me pregunta Nalda mientras se mete en la cama.

- Si, tan solo estoy cansada y tengo un poco de frío.

- Es normal, ha sido un día largo y no estás acostumbrada a viajar mucho tiempo. Puede que no tengamos la suerte de encontrar una posada la próxima vez, así que aprovecha y descansa.

- Vale.

La orca apaga la vela, sumiendo la habitación en la oscuridad, y cierro los ojos, pensando en Volmia. ¿Cómo se encuentra? ¿Se ha adaptado a la vida que tiene ahora? No puedo evitar imaginármela embutida en una brillante armadura y sujetando una espada de plata, luchando contra todo lo que se le opone. A mis ojos ella es admirable, siempre fuerte, decidida y honesta consigo misma y los demás, no cómo yo. Tengo miedo, soy rara y siento que me falta algo, a pesar de todo lo que he alcanzado, mientras que ella es fuerte, valiente y admirable. La gente me alaba por mi talento y logros, la mayoría en un intento de caer en mi gracia, pero ella siempre ha sido mi mejor amiga, juntas la una para otra, con un auténtico aprecio. Y ahora estoy en su busca, deseosa de reunirme con ella, repudiada y a la

fuga, con las dudas atenazando mi mente. ¿Qué sentido hay en enemistarse con el poderoso Imperio y tener como ayuda a unos seres cuyo avance se ha mantenido en un estado tan primitivo? ¿Y cómo es que la supuesta utopía en la que vivía me ha llevado a tal situación, obligándome a un autoimpuesto exilio a un mundo desconocido? Los pensamientos siguen y siguen, apilándose unos sobre otros, creando una montaña de temor e inseguridad que solo cesa cuando caigo en el abrazo del sueño, con la cara de la persona más cercana a mí apareciéndose ante en mí en los últimos momentos de mi conciencia.

Capítulo 22

Capítulo 22: Otro día en el campamento

El agua fría hace que me duelan los pies al hundirlos, pero la comida no va a venir por su cuenta a nuestras manos. Permanezco quieto mientras observo a mi presa moverse contra corriente y ataco rápidamente con la lanza en cuanto la oportunidad aparece, errando el golpe y chocando contra las piedras del fondo, otra vez. El mero hecho de no poder cazar un condenado pez con varios años de entrenamiento militar a mis espaldas resulta frustrante, tanto que parte de mi enfado es liberado de forma oral en voz baja.

- Por La Tejedora.

Oigo unos chapoteos que se hacen más fuertes, indicando su aproximación. Al levantar la vista veo a Nikeila, con una cesta llena de peces en una mano, de la cual caen gotas sobre sus capturas, igual que la otra.

- ¿Tienes problemas?- Me pregunta con una media sonrisa pícara.

- No consigo atrapar a ninguno- Le respondo, observando que no lleva consigo ninguna herramienta para cazar, a diferencia de la mayoría entre la que me incluyo- ¿No usas una lanza?

- No la necesito, observa.

Se sitúa al lado mío, con las rodillas dobladas, ligeramente inclinada y las garras extendidas, permaneciendo quieta, siendo el único movimiento el subir y bajar de su pecho al respirar. Entonces, repentinamente, hunde sus brazos en el agua y saca un pez que se resiste a su agarre, a pesar de que las garras le atraviesan la carne.

- Tienes que tener en cuenta que el pez no está exactamente donde lo ves desde fuera, así que tienes que averiguarlo y moverte antes de que pueda reaccionar- Dice la orsiu mientras sujeta su presa, metiéndola en la cesta una vez termina de hablar- Inténtalo otra vez.

Imito a Nikeila y permanezco lo más quieto que puedo, con las rodillas ligeramente dobladas, y observo a los peces que pululan en río, siguiéndolos con la mirada. Selecciono a uno y tengo en cuenta el consejo de la mujer al apuntar, llevando a cabo una rápida estocada contra el animal, fallando miserablemente otra vez.

- ¡Maldita sea!

- Que torpes que sois los humanos- Dice la cazadora y, acto seguido, deja su cesta en la orilla y se coloca detrás de mí, agarrándome los brazos con sus manos- A ver si así consigues algo.

Empuja mis extremidades hacia arriba, preparándome para asestar otro intento mientras los peces nadan alrededor de nuestros pies.

- Fíjate en ese del centro- Me dice.

- ¿El grande?

- Ese mismo. Recuerda que hay apuntar con cuidado- Dice mientras acompaña a mis brazos en su movimiento hacia arriba, guiándome para que la dirección sea la adecuada.

- ¡Ahora!

Entre los dos atacamos con gran fuerza y siento el peso de nuestra presa al ser atrapada, alzándola con orgullo a modo de victoria y sintiéndome con un niño que acaba de lograr una gran hazaña.

- ¡Lo conseguí!- Digo sin poder contener mi alegría.

- ¡Eso es!- Grita Nikeila mientras alza los brazos, compartiendo mi felicidad.

- ¡Vosotros dos, dejad de hacer el tonto, que espantáis a los peces!- Nos dice uno de nuestros compañeros en el grupo de pesca, molesto por razones más que justificadas.

Nikeila toma mi pez y lo deja en mi cesta mientras se marcha, recogiendo sus propias capturas y dirigiéndose al campamento, no sin antes girarse en mi dirección y dedicarme unas últimas palabras.

- No te relajes, que todavía tienes que conseguir más.

Se da la vuelta de nuevo y continúa su marcha mientras miro con atención los movimientos de su cuerpo hasta que devuelvo mis pensamientos a la tarea que me corresponde, siguiendo las instrucciones de la hembra orsiu. Con unos pocos fallos al principio, eventualmente consigo atrapar a los animales y lograr una buena captura, volviendo entonces al campamento a entregarlos. No está mal para un humano de ciudad.

Los últimos rayos de un día moribundo caen sobre el campamento y sus alrededores, acompañando la luz de las pocas lámparas que tenemos. La gente cava hoyos en el suelo con el fin de hacer hogueras que no sean vistas por los humanos, una de ellas supervisadas por el orco que se encarga de cocinar, Fastos, acompañado de sus ayudantes. Junto al hueco donde se encuentra la madera hay otro para que entre oxígeno y mantenga la llama viva. Entre todos los que preparan las hogueras veo a esos dos malditos humanos, Tantalus y Volmia. Puede que el líder de este grupo y otros se hayan olvidado de las imperdonables afrentas que su raza a cometido, pero yo no puedo, jamás olvidaré a Elliara. Aprieto los puños sin darme cuenta, y he de luchar para contener las lágrimas que pretenden liberar parte de la tristeza que me consume por dentro. No puedo permitirme mostrar ninguna emoción que pueda situarme en una posición difícil, aún no.

- Yo antes hacía armaduras y demás creaciones tecnológicas. ¡Hacía arte! ¡Y ahora estoy aquí, haciendo una puñetera hoguera en un agujero en medio del bosque! - Dice la hembra humana mientras recorro el campamento, prestando atención a todo lo que pueda ser de importancia, haciendo que desee retorcerle el cuello para que se calle de una maldita vez.

- Las sorpresas que nos separa la vida- Dice Lorse, la sacerdotisa orsiu. ¿Cómo puede una sacerdotisa relacionarse con semejante criatura, y además sonriendo? Es simplemente una locura.

Continúo caminando entre la marea viva, captando pedazos de conversaciones de diversa naturaleza. "Tienes una hermana cerca de...", "Tengo que afilar la espada", "...y entonces aparece Areln y se lo carga con el cuchillo...", "¿Cuánto más tenemos que esperar por la comida?". Entonces veo una cosa que capta mi mirada, una pequeña criatura apartada de los demás, la joven nekoma llamada Nau, observando desde la distancia a...él. El soldado. Esa niña debería estar lejos de él, especialmente con lo que ha sufrido, o las consecuencias serán nefastas cuando la verdadera naturaleza de esa bestia salga a la luz.

"Malditos humanos"

Al oír esas dos palabras susurradas furtivamente mis oídos se agudizan y busco su origen, estudiando con la mirada mis alrededores y determinando a los mejores candidatos, hasta que encuentro la opción más probable, una pareja de ávatos, caracterizados por su complexión delgada, gran altura, inconfundibles orejas de dos puntas alargadas y las verrugas que se forman en su rostro.

- ¿Qué os ocurre compañeros? – Digo al acercarme con una máscara de compasión puesta, llevando una rodilla al suelo para mirarlos a los ojos sin necesidad de que se levanten.

- Gracias, pero...- Apenas empezar la frase, su compañera levanta la cabeza de su regazo y alza su rostro cubierto de lágrimas y brillando con la oscura luz del odio.

- Son los humanos, esos demonios despreciables. Estarían mejor todos muertos. ¡Todos y cada uno de ellos! - Dice mientras un nuevo río de lágrimas inunda sus hermosas facciones y su pareja intenta consolarla.

- ¿A qué se debe ese odio, amiga mía?

- Mi hermano era muy listo, demasiado, y creo un movimiento pacífico que se oponía al Imperio y exigía que se terminase el control sobre los avances de las sociedades. Vinieron a por el y le azotaron en público junto a sus seguidores al ver que no iba a cambiar de opinión, y cuando siguió con sus protestas los soldados volvieron y se lo llevaron, seguramente a trabajar en una mina. Me mata por dentro no saber que es de él, ni siquiera si está vivo o muerto.

- Entiendo tu dolor, yo también he sufrido por su culpa. Dime, ¿estarías dispuesta a cualquier cosa por terminar con su yugo?

- Si, cualquier cosa- Dice tomando la mano de su compañero y mirándole a los ojos, comunicándose sin palabras- Los dos.

- Los renegados desean la libertad, y nuestro líder confraterniza con el enemigo, pero yo creo que nunca será posible con tal debilidad lastrándonos. Hemos de hacerles pagar por todo lo que han hecho, servir nuestra justa e inequívoca venganza contra ellos, que viven la blasfemia de creerse superiores a todo. Sólo así seremos verdaderamente libres de ellos.

- Lo que dices es la verdad.

- Sí- Tras decir esa palabra le tiendo la mano, y ella la acepta con la que tiene libre- Somos más de los que crees. No estáis solos.

- ¿Cómo te llamas?

- Arranis.

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25: Ferrus el Inútil

El mundo entero se tambalea bajo mis inseguros y descoordinados pasos como resultado del alcohol, pero he llegado a un punto en el que me da absolutamente igual. Alzo la mano con la que agarro la botella con una fuerza innecesaria, como si temiese que se me fuera a escapar o fuera el cuello de alguien odiado, y me la acerco a la boca para dar un profundo trago.

- Asqueroso Tantalus – digo al pensar en el principal causante de mis desgracias, notando como mi cuerpo empieza a hervir de la rabia y mi corazón late con mayor fuerza – Jodido montón de óxido. Pedazo de mierda.

Ya hace meses desde que escapó junto a su hermana de la ejecución, matando al General Titano Grecos en el proceso, y se me encargó ir en su busca. He estado todo este tiempo buscándoles sin éxito, incapaz de tener la oportunidad de ajustar cuentas por la humillación que me hicieron sufrir, especialmente él. Junto a los soldados bajo mi mando, he seguido todo rastro que han dejado tras de sí, desde el obvio asalto a un convoy de transporte, marcado por la inconfundible destrucción causada por una lanza de los Ángeles, y el consecuente ataque a la mina de Corina hasta distintos avistamientos y rumores, todo sin lograr avances significativos. Me he convertido en la vergüenza de todo el ejército, un imbécil al que apuntan con el dedo para reírse, Ferrus el inútil. Por si fuera poco, la paciencia del Emperador se reduce cada vez más, alcanzando cantidades peligrosas para mi bienestar, por lo que, si no logro cazar pronto al traidor, Protecnia tendrá vía libre para castigarme de la forma que considere más adecuada.

Utilizo la conciencia que me queda a flote en el turbulento mar del alcohol para llevarme la botella de nuevo a los labios, sufriendo una profunda decepción y soltando todo tipo de tacos cuando descubro que está vacía, sin que una sola gota escape a pesar de mis intentos al sacudir la botella. Ahora, con la cabeza libre del reconfortante olvido del alcohol, descubro que he ido a parar a un balcón. Sin tener el pleno control de mi cuerpo avanzo hasta la pasarela y miro hacia el abismo que hay abajo, y se me pasa por la cabeza subir y dejarme caer en los brazos de la noche iluminada por los humanos, quitándole así a Protecnia el placer de poder acabar conmigo con sus propias manos.

- Que le jodan a esa chiflada – Digo en voz alta antes de apoyarme en la barandilla y volver a contemplar la altura a la que me encuentro, visualizando como sería caer y terminar aplastado contra el suelo, convertido en una mancha de sangre rodeada de carne y vísceras – Joder,

que alto.

Devuelvo la mirada a la botella que sujeto y la tiro al otro lado de la barandilla, observando cómo desciende hasta que se funde con el entorno, al igual que ocurrirá con el sonido que haga cuando se rompa, incapaz de alcanzar mis oídos. Si ya no me sirve de nada se puede ir adonde la Artista perdió las bragas.

- Pero qué alto – Vuelvo a decir para mí mismo mientras mis piernas desfallecen y me desplomo sobre las rodillas, con el mundo entero balanceándose violentamente como si un niño estuviera sacudiendo la realidad misma y regocijándose cruelmente con mi pésimo estado, negándose a parar para disfrutar más.

Me dejo caer de espaldas al suelo, sintiendo su duro y frío tacto a través del uniforme, permaneciendo ahí tirado mientras mi fracaso vuelve para acosarme a medida que se combina con el miedo que me tiene apresado, culminando cuando empiezo a gritar a la nada de pura rabia y frustración.

- ¡Cabrones! – Digo mientras pienso en todos aquellos que se ríen de mí a mis espaldas, de la enferma de Protecnia, y de ese pedazo de óxido que es el condenado traidor – ¡Todo es por tu culpa, Tantalus! ¡Cabron de mierda oxidado!

Hasta hace poco era un orgulloso y respetado capitán de los Ángeles Metálicos, tenía un puesto de responsabilidad y, aunque no fuese el más querido, no se burlaban de mí con semejante descaro. Pero entonces tiene que llegar ese idiota con sus ilusiones sobre la justicia ayudar a una panda de animales que se encuentra por debajo de nosotros, y luego viene su hermana y le salva de ser ejecutado, cuando yo era el encargado de que todo fuera bien. Por si fuera poco, la idiota esa encima mata a un ilustre general con una brillante carrera de un balazo. ¡Un balazo! ¿Quién usa esas armas tan anticuadas hoy en día? Ahora varias tropas han sido movilizadas para cazar a esos bastardos y los animales que los acompañan, y como lo logren sin una aportación significativa por mi parte, tendré suerte si tan solo me expulsan del ejército.

Entre toda la confusión que invade mis pensamientos surge una parte de mi conciencia que se niega a caer en una desgracia mayor que Tantalus, una idea que me mueve a seguir adelante y demostrar a todos los jóvenes ambiciosos que quieren hacerse con mi puesto que no voy a caer sin antes luchar.

Todavía atontado por el efecto del alcohol, me levanto como puedo y me apoyo en la barandilla para sostener mi torpe cuerpo. Empiezo a pensar en la forma de hacer mis deseos realidad, en como llegar hasta Tantalus y su pandilla de animales rabiosos antes que nadie. La tarea es

extremadamente complicada, tanto por el despliegue militar como por la habilidad de esas alimañas para esconderse. En vista de mi fracaso en la búsqueda de sus escondites, empiezo a considerar el tomar un enfoque distinto, enviando a mis subordinados a vigilar el ir y venir de mensajeros para oír cualquier noticia útil. Todos están hambrientos por un ascenso, y matarán por él si hace falta, lo que puede ser necesario si quiero salir airoso de la situación en la que me encuentro.

En mi aturdida cabeza se posa una última ocurrencia, seguir a Protecnia hasta La Muralla. Tengo muchas posibilidades de encontrar al fugitivo si sigo a la General, ya que ella también le está dando caza. Sin embargo, debo mantenerme alejado de ella. Si me ve me acusará de abandonar mi puesto y tendré que hacer frente a un consejo militar, aunque mis otras opciones tampoco son mucho mejores, por lo que decido que debo arriesgarme.

Antes de que pueda desplomarme sobre el frío suelo otra vez, emprendo el viaje de regreso hasta mi habitación para pasar la noche y liberarme de la embriaguez, haciéndome a la idea de la resaca de caballo que la sustituirá por la mañana. Ante tal idea soy incapaz de evitar maldecir por lo bajo.

Capítulo 25

Capítulo 26: Siguiendo Huellas

Los rayos de luz de la tarde se filtran por los pequeños espacios entre las hojas, iluminando el abandonado sendero por el que Lazaira, la orsiu que contratamos para ayudarnos a dar con Tantalius y Volmia, nos lleva. Mientras observo desde mi caballo el fruto de los esfuerzos de las plantas por reclamar este camino desatendido, con la paciencia que sólo ellas son capaces de presentar, pienso en la sagacidad de la mujer, quien ha determinado nuestra intención de evitar cruzarnos con tropas del ejército sin que digamos nada. La integrante del Gremio de Informadores lidera el paso montada sobre su negro corcel, habiendo demostrado con creces sus capacidad de observación y un rechazo a hacer preguntas, lo que me lleva a confiar en sus habilidades, pero a desconfiar en el uso que pueda darles.

Desde que abandonamos el antro en el que la contratamos, Lazaira nos ha llevado por rutas que ha determinado diseccionando toda información que ha llegado a sus oídos, contrastando y separando lo veraz de las simples habladerías utilizando su aguda mente y experiencia. Según la información que ha conseguido, tras un asalto a una mina humana los rebeldes aumentaron su número de manera considerable y, a razón de los avistamientos que se han llevado a cabo, se están desplazando. Ante la revelación supe inmediatamente que su destino es el desierto y que lo más probable es que se hayan separado en grupos menores para evitar ser reconocidos, corroborado por las historias poco esparcidas sobre una pelea de bar contra un grupo de esclavistas y la liberación de los presos, y una caravana que ocultó a unas personas disfrazándolas de enfermos.

Un agudo y molesto silbido me arrastra fuera de mis pensamientos y sobresalta a Rohea, que pega un respingo del susto, e instintivamente llevo una mano a la empuñadura de mi espada y dirijo la vista a Lazaira, quien está retirando ambos dedos índice de la boca. Ya conozco la razón por la que hace ese sonido, y al poco tiempo un halcón desciende raudo entre las hojas de los árboles y se posa en el brazo que la orsiu tiene extendido, cubierto por un grueso guante de cuero que la protege de las garras de animal.

- Hola Sasi, ¿tienes algo para mí? – le dice la informadora al animal mientras le acaricia con un dedo el plumaje marrón que le corona la cabeza con un dedo, haciendo que libere un ligero ruidillo para indicar el placer que le proporciona la acción. Observa las patas del ave y desata el nudo que sujeta un papel envuelto alrededor de una de ellas, posteriormente llevando su mano libre a una de las bolsas que cuelga del cinturón y sacando una bola de harina, similar a un dulce, del frasco que contiene y se la da al halcón, que la desgarrar con placer y devora la carne

de su interior. – Buena chica, bien hecho.

Las primeras veces que el animal hizo acto de presencia supuso el comienzo de unas discusiones con la guía, quien exponía que era el principal medio mediante el cual sus asociados compartían la información obtenida. Con nuestra seguridad en mente y azuzada por todo la preocupación con la que estaba cargando, perdí temporalmente el control de mis emociones, pensando que la mujer que había contratado daba información a otros de nuestra situación. Cuando por fin logré recomponerme, me disculpé y dejé a la orsiu comentar la información que acababa de recibir. Sigo sintiendo cierta desconfianza, pero no me opongo a la valiosa información que Sasi trae consigo, vital para nuestro recorrido.

Después de darle la recompensa, Lazaira vuelve a acariciar a la criatura y saca una pequeña lupa de otra de las bolsas que lleva con ella para mirar el contenido del mensaje, cifrado con un código propio de su gremio según nos ha explicado anteriormente. Detenemos nuestra marcha mientras la buscadora está centrada en descifrar el mensaje, rompiéndolo en pedazos una vez ha terminado y esparciéndolos a los cuatro vientos para que nadie pueda hacerse con la información plasmada en el papel.

- Un grupo de peregrinos ha pasado por un pueblo minero alejado de las rutas más concurridas. Dos adultos ocultaban su piel bajo vendas y telas, alegando que sufrieron graves quemaduras en un incendio. – La informadora comenta una vez mueve su caballo para poder mirarnos al hablar.

- ¿Estás segura? – Pregunto para asegurarme de que no se trata de una pista falsa, más por costumbre que por auténtica duda al contemplar las capacidades de Lazaira y sus compañeros.

- Se trata de un pueblo que quiere reducir el contacto con los humanos al mínimo, solamente viéndoles para comerciar con lo que han extraído de la mina de la que viven, que apenas les da lo justo para sobrevivir. A pesar de la hospitalidad que hay entre las razas bajo el gobierno del Imperio, no compartirían sus escasos recursos con nadie y son recelosos de los forasteros, a no ser que haya una razón de peso detrás. Además, dos adultos ocultaban sus cuerpos, demasiado para ser una coincidencia.

- Tiene sentido. – Digo tras repasar toda la información antes de contestar, reconociendo el argumento de la mujer.

- Parece que tenías razón en cuanto a dónde se dirigen. – Comenta Lazaira en referencia al desliz que tuve al analizar el aparente camino que seguían, mencionando el desierto de Libe.

- Si. -Respondo mientras escondo la rabia que siento por semejante metedura de pata. Los miembros del Gremio son profesionales y eficientes, pero no es necesario ser un genio para entender que alguien que recaba y trafica con todo tipo de información no es de fiar, y hay que cuidar lo que se dice si no quieres arrepentirte.

Incapaz de bajar la guardia, veo a través de su mirada como la orsiu percibe mi inquietud mientras su halcón abandona el brazo y se abalanza sobre un pequeño e incauto animal que se ha acercado al sendero, desgarrando su cuerpo con el pico curvado.

- Supongo que no te fías de mí. – Dice viendo a través de mí, continuando como si nada, posiblemente acostumbrada por sucesos del pasado. - Deberías relajarte, no soy una luchadora, tan solo me juego el pellejo cuando no me queda más remedio. No encuentro el sentido en meterme en un follón cuando la recompensa no vale el riesgo.

Cuando termina de hablar señala los cuchillos con los que carga y agarra uno por la empuñadura, alzándolo para que lo pueda ver perfectamente mientras retoma la conversación.

- Mi preferencia por los cuchillos lo demuestra. Aquellos que no lo tienen como algo que usar cuando pierden la espada lo utilizan para pelear sucio, atacando desde las sombras y antes de que el enemigo pueda reaccionar para terminar cuanto antes. Es un arma de corto alcance versátil y que se puede esconder con facilidad, pero no hecha para un guerrero.

Una vez acaba, enfunda el cuchillo y hace que su caballo siga adelante, siendo seguida por Sasi, que deja atrás los restos de su presa para los carroñeros que se satisfagan con las peores partes. A pesar de lo que ha dicho no puedo evitar sospechar y preocuparme, no solo por mí, sino especialmente por Rohea. La joven no ha abandonado la seguridad de la civilización humana hasta hace poco, pero avanza en este viaje con una fortaleza sorprendente para lo que esperaba. Sin embargo, sigue siendo una joven arrastrada a un mundo desconocido para el que seguramente no está preparada, y la protección bajo la que la tengo le impide hablar en la mayoría de los casos. No solo me preocupa su bienestar físico, también el emocional, todo por lo que está pasando ahora debe de estar tomando su precio en ella. Hace poco dormía envuelta en delicadas sábanas de la mayor calidad, sobre un mullido y suave colchón, en una posición privilegiada con el mundo entero debajo de sus pies. Ahora lleva un cuchillo encima y duerme sobre la hierba con una manta que empieza a olvidar sus días de gloria como parte de una lujosa habitación humana.

Nunca en todo el tiempo que he estado dentro de las ciudades había pensado que semejante belleza podría existir, capaz de hacer que mis

mejores creaciones parezcan insignificantes en comparación. Ni siquiera en las pocas veces que salí fuera de los muros había tenido la oportunidad de ver el espectáculo que acontece ante mis ojos, inspirándome y animándome a crear algo lo antes posible en cuanto tenga en mis manos todos los materiales que necesito, aunque me conformaría con un papel y un lápiz. Las luciérnagas brillan mientras vuelan y se posan sobre los árboles, pintando el paisaje nocturno con sus luces y haciendo que una vez más me vuelva a sentir como una niña. Veo como algunas se posan sobre el enorme bulto que forma Nalda al dormir, espantándolas con uno de sus ronquidos espontáneos, lo que me hace dibujar una sonrisa detrás de las telas que ocultan parte de mi cara.

Me envuelvo aún más en la manta, tapando mis brazos y rodillas por completo y aislándome de la fría brisa, observando el caballo negro de Lazaira un poco más adelante, con ella tumbada al otro lado junto al animal. El crujido de las plantas me obliga a dejar mi ensoñación, siendo dominada por mis instintos de supervivencia ante la posibilidad de un animal salvaje y blandiendo el cuchillo en la dirección a la amenaza, preocupada por no aparentar miedo y que mi mano no tiemble. He oído que los depredadores huelen el miedo.

Nada sale a atacarme, por lo que lucho contra la parálisis que domina mis piernas y camino lentamente hacia Nalda sin apartar los ojos de la maleza. El supuesto peligro sigue sin aparecer a mi encuentro, y mi protectora continúa durmiendo profundamente, recuperando las fuerzas perdidas y soltando algún que otro ronquido de repente. Una fuerza desconocida se asienta en mi estómago y, junto a mi curiosidad, me anima a adentrarme entre los árboles para descubrir el misterio detrás del ruido, con la sensatez ante los peligros de un mundo desconocido siendo relegados a un segundo plano. Me armo de valor, o estupidez, según como se mire; y doy un primer paso nervioso, seguido de otro y después otro más, hasta que consigo mantener un ritmo estable y adquiero cierta seguridad. En la linde del sendero observo las plantas que hay delante, imaginándome por unos segundos que me pierdo dentro de ese laberinto vegetal, y decido hacer una marca con mi cuchillo en el árbol más cercano, planeando dejar señales a mi paso para evitar extraviarme. Adapto mi cuerpo a los espacios en la vegetación y entro dentro del bosque.

Camino con dificultad entre los árboles, con las plantas llegando hasta mis rodillas, alterándome con cualquier sombra, sonido o movimiento que creo ver y sujetando con más fuerza el mango del cuchillo. Mi ropa se engancha con las ramas y eventualmente tropiezo con una gruesa raíz, cayendo sobre la tierra húmeda llena de bichos con disgusto y asco. Me levanto cuanto antes y me sacudo el cuerpo entero, temiendo que tenga una araña encima, cuando veo una figura encaramada a un árbol. Rápidamente me escondo detrás de lo primero que veo y observo al curioso individuo, que tiene entre sus manos un bulto informe que soy

incapaz de reconocer. El susodicho bulto despliega unas alas y alza el vuelo, momento en el que reconozco que se trata de Sasi, por lo que la persona ha de ser Lazaira. Ante la realización me llevo las manos y la boca y me escondo, agudizando el oído para captar todo lo que pueda. Decido sacar un poco la cabeza para saber mejor que ocurre, pero un cuchillo viene en mi dirección y se clava en el tronco tras el que me escondía, por encima de mi cabeza. Grito de la sorpresa y me caigo otra vez, oyendo en el suelo como las ramas del suelo crujen bajo los pies de Lazaira cuando baja a tierra. Me llevo las manos a la capucha y el trapo que me tapa la cara para colocarlos de nuevo en su sitio y evitar revelar mis facciones.

- Mira tú por dónde. – Dice la buscadora a medida que se acerca – Y yo que pensaba que no podías hablar bien. ¿Te importaría decirme que haces aquí?

Sigue avanzando hacia mí con paso firme, por lo que empuño el cuchillo en su dirección y fijo mi mirada en ella. Se detiene junto al árbol detrás del que estaba hace poco y retira el cuchillo de la madera, enfundándolo de nuevo.

- Tranquila, que no voy a morder la mano que me paga. – Dice mientras cruza los brazos y permanece tranquila, observándome con una mirada que de alguna manera me pesa y hace que mi respiración se haga más profunda. – Tan solo estaba enviando un informe de vuelta al Gremio. No tuve tiempo de hacerlo antes. Además, me gusta la brisa nocturna ahí arriba.

Señala el árbol sobre el que estaba y mantiene una expresión calmada, aunque sin quitarme esos ojos perforantes de encima, lo que me inquieta e impide que baje el cuchillo. Lazaira se acerca hacia mí, con las manos en alto, y mis brazos se mantienen rígidos y mi corazón se acelera ante la posibilidad de una amenaza.

- Calma, baja el cuchillo. – Dice la orsiu mientras da pasos lentos en mi dirección sin alterarse en lo más mínimo.

Oigo a Nalda gritar por mí en el sendero y mi atención se desvía. Noto como un par de manos se posan sobre las mías y las empujan gentilmente hacia abajo. Al girar la cabeza veo los profundos ojos verdes de Lazaira, cuyo poder ha aumentado al acortarse la distancia, pero ahora son reconfortantes en lugar de perforantes. Permito que la orsiu guíe mis manos hacia abajo y le permito tomar el cuchillo, dejando que mis brazos caigan como si se trataran de un peso muerto.

- Lo siento, estaba asustada. – Digo a la buscadora mientras oigo a Nalda

gritar de nuevo, moviéndome a volver cuanto antes para tranquilizarla.

- Si puedes hablar y todo. – Comenta la mujer con sus labios formando una sonrisa socarrona sin malicia. – Venga, volvamos antes de que tu amiga pierda los papeles y entre con su espada.

Retomamos el camino de vuelta al sendero sin necesidad de seguir las marcas que he dejado, utilizando únicamente los sentidos de Lazaira para seguir adelante. Cierta confianza empieza a formarse en mi interior hacia ella, pero las palabras de mi protectora resuenan en mi cabeza, imperándome a desconfiar aunque sea sólo como una medida preventiva.

Capítulo 26

Capítulo 27: La Talla de Madera

El filo del cuchillo avanza con una sorprendente efectividad sobre la madera, pero la poca habilidad que mis manos presentan en la materia da lugar a un resultado irregular. Vuelvo a apoyar el metal afilado sobre el pedazo de madera a la vez que recuerdo las instrucciones de Nikeila, y realizo un tajo rápido y fluido cuya acción solo aporta a crear un perfil todavía lejos del deseado. Vuelvo a repasar las indicaciones de la cazadora y revivo las imágenes previas a mi introducción en el arte del tallado, cuando me encontraba ejercitando con Ánakam, incapaz de hacer nada más para matar el tiempo en el campamento al estar privado de todas mis aficiones.

- Joder, vosotros los hombres solo sabéis daros de hostias. – Había dicho Nikeila en aquel momento, interrumpiendo nuestro combate mientras sostenía un cuchillo y una pequeña talla en madera en la otra. – No sé qué haríais sin nosotras las mujeres.

Abandonamos nuestra sesión de entrenamiento y nos refrescamos con unos cubos de agua fría de un río cercano, dejando que el sol nos secara mientras permanecíamos sentados en el propio suelo a descansar.

- No tengo mucho más que hacer. – Le había respondido con honestidad.
– No puedo hacer ninguna de las aficiones que tenía en casa, y son escasos aquellos que no tienen problemas en que les acompañe en un juego y además presenten la paciencia para explicarme como funciona.

- Criatura. – Dijo ella mientras alzaba la mirada y dibujaba una media sonrisa, antes de lanzar la estatua que tenía en una mano en mi dirección.- Cógelo.

Con mis rápidos y entrenados reflejos la capturé al vuelo y procedí a mirarla atentamente. Su superficie era suave, demostrando la habilidad de las manos que le dieron la forma de un elegante pájaro adornado con cuidados detalles y marcas.

- Si quieres te puedo enseñar. – Me ofreció Nikeila amablemente.

- De acuerdo. – Respondí, genuinamente interesado en este arte, en parte por el interés en las manualidades que ya mostraba en la Ciudadela y en parte por añadir un poco de variedad a la rutina.

Me separé de Ánakam y seguí a la mujer hasta el montón de leña que tenemos para distintos usos y tomamos un pedazo de un tamaño manejable, capaz de ser agarrado sin dificultad y lo suficientemente

grande para trabajar sobre él. Posteriormente marchamos hacia un lugar tranquilo a sentarnos y Nikeila comenzó a explicarme como había que tallar correctamente para lograr una figura aceptable, desde la forma en la que hay que agarrar el cuchillo y la posición del filo al cortar, hasta el movimiento de la hoja y cómo hacer las curvas y detalles. Mi primer intento fue lamentable e incomparable a lo que tenía en mente, provocando un ataque de risa apenas que apenas fue contenido por mi profesora.

- ¿Qué se supone que es eso? – Dijo mientras aguantaba la risa hasta que no pudo ni un segundo más una vez terminó de hablar, hundiéndome en el pozo de la vergüenza.

- Es una persona. O al menos se suponía que tenía que serlo. – Dije con una cierta timidez ante el fracaso mientras la orsiu seguía disfrutando a mi costa. – No te rías tanto, que tú también lo harías mal al principio..

- Por supuesto que sí. – Afirmó la cazadora cuando su risa por fin remitió ligeramente y pudo tomar aire para responder. – Mi padre tuvo que ser muy paciente al enseñarme algunas cosas.

- Así que fue tu padre quien te enseñó a tallar. – Le dije aprovechando la ocasión para saber más de su pasado. – ¿Cómo es?

- Era una buena persona con una mente aguda acompañada de mucha maña. – Comenzó a decir mientras sus ojos se llenaron de nostalgia, lo que, junto a su uso del pasado, me llevó a deducir que su padre ya no se encontraba entre los vivos. – Después de que mi madre muriera durante el parto nunca me mostró ningún rencor y me enseñó todo lo que sabía. De él aprendí a cazar, sobrevivir y a utilizar mi mente para salir de apuros, aprendí nuestra cultura y arte y como tratar a los demás.

- Pero ocurrió algo, ¿verdad? – Comenté mientras Nikeila recordaba momentos de un pasado ya lejano, notando como mis palabras la afectaron y devolvían sus pensamientos a la tarea de continuar la narración.

- Unos esclavistas vinieron al pueblo y empezaron a armar follón. Mi padre y yo habíamos bajado a comerciar con algunas pieles y otros productos que habíamos obtenido de la caza, y uno de esos malnacidos, borracho como una cuba, se acercó y le preguntó a mi padre cuanto pedía por mí. Como era de esperar, la oferta le sacó de sus casillas, pero contuvo su ira por mi bien, y no hubiera ocurrido nada si ese imbécil no hubiese seguido insistiendo y agarrado mi brazo, tirando de tal manera que me hacía daño. En aquel momento, mi padre perdió el control y le golpeó en la garganta, tirando después todas nuestras capturas al suelo y agarrándome para salir de allí cuanto antes. Los compañeros del borracho se acercaron a él mientras todavía estaba tirado en el suelo, riéndose de

su desgracia antes de decidir venir a por nosotros para tomar represalias. Con el ruido de los esclavistas siguiéndonos durante nuestra huida, mi padre se detuvo y me dejó en el suelo, puso sus manos sobre mis hombros y me dijo "Corre". Me dio un beso en la frente antes de apremiarme a que me fuese, junto a un "Te quiero" del que no he olvidado ni el más mínimo detalle, y tomó el arco entre sus manos a la vez que preparaba una flecha para ser lanzada. Mientras huía mire atrás y vi la flecha salir despedida hacia el primer incauto que se puso en su línea de tiro, rápidamente sustituida por las hábiles manos de mi padre por otra flecha que mataría a cualquiera que se acercase con oscuras intenciones. Seguí corriendo hasta salir del pueblo, avanzando por los senderos empujada por el miedo y las órdenes de mi padre hasta que no pude más y caí sobre mis rodillas para recuperar el aliento. Aquella fue una de las peores decisiones de mi vida, porque poco después me encontré con alguien mucho peor que aquella panda de beodos degenerados y salvajes, alguien que causaba un miedo primitivo en mí. Como si se tratara de un depredador, podía oler que estaba sola e indefensa, una perfecta víctima a la que convertir en mercancía sin ninguna consecuencia. Nunca he estado tan asustada como cuando ese hombre se bajó de su montura y se acercó su horrenda cara cubierta de cicatrices, echándome su aliento mientras examinaba mi cuerpo. Me agarró y me puso sobre sus hombros sin que yo ofreciera resistencia a causa del miedo y el cansancio, caminando de vuelta a la caravana de esclavos que dirigía junto a unos subordinados en cuyos ojos se veía temor y respeto por la figura.

Nikeila necesitó unos momentos de silencio en las que retomó las fuerzas necesarias para poder continuar su historia, mostrando una tremenda fortaleza al narrar tales eventos de su vida.

- Como seguramente sabrás, oficialmente el Imperio impone sanciones a la trata de esclavos, pero las medidas en contra de su realización son laxas, por lo que varios terminan por trabajar en las fincas de humanos especialmente adinerados. Afortunadamente, terminé en una vivienda que respetaba tales leyes, por lo que se respetaban los derechos de los trabajadores, y a causa de mi corta edad y cuerpo en desarrollo, incapaz de llevar a cabo una constante labor física, me convertí en sirvienta. Muchos aceptarían de buen grado una vida de servidumbre a cambio de la comida y el alojamiento que ofrecen, pero yo no podía vivir sin libertad, sin el placer de recorrer el bosque con mi padre y admirar su belleza. Durante un tiempo estuve ahí, poco a poco acostumbrándome a ese ritmo de vida hasta que conseguí amasar el valor para volver a salir y escapar, deseando reencontrarme con mi padre. Durante mi regreso a casa sobreviví gracias a lo que mi padre me había enseñado, cazando y cocinando sobre la marcha y en algunas ocasiones robando para mi sustento. Eventualmente logré volver a mi casa, o a los restos de madera quemada donde antes estaba. Busqué entre las ruinas a mi padre, apartando los ennegrecidos escombros desesperada por encontrarle o lo que pudiera haber quedado de él, pero para mi alivio y horror no descubrí

nada. Permanecí en aquel lugar mientras el tiempo pasaba ajeno a mí, incapaz de saber como enfocar mi vida sin la ayuda de mi padre, pero no tenía otra opción que seguir adelante y eventualmente tomé una decisión. Bajé al pueblo a investigar, preguntando e insistiendo a cualquiera que se resistiera, finalmente descubriendo que mi padre había logrado escapar después de haber conseguido el tiempo que necesitaba para huir, pero fue herido durante su fuga y seguramente se vio forzado a volver a nuestro hogar a tratar su herida. Pienso que los esclavistas encontraron la casa y fueron a quemarla con varios amigos, pero sigo sin saber que le ocurrió a mi padre.

La cazadora necesitó tomar una nueva pausa antes de continuar su relato para calmar lo que yo suponía que se trataba de una sensación de angustia que se esforzaba en ocultar, pero que un ojo atento podría captar sutilmente.

- Después de todo aquello me dediqué a buscar a los esclavistas en venganza y para descubrir que le había ocurrido a mi padre, lo que eventualmente me llevó a una operación ilegal con esclavos. Tengo la imagen grabada a fuego en mi mente, aún recuerdo a los pobres desgraciados trabajando hasta desfallecer con únicamente la comida necesaria para seguir moviéndose como sustento, caminando sobre la sangre y cuerpos de otros sin ningún atisbo de esperanza en unos ojos muertos. Fue en aquel momento cuando decidí buscar a los renegados y unirme a ellos, porque comprendí que alguien debía parar esas injusticias y aquellos que en primer lugar habían causado que existieran.

La historia me impactó cuando la escuché. Como la mayoría de humanos, conocía la existencia de la vertiente legal de la esclavitud e incluso la consideraba beneficiosa para muchos, especialmente aquellos que no disponían de los recursos necesarios y además tenían gente bajo su cargo. Dábamos por sentado un trato digno, pero desconocíamos la desgracia de los más desfavorecidos, aunque opino que a muchos no les afectaría demasiado o no lo tratarían con la gravedad que verdaderamente presenta.

Vuelvo al momento actual y contemplo el resultado del trabajo que he estado haciendo, esta vez con una forma más reconocible y con algunos detalles logrados. Está muy lejos de ser perfecto, pero me alegra ver el favorable progreso de mi técnica.

Alzo la vista de la madera y escrudiño mis alrededores hasta que encuentro a Nau, la niña que suele seguirme y observarme a escondidas, que tras averiguar que ha sido descubierta se hunde más en su escondite, pero sin apartar la cabeza del borde para poder mirarme. Camino suavemente hacia ella y noto como se altera y está a punto de salir huyendo, como un animal ante las señales de peligro, por lo que levanto mi manos en acto de buena fe y procedo a arrodillarme para dejar la

figura en el suelo a la vista de la pequeña, alejándome lentamente una vez está hecho.

Nau se asoma tímidamente de detrás de su refugio y observa la pequeña ofrenda que le he dejado, decidiéndose a avanzar con pasos temerosos hacia ella sin quitarme la vista de encima hasta que llega a su objetivo. Toma la figura con las manos y la mira con detenimiento, descubriendo las similitudes que presenta con ella misma, desde la capucha que oculta parte de su cara hasta las sencillas colas que hay detrás. Aparta los ojos del objeto para observarme y después los devuelve a la estatuilla, explorando y acariciando su superficie irregular con una pareja de sus dedos índice y corazón.

La pequeña sostiene la figura a la altura del pecho mientras vuelve a mirarme, como si estuviera a punto de darme las gracias, pero simplemente asiente con la cabeza y se marcha corriendo en la dirección opuesta. Vuelvo a recordar otra de mis conversaciones con Nikeila, esta vez de cuando aún tenía una palpable hostilidad hacia mí y me introdujo a la historia de Nau, al origen del dolor que la había privado del deseo de hablar y la había encadenado a un continuo miedo. No puedo ponerme en su situación, por lo que no puedo decir que entiendo o comprendo por lo que está pasando, tan solo puedo ser consciente de ello y mantenerme paciente ante sus peculiares acciones.

Sin nada más que poder hacer y habiendo ya explorado mis alrededores, vuelvo a tomar el cuchillo y comienzo a tallar una nueva forma en un pedazo virgen bajo la sombra de los árboles.

El filo del cuchillo avanza con una sorprendente efectividad sobre la madera, pero la poca habilidad que mis manos presentan en la materia da lugar a un resultado irregular. Vuelvo a apoyar el metal afilado sobre el pedazo de madera a la vez que recuerdo las instrucciones de Nikeila, y realizo un tajo rápido y fluido cuya acción solo aporta a crear un perfil todavía lejos del deseado. Vuelvo a repasar las indicaciones de la cazadora y revivo las imágenes previas a mi introducción en el arte del tallado, cuando me encontraba ejercitando con Ánakam, incapaz de hacer nada más para matar el tiempo en el campamento al estar privado de todas mis aficiones.

- Joder, vosotros los hombres solo sabéis daros de hostias. – Había dicho Nikeila en aquel momento, interrumpiendo nuestro combate mientras sostenía un cuchillo y una pequeña talla en madera en la otra. – No sé qué haríais sin nosotras las mujeres.

Abandonamos nuestra sesión de entrenamiento y nos refrescamos con unos cubos de agua fría de un río cercano, dejando que el sol nos secara

mientras permanecíamos sentados en el propio suelo a descansar.

- No tengo mucho más que hacer. – Le había respondido con honestidad.
- No puedo hacer ninguna de las aficiones que tenía en casa, y son escasos aquellos que no tienen problemas en que les acompañe en un juego y además presenten la paciencia para explicarme como funciona.

- Criatura. – Dijo ella mientras alzaba la mirada y dibujaba una media sonrisa, antes de lanzar la estatua que tenía en una mano en mi dirección.
- Cógelo.

Con mis rápidos y entrenados reflejos la capturé al vuelo y procedí a mirarla atentamente. Su superficie era suave, demostrando la habilidad de las manos que le dieron la forma de un elegante pájaro adornado con cuidados detalles y marcas.

- Si quieres te puedo enseñar. – Me ofreció Nikeila amablemente.

- De acuerdo. – Respondí, genuinamente interesado en este arte, en parte por el interés en las manualidades que ya mostraba en la Ciudadela y en parte por añadir un poco de variedad a la rutina.

Me separé de Ánakam y seguí a la mujer hasta el montón de leña que tenemos para distintos usos y tomamos un pedazo de un tamaño manejable, capaz de ser agarrado sin dificultad y lo suficientemente grande para trabajar sobre él. Posteriormente marchamos hacia un lugar tranquilo a sentarnos y Nikeila comenzó a explicarme como había que tallar correctamente para lograr una figura aceptable, desde la forma en la que hay que agarrar el cuchillo y la posición del filo al cortar, hasta el movimiento de la hoja y cómo hacer las curvas y detalles. Mi primer intento fue lamentable e incomparable a lo que tenía en mente, provocando un ataque de risa apenas que apenas fue contenido por mi profesora.

- ¿Qué se supone que es eso? – Dijo mientras aguantaba la risa hasta que no pudo ni un segundo más una vez terminó de hablar, hundiéndome en el pozo de la vergüenza.

- Es una persona. O al menos se suponía que tenía que serlo. – Dije con una cierta timidez ante el fracaso mientras la orsiu seguía disfrutando a

mi costa. – No te rías tanto, que tú también lo harías mal al principio.

- Por supuesto que sí. – Afirmó la cazadora cuando su risa por fin remitió ligeramente y pudo tomar aire para responder. – Mi padre tuvo que ser muy paciente al enseñarme algunas cosas.

- Así que fue tu padre quien te enseñó a tallar. – Le dije aprovechando la ocasión para saber más de su pasado. - ¿Cómo es?

- Era una buena persona con una mente aguda acompañada de mucha maña. – Comenzó a decir mientras sus ojos se llenaron de nostalgia, lo que, junto a su uso del pasado, me llevó a deducir que su padre ya no se encontraba entre los vivos. – Después de que mi madre muriera durante el parto nunca me mostró ningún rencor y me enseñó todo lo que sabía. De él aprendí a cazar, sobrevivir y a utilizar mi mente para salir de apuros, aprendí nuestra cultura y arte y como tratar a los demás.

- Pero ocurrió algo, ¿verdad? – Comenté mientras Nikeila recordaba momentos de un pasado ya lejano, notando como mis palabras la afectaron y devolvían sus pensamientos a la tarea de continuar la narración.

- Unos esclavistas vinieron al pueblo y empezaron a armar follón. Mi padre y yo habíamos bajado a comerciar con algunas pieles y otros productos que habíamos obtenido de la caza, y uno de esos malnacidos, borracho como una cuba, se acercó y le preguntó a mi padre cuanto pedía por mí. Como era de esperar, la oferta le sacó de sus casillas, pero contuvo su ira por mi bien, y no hubiera ocurrido nada si ese imbécil no hubiese seguido insistiendo y agarrado mi brazo, tirando de tal manera que me hacía daño. En aquel momento, mi padre perdió el control y le golpeó en la garganta, tirando después todas nuestras capturas al suelo y agarrándome para salir de allí cuanto antes. Los compañeros del borracho se acercaron a él mientras todavía estaba tirado en el suelo, riéndose de su desgracia antes de decidir venir a por nosotros para tomar represalias. Con el ruido de los esclavistas siguiéndonos durante nuestra huida, mi padre se detuvo y me dejó en el suelo, puso sus manos sobre mis hombros y me dijo "Corre". Me dio un beso en la frente antes de apremiarme a que me fuese, junto a un "Te quiero" del que no he olvidado ni el más mínimo detalle, y tomó el arco entre sus manos a la vez que preparaba una flecha para ser lanzada. Mientras huía mire atrás y vi la flecha salir despedida hacia el primer incauto que se puso en su línea de tiro, rápidamente sustituida por las hábiles manos de mi padre por otra flecha que mataría a cualquiera que se acercase con oscuras intenciones. Seguí corriendo hasta salir del pueblo, avanzando por los senderos empujada por el miedo y las órdenes de mi padre hasta que no pude más

y caí sobre mis rodillas para recuperar el aliento. Aquella fue una de las peores decisiones de mi vida, porque poco después me encontré con alguien mucho peor que aquella panda de beodos degenerados y salvajes, alguien que causaba un miedo primitivo en mí. Como si se tratara de un depredador, podía oler que estaba sola e indefensa, una perfecta víctima a la que convertir en mercancía sin ninguna consecuencia. Nunca he estado tan asustada como cuando ese hombre se bajó de su montura y se acercó su horrenda cara cubierta de cicatrices, echándome su aliento mientras examinaba mi cuerpo. Me agarró y me puso sobre sus hombros sin que yo ofreciera resistencia a causa del miedo y el cansancio, caminando de vuelta a la caravana de esclavos que dirigía junto a unos subordinados en cuyos ojos se veía temor y respeto por la figura.

Nikeila necesitó unos momentos de silencio en las que retomó las fuerzas necesarias para poder continuar su historia, mostrando una tremenda fortaleza al narrar tales eventos de su vida.

- Como seguramente sabrás, oficialmente el Imperio impone sanciones a la trata de esclavos, pero las medidas en contra de su realización son laxas, por lo que varios terminan por trabajar en las fincas de humanos especialmente adinerados. Afortunadamente, terminé en una vivienda que respetaba tales leyes, por lo que se respetaban los derechos de los trabajadores, y a causa de mi corta edad y cuerpo en desarrollo, incapaz de llevar a cabo una constante labor física, me convertí en sirvienta. Muchos aceptarían de buen grado una vida de servidumbre a cambio de la comida y el alojamiento que ofrecen, pero yo no podía vivir sin libertad, sin el placer de recorrer el bosque con mi padre y admirar su belleza. Durante un tiempo estuve ahí, poco a poco acostumbrándome a ese ritmo de vida hasta que conseguí amasar el valor para volver a salir y escapar, deseando reencontrarme con mi padre. Durante mi regreso a casa sobreviví gracias a lo que mi padre me había enseñado, cazando y cocinando sobre la marcha y en algunas ocasiones robando para mi sustento. Eventualmente logré volver a mi casa, o a los restos de madera quemada donde antes estaba. Busqué entre las ruinas a mi padre, apartando los ennegrecidos escombros desesperada por encontrarle o lo que pudiera haber quedado de él, pero para mi alivio y horror no descubrí nada. Permanecí en aquel lugar mientras el tiempo pasaba ajeno a mí, incapaz de saber como enfocar mi vida sin la ayuda de mi padre, pero no tenía otra opción que seguir adelante y eventualmente tomé una decisión. Bajé al pueblo a investigar, preguntando e insistiendo a cualquiera que se resistiera, finalmente descubriendo que mi padre había logrado escapar después de haber conseguido el tiempo que necesitaba para huir, pero fue herido durante su fuga y seguramente se vio forzado a volver a nuestro hogar a tratar su herida. Pienso que los esclavistas encontraron la casa y fueron a quemarla con varios amigos, pero sigo sin saber que le ocurrió a

mi padre.

La cazadora necesitó tomar una nueva pausa antes de continuar su relato para calmar lo que yo suponía que se trataba de una sensación de angustia que se esforzaba en ocultar, pero que un ojo atento podría captar sutilmente.

- Después de todo aquello me dediqué a buscar a los esclavistas en venganza y para descubrir que le había ocurrido a mi padre, lo que eventualmente me llevó a una operación ilegal con esclavos. Tengo la imagen grabada a fuego en mi mente, aún recuerdo a los pobres desgraciados trabajando hasta desfallecer con únicamente la comida necesaria para seguir moviéndose como sustento, caminando sobre la sangre y cuerpos de otros sin ningún atisbo de esperanza en unos ojos muertos. Fue en aquel momento cuando decidí buscar a los renegados y unirme a ellos, porque comprendí que alguien debía parar esas injusticias y aquellos que en primer lugar habían causado que existieran.

La historia me impactó cuando la escuché. Como la mayoría de humanos, conocía la existencia de la vertiente legal de la esclavitud e incluso la consideraba beneficiosa para muchos, especialmente aquellos que no disponían de los recursos necesarios y además tenían gente bajo su cargo. Dábamos por sentado un trato digno, pero desconocíamos la desgracia de los más desfavorecidos, aunque opino que a muchos no les afectaría demasiado o no lo tratarían con la gravedad que verdaderamente presenta.

Vuelvo al momento actual y contemplo el resultado del trabajo que he estado haciendo, esta vez con una forma más reconocible y con algunos detalles logrados. Está muy lejos de ser perfecto, pero me alegra ver el favorable progreso de mi técnica.

Alzo la vista de la madera y escudriño mis alrededores hasta que encuentro a Nau, la niña que suele seguirme y observarme a escondidas, que tras averiguar que ha sido descubierta se hunde más en su escondite, pero sin apartar la cabeza del borde para poder mirarme. Camino suavemente hacia ella y noto como se altera y está a punto de salir huyendo, como un animal ante las señales de peligro, por lo que levanto mis manos en acto de buena fe y procedo a arrodillarme para dejar la figura en el suelo a la vista de la pequeña, alejándome lentamente una vez está hecho.

Nau se asoma tímidamente de detrás de su refugio y observa la pequeña ofrenda que le he dejado, decidiéndose a avanzar con pasos temerosos hacia ella sin quitarme la vista de encima hasta que llega a su objetivo. Toma la figura con las manos y la mira con detenimiento, descubriendo las similitudes que presenta con ella misma, desde la capucha que oculta parte de su cara hasta las sencillas colas que hay detrás. Aparta los ojos del objeto para observarme y después los devuelve a la estatuilla, explorando y acariciando su superficie irregular con una pareja de sus dedos índice y corazón.

La pequeña sostiene la figura a la altura del pecho mientras vuelve a mirarme, como si estuviera a punto de darme las gracias, pero simplemente asiente con la cabeza y se marcha corriendo en la dirección opuesta. Vuelvo a recordar otra de mis conversaciones con Nikeila, esta vez de cuando aún tenía una palpable hostilidad hacia mí y me introdujo a la historia de Nau, al origen del dolor que la había privado del deseo de hablar y la había encadenado a un continuo miedo. No puedo ponerme en su situación, por lo que no puedo decir que entiendo o comprendo por lo que está pasando, tan solo puedo ser consciente de ello y mantenerme paciente ante sus peculiares acciones.

Sin nada más que poder hacer y habiendo ya explorado mis alrededores, vuelvo a tomar el cuchillo y comienzo a tallar una nueva forma en un pedazo virgen bajo la sombra de los árboles.

Capítulo 27

Capítulo 28: Nubes Negras en el Horizonte

A cada paso que doy hacia delante, cada vez que el aire entra y sale de mis pulmones, y con cada segundo que pasa mi deseo de abalanzarme sobre Tantalus, ese asqueroso humano, crece sin cesar. Necesito toda mi fuerza de voluntad para mantener mi mano alejada del mango del hacha y evitar que el recuerdo de Elliara me nuble los sentidos, llenándome de ira y tristeza, pero fragmentos del trágico momento escapan a pesar de mis esfuerzos y se despliegan ante el ojo de mi mente. Veo la sangre en el campamento, el cuerpo sin vida de mi amada, y recuerdo como se me negó la muerte al intentar vengarla, además de las palabras de uno de sus asesinos una vez me redujeron.

“No voy a permitir que mueras como un mártir. Vivirás el resto de tus días picando piedra en una mina, junto al resto de la escoria sin nombre, hasta que nadie te recuerde”

Respiro profundamente y expiro para controlar mis emociones y evitar llamar la atención, centrándome en reducir los acelerados latidos de mi iracundo corazón. Ha sido un desafortunado imprevisto haber sido asignado en una misión de reconocimiento junto al humano, pero debo contenerme hasta que el momento propicio llegue y le pueda matar sin repercusiones. Pequeñas fantasías toman forma y saboreo la imagen del filo de mi hacha partiendo su cabeza en dos.

Continuamos el ascenso por el terreno irregular cuando veo como Irina aprieta el paso con la mano sobre el mango de su cuchillo, preparada para acabar con el humano. Antes de que su falta de disciplina nos perjudique, la tiro al suelo con rapidez y alejo el arma de ella.

- ¿Qué ha pasado? – Pregunta un joven orsiu que aceptó la misión con entusiasmo, seguramente ansiando demostrar de lo que es capaz y de ser reconocido, como casi todos los jóvenes.

- Nada grave, tan solo se ha caído. – Digo con confianza y manteniendo mis emociones a raya, mostrando una faceta cooperativa y amable que elimina la preocupación del joven. – Ya me encargo yo de ella.

- De acuerdo. – Dice el orsiu antes de darse la vuelta y continuar con la marcha mientras atiendo a la ávatos y le agarro con fuerza el brazo, evitando que corra en dirección al humano para descargar su furia.

- Contrólate, todavía no podemos permitirnos el lujo de matarlo. – Le digo a la mujer mientras lucha con todas sus fuerzas para liberarse de mi

agarre.

- Merece morir, Arranis. – Dice una vez deja de resistirse para mirarme a los ojos, permitiéndome ver a través de los suyos una profunda tristeza y odio, nacidos del tormento de unos recuerdos similares a los míos. - Los humanos son una plaga con la que hay que acabar cuanto antes. Por cada humano menos que hay, el mundo es un lugar mejor.

- Tienes razón, amiga mía, pero ha envenenado la mente de nuestros compañeros y ahora le ven como un aliado. Si muere estaremos inmediatamente bajo sospecha y seremos acusados de traición. No podemos permitir eso, hemos de ser pacientes y esperar por el momento idóneo.

- ¡Me da igual! – Dice Irina, alzando ligeramente la voz, lo que provoca que me altere ante la posibilidad de ser escuchados. – Igual que a ellos les dio igual lo que pasara con mi hermano. ¡No podemos permitir que sigan haciendo lo que quieran y que más familias sigan sufriendo por su arrogancia!

Preocupado de que atraiga una atención indeseada, me impongo sobre ella con mi tamaño superior y me aseguro de que el tono de mi voz resulte amenazante, buscando ahora convencerla con una mezcla de intimidación y razón.

- Yo también he perdido a alguien amado, pero a diferencia de ti me contengo. No podemos ganarnos la enemistad de nuestros compañeros a no ser que queramos que todos nuestros esfuerzos sean en vano. ¿Entiendes?

Controlo la fuerza que aplico sobre su brazo para evitar perder su confianza y mantenemos la mirada sobre los ojos del otro durante unos instantes que parecen eternos, con una palpable tensión en el ambiente.

- Te garantizo que morirá y que los humanos recibirán su castigo, pero aún hay que esperar. – Le digo, notando como al final se rinde a regañadientes y acepta mi punto de vista, por lo que libero su extremidad, aunque no disminuye la furia que emana de ella. Como gesto de buena voluntad le ofrezco el cuchillo de vuelta y ella lo toma con cierto recelo, enfundándolo y continuando la marcha.

Seguimos con nuestra labor, deteniéndonos a un lado del camino y pudiendo ver el valle en casi toda su extensión, tocado por los efectos del otoño y marcados en su color, con unos pequeños asentamientos y comunidades dispersos por la zona. Más allá puedo ver las Montañas de Ridia, y el brillo proveniente de La Muralla, ciudad y frontera entre el Imperio del Metal y el Desierto de Libe, una tierra infértil que sus habitantes quieren defender con uñas y dientes solo por su pasado. Es un

esfuerzo loable, pero inútil si no dispone de la tierra suficiente para alimentar a los que viven allí y a todos los que huyen del Imperio, tentados por la pequeña ventaja estratégica que ofrece el desierto. Si seguimos huyendo hacia ese yermo, tarde o temprano moriremos de hambre y sed y los humanos no tendrán que molestarse en ensuciar sus armas.

Veo al joven orsiu dejar su carga en el suelo, con la excepción de una bolsa que lleva cruzada alrededor del pecho, y corre contra un árbol, saltando y utilizando sus garras para escalar hasta la cima, apoyándose en las varias ramas mientras escala. Veo el movimiento que revela el avance que hace, rápidamente llegando hasta la copa y sacando un catalejo de su bolsa, el cual despliega y utiliza para otear en la distancia. Los otros tres nos acercamos con cautela al borde y oteamos el horizonte en busca del movimiento de tropas del Imperio.

- Veo varios de los cacharros del Imperio por los caminos, además de controles. – Dice el miembro más joven desde el árbol mientras continúa observando. – Están por el... este.

Miramos en la dirección indicada y observamos una diminutas figuras que deben de corresponderse con los vehículos humanos, que efectivamente se encuentran en gran número, tal como ha dicho el cachorro.

- Hay muchos circulando, y me parece que varios están entrando en el valle. – Vuelve a añadir el orsiu. Sea cual sea el motivo de esas acciones, comprendo al momento que se trata de algo que nos perjudicará gravemente.

- Dime humano, ¿cuál es tu opinión de el curso de acción de tus congéneres? – Pregunto a Tantalus en busca de su visión y para confirmar mis temores, incapaz de contener todo mi desprecio al hablar con él.

- Diría que esperan que vayamos al desierto, y han tomado medidas para cortarnos el camino, probablemente más estrictas que las anteriores. – Comienza a decir con un tono apesadumbrado en su voz, combinado con una palpable frustración. – Hemos estado huyendo todo este tiempo y nos han traído adonde querían, como a un maldito rebaño. Ahora, cuanto más esperemos mayor será la presencia militar en el área, y más difícil lo tendremos para cruzar hacia el desierto.

- ¡Joder! – Grita Irina con rabia antes de darse la vuelta para descargar su ira sobre unas piedras de una patada, profiriendo más insultos.

- Será mejor que volvamos a informar y ver qué han visto los otros. – Propongo ante la situación actual de los acontecimientos antes de girar mi cabeza hacia el árbol y llamar al joven una vez veo que no hay ninguna

oposición. - ¡Chico, nos vamos!

- ¡De acuerdo! – Responde el chaval, bajando con la misma habilidad con la que escaló hasta la cima, alcanzando el suelo en cuestión de segundos y recogiendo lo que dejó a los pies del árbol.

Procedemos a volver a un paso rápido, siendo cuidadosos de no cruzarnos con soldados enemigos por el camino. Soy incapaz de liberar mi mente de la información que acabamos de conseguir, como si la mera idea actuase de la misma manera que una mosca revoloteando alrededor de un cadáver. Pienso en todo el trabajo que he estado haciendo hasta ahora, cayendo en gracia a todos aquellos descontentos entre nuestro gran grupo para que me sigan cuando haga la llamada. No me cuesta mucho llegar a una conclusión muy simple: dentro de poco tendré que actuar y traer a fructificación todo mi esfuerzo.

Capítulo 28

Capítulo 29: Reencuentro

Tras largo tiempo, nuestro largo viaje se acerca a su fin. El valle se extiende ante nosotros, con su terreno ondulado y las hojas marrones de los árboles desfilando ante nuestros ojos a medida que avanzamos en busca de los renegados. La guía de Lazaira ya no nos sirve de mucha utilidad en este punto, ya que sabemos que se encuentran aquí y cualquier noticia sobre ellos atraería la atención del ejército, enfermizamente activo en los alrededores. Aún así, la mujer se ha ofrecido a continuar hasta que alcancemos nuestro objetivo, achacándolo a una cuestión de supuesta política profesional.

Rohea canturrea detrás de las telas que ocultan su rostro, claramente feliz de que pronto vaya a poder volver a ver a su querida amiga. Su alegría es contagiosa, pero la experiencia me aconseja que no me distraiga demasiado y esté atenta en caso de que nos topemos con tropas enemigas, además de escuchar a mi instinto y vigilar a la orsiu. A pesar de mi preocupación todo parece tranquilo, los pájaros cantan alegremente, el viento acaricia las hojas de los árboles y nos refresca bajo la sombra de estos, y no hay signos de peligro inminente.

Seguimos cabalgando en busca de los renegados sin ningún resultado, hasta que decidimos detenernos y comprobar el detallado mapa de la zona que llevamos con nosotras. Observamos los lugares ya marcados como visitados y comento con Lazaira las demás posibles localizaciones donde podrían encontrarse, teniendo en cuenta las posiciones del ejército humano y aquellos sitios que difícilmente alcanzarían o se atreverían a investigar. Como ya hicimos antes, descartamos que se encuentren por el río, aunque contemplamos la posibilidad de que no estén muy lejos de él, al igual que el que se hayan asentado en uno de los poblados de la zona. Una vez terminamos de debatir tomamos una decisión, nos subimos a lomos de nuestros caballos y avanzamos hacia nuestro siguiente objetivo.

Nuestra nueva ruta transcurre de una manera similar a las anteriores, con una cierta tranquilidad acompañada de una constante inquietud ante la posibilidad de cruzarnos con humanos. Nos adentramos en la espesura del bosque, uno de los lugares favoritos de cualquier fugitivo, y atravesamos el difícil camino, superando las diferencias en el terreno y los distintos obstáculos que la naturaleza nos lanza. Durante todo el viaje permanecemos callados, centrados en la tarea de seguir adelante, con la excepción de cuando tenemos que ayudarnos para hacer frente a algunas dificultades.

- Alguien nos está mirando. – Lazaira me susurra de forma disimulada después de acercarse, ocultando su acción de los supuestos observadores.

Ante la advertencia estudio los alrededores con mis ojos, buscando una confirmación e intentando determinar la posición y número de individuos que nos espían.

- ¿Dónde crees que están? – Pregunto a la orsiu, confiando para esta situación en su palabra, esperando que sus agudos sentidos sean más útiles que mis oxidadas habilidades.

- Están ocultos entre la maleza, diría que tirados en el suelo. – Dice después de observar al águila, que no quita sus ojos de una dirección en concreto. Entiendo que se basa en la aguda visión del animal para saber la posición de los espías.

- Sólo pueden tratarse de los renegados, los soldados y la mayoría de mercenarios no se molestarían en esconderse. – Comento mientras tomo una decisión para cumplir por fin nuestro objetivo. – Vamos a entregarnos.

- Creo que tienes razón. – Responde la integrante del Gremio de Informadores ante mi suposición antes de detener su caballo y levantar los brazos. – Además, tú eres la que paga.

Al igual que la orsiu, detengo mi montura y levanto mis brazos en el aire, asegurándome de que Rohea me imite. Ante la falta de una respuesta, decido alzar la voz para atraer la atención de los rebeldes.

- Sabemos que estáis ahí. – Digo con la intención de que se me pueda oír claramente. – Nos entregamos.

Nuestra rendición causa que los sujetos ocultos abandonen su escondite y se acerquen a nosotros, apuntándonos con unos rifles humanos, probablemente sustraídos del incidente en la Mina de Corina. Debo admitir que estoy sorprendida.

- ¿Quiénes sois? – Pregunta un ávatos con la cara cubierta de pintura verde sin antes tener la cortesía de apuntar su arma en otra dirección, hablando con la arrogancia de alguien que se cree en control de una situación por el hecho de estar armado.

- Soy la sirvienta de esta mujer. – Digo señalando con la cabeza a Rohea, quien se sobresalta tras escuchar mis palabras, pero comprende que ha de seguirme la corriente. – Su prometido la abandonó antes de poder casarse para unirse a los renegados, pero mi señora no podía aguantar más su ausencia y ha insistido en que salgamos en su busca. – Noto como mi historia cala en el ávatos, y apunto a Lazaira para explicar su papel en mi historia. – Contratamos a la orsiu para que nos ayudara a localizar al

grupo del hombre, y he de decir que ha hecho un trabajo encomiable.

- Entiendo. – Dice el renegado mientras baja ligeramente su rifle como gesto de confianza, pero manteniéndola preparada para usarla en caso de ser necesario. – Necesitaremos que nos entreguéis vuestras armas.

- No veo ningún inconveniente. – Respondo a la vez que retiro mi espada de la cintura y la entrego junto a mi escudo, además de extender mi mano enfrente de Rohea para que me entregue su cuchillo y darlo también.

Una vez me desprendo de mis armas, veo como uno de los rebeldes se mueve con cautela al recoger las armas de Lazaira, temeroso de una respuesta de su mascota, que ya ha intentado morderle súbitamente y no quiere arriesgarse a darle a la criatura una nueva oportunidad, aunque al final no le causa ningún daño. Cuando el grupo de vigilantes se reúne de nuevo oigo como el que tomó los cuchillos de la orsiu suelta pestes del águila.

El trio nos examina detenidamente en busca de algún arma oculta, dándose por satisfechos una vez ha quedado claro que tienen en su posesión todo el equipamiento peligroso que teníamos. Dos de los rebeldes lideran el grupo y nos guían de camino a su campamento, dejando al restante detrás para vigilar la zona. Tenemos que bajarnos de los caballos y llevarlos de las riendas mientras nos dirigimos al grueso de las fuerzas opositoras al Imperio, deteniéndonos cuando uno de nuestros guías se lleva las manos a la boca e imita a un pájaro. Noto como una sonrisa se me dibuja en la cara al ver como algunas cosas nunca cambian.

Poco a poco empiezo a distinguir el movimiento del campamento, y a medida que nos acercamos noto su clara agitación. Saben que el ejército les tiene contra las cuerdas, y temen que todos sus esfuerzos sean en vano, que vayan a ser derrotados como nosotros lo fuimos en su día.

De repente, veo a Rohea pasar corriendo a mi lado, haciendo que la sangre se me hiele mientras se aleja cada vez más y atrae la atención de todos los presentes. Nuestros acompañantes la apuntan con sus armas de forma instintiva, pero me abalanzo contra el más cercano y le lanzo junto a su compañero con mi fuerza superior, cuya efectividad aumenta gracias al deseo de proteger a la humana. Rápidamente, avanzo con grandes zancadas hasta ellos y les arrebató una de las armas, mientras Lazaira me ayuda, haciéndose con la otra y golpeando a su propietario con la culata.

- ¡Volmia! – Grita la artista mientras algunos se lanzan tras ella, temiéndose que se trate de un ataque.

- ¡Dejadla en paz! – Grito desde lo más profundo de mis pulmones, atrayendo la atención de los perseguidores de Rohea, que sigue corriendo desesperada en busca de su amiga.

- Así que al final puede hablar. – Oigo decir a Lazaira, ligeramente sorprendida por la revelación que suponen los gritos de la humana, antes de devolver mi atención a la tarea de evitar que persigan a la joven.

Una sucesión de extrañas caras desfila en frente mía mientras busco a Volmia, desgañitándome de tanto gritar su nombre mientras corro por todo el campamento renegado, azotada por el irrefrenable deseo de encontrarla.

- ¡Volmia! – Vuelvo a decir una vez más, haciéndome daño en la garganta.

Y entonces la veo, saliendo de una tienda, con su pelo rojo como el fuego alborotado y acortado, ya carente de la melena que llevaba orgullosa antes de marcharse. Veo como mueve sus labios y mira en todas las direcciones hasta que posa su mirada confundida sobre mí. Cegada por mis emociones, me muevo hacia ella dispuesta a abrazarla, olvidando retirar las prendas que cubren mi rostro. Cuando me encuentro al fin enfrente de ella, me propina un potente puñetazo en la cara que me deja aturdida, oportunidad que mi amiga aprovecha para embestirme y tirarme al suelo, situándose encima de mi cuerpo para mantenerme inmovilizada mientras descubre mi cara.

- ¿Rohea? – Volmia dice atónita, incapaz de creerse que me tiene en frente. Se aparta y me tiende la mano para levantarme, la cual gustosamente acepto.

Permanecemos quietas unos largos segundos, mirándonos la una a la otra sin ser capaces de decirnos alguna palabra, hasta que nos fundimos en un profundo abrazo en el que nos amenazamos con estrujarnos y lloramos de alegría por habernos reencontrado.

- No me lo puedo creer, pensé que no te volvería a ver. – La pelirroja me dice mientras las lágrimas brotan de sus ojos y se aparta para mirarme. – Siento haberte pegado, me asustaste.

- Tranquila, no pasa nada. – La consuelo mientras noto como el lugar donde me ha dado palpita y duele, pero mi desbordante felicidad evita que me preocupe de ello.

- ¿Se puede saber qué haces aquí? – Volmia me pregunta mientras se seca las lágrimas con el brazo y no deja de sonreír. - ¿Y cómo nos has

encontrado?

- Es una larga historia, te la contaré tranquilamente después, pero tengo que enseñarte otra cosa. – Le digo mientras la agarro del brazo con la intención de arrastrarla hasta Nalda, corriendo de vuelta junto a la orca, entusiasmadas por los sucesos actuales.

Una vez llegamos adonde abandoné a la orca y la orsiu, la situación es tensa y tomo conciencia de las consecuencias de mis impulsivos actos. Nalda sujeta un rifle, utilizando su amenaza para mantener alejada a la gente, mientras que Lazaira se encuentra a su lado con otra arma, vigilando a la pareja que nos acompañó hasta el campamento y asegurándose que permanezcan tendidos en el suelo.

- Por la tejedora, es Nalda. – Volmia dice atónita antes de echar a correr ante la mujer, que cuando la ve tira el arma a un lado y la abraza, levantándola en el aire y olvidándose de sus preocupaciones.

- ¡Volmia, mi pequeña! – La orca dice al mismo tiempo que continúa su afectivo abrazo. - ¿Cómo te ha ido todo? ¿Te ha pasado algo? ¿Has estado comiendo bien? Por la Madre Tierra, cuídate ese pelo, que da vergüenza.

- Que sí, que no me ha pasado nada, todo va bien dentro de lo que cabe y he comido bien. Tienes que probar la comida de Fastos, el cocinero, es impresionante. – Contesta la pelirroja, abrumada por la preocupación de la orca. – Y ya soy mayorcita, no tienes que seguir atosigándome con el pelo.

- Dejaré de decírtelo cuando no tenga que estar encima tuya. – Nalda le reprocha a la joven por su descuido. – En la Ciudadela tenías un pelo tan precioso. Si te molestases en cuidarlo un poco podrías tenerlo en perfectas condiciones sin que te molestase en el trabajo.

- Al menos no me lo digas en público, por favor. – Le responde Volmia, avergonzada por la reprimenda que se está llevando delante de todo el campamento, cuyos miembros presentes se encuentran ligeramente confundidos ante lo que acontece frente a sus ojos.

Siguen así mientras más gente se reúne a ver qué sucede, atraídas por la conmoción. Entre la marea de criaturas veo como un camino empieza a formarse para dejar pasar a un enorme orco con un parche sobre uno de sus ojos, acompañado por dos orsius y, para mi sorpresa, del propio Tantalus.

- ¿Qué está ocurriendo? – Pregunta el gigante verde mientras consigue que los últimos curiosos se aparten para dejarle pasar. Cuando el orco y su séquito pueden ver con claridad el suceso, Tantalus se separa y

avanza a paso rápido hacia su hermana y la orca.

El momento en el que Nalda ve al soldado detiene su discusión con Volmia y camina hacia él, uniéndose en un nuevo y silencioso abrazo, hasta que se separan y hablan.

- Como me alegro de verte. – La orca le dice al humano mientras apoya sus manos sobre sus hombros. - ¿No te da vergüenza todo el caos que has causado?

- No puedo decir que me arrepienta, aunque a veces tengo mis dudas. – Contesta Tantalius, tan feliz por encontrarse con su figura materna que resisto las ganas de saludarle inmediatamente. – No pensaba que fuera a verte de nuevo tan pronto. – Una vez termina de hablar, se gira hacia mí y me abraza también, haciendo honor a nuestra amistad desde la infancia. – Me alegro de verte, Rohea. Tenéis que decirnos qué hacéis aquí.

- Siento tener que interrumpir este momento. – Dice el orco del parche, separándose de sus acompañantes para acercarse a la familia. – ¿Pero podríais decirme quienes son estas personas?

- Ánakam, te presento a Nalda, nuestra cuidadora y sirvienta en nuestro hogar, y a Rohea, una querida amiga de mi hermana. – Responde el soldado, presentándonos al tal Ánakam, que parece ser el líder de esta pandilla de desarraigados.

- Un momento, ¿quieres decir Nalda Paerso? – Pregunta atónito el orco, generando un profundo alboroto entre las personas reunidas.

- Si. – Dice solemnemente Nalda, alzando su vista al orco y a los rebeldes, que comienzan a arrodillarse en una clara señal de respeto hacia la orca, lo que me lleva a mirar a la mujer, sorprendida por la veneración que le procesan.

- Es un honor. – Continúa el orco. – Muchos de nosotros recordamos su nombre, contado por nuestros familiares que se opusieron al Imperio hace años. Es una heroína.

- Tonterías. – Dice Nalda, con su rostro ahora marcado por nostalgia y tristeza. – Lo que yo hice no tiene nada de honorable, ninguno de nosotros hizo nada así, tan solo luchábamos, matábamos y sobrevivíamos mientras nuestros compañeros perecían. Por muy noble que sea la causa que se defiende, matar nunca lo será.

- Entiendo. – Responde Ánakam mientras vuelve a incorporarse en toda su envergadura. – Nosotros también hemos perdido a muchos amigos, y no celebramos la muerte del enemigo. Desgraciadamente es un mal

inseparable de este largo conflicto.

- Aún no conoces nada, jovenzuelo. – Comenta Nalda con una sorprendente frialdad que incomoda al orco, quien aún así mantiene su compostura por un notable y profundo respeto.

La enorme mujer se da la vuelta para continuar con la reunión con sus protegidos, pero en su lugar comienza a mirar en todas direcciones con una creciente ira y frustración dibujándose en su cara. Cuando observo mi entorno entiendo el por qué de su actitud, Lazaira ha desaparecido, dejando el rifle que había arrebatado en el suelo. Soy incapaz de evitar asumir la peor situación posible, que la huida apresurada de la orsiu demuestra que las constantes advertencias de la orca eran acertadas. No sé que intenciones tendrá la informante, pero me siento como una idiota demasiado inocente.

- ¡Mierda, lo sabía! – Espeta la antigua guerrera mientras se hace con un escudo y una espada y corre hacia su caballo, dirigiendo su mirada a los que nos guiaron hasta el campamento. - ¿Adonde se ha ido la orsiu que nos acompañaba?

Uno de ellos, nervioso ante el repentino cambio de actitud de la orca, apunta temerosamente al interior del bosque con un dedo.

- ¡Que tres personas me sigan lo más rápido que puedan! – Nalda grita con una imponente autoridad a los renegados. - ¡Hay que cazar a esa sabandija antes de que sea tarde!

Tomo un momento para contemplar el horizonte antes de devolver mi concentración al presente y sacar el pequeño artilugio que he estado escondiendo desde hace mucho tiempo, preparada para terminar mi trabajo y poder cobrar mi pago de una vez. Recordando las instrucciones que se me dieron, apunto el extraño objeto al cielo y apretó el gatillo, liberando un proyectil que emite una intensa luz roja a medida que asciende, marcando mi posición al ejército humano. Preocupada por que los rebeldes me den alcance antes de que pueda escapar, empiezo a descender del árbol con la agilidad obtenida gracias a horas y horas de práctica, llamando a Sasi para que se reúna conmigo. Me dejo caer del árbol para cubrir la distancia restante, flexionando las piernas para reducir el impacto y evitar cualquier daño indeseable, y una vez me incorporo extendiendo mi brazo para que el ave se pose en ella.

Me concedo unos segundos para acariciar la cabeza del águila, pero el sonido de los cascos de caballo acercándose me obligan a salir corriendo. Mientras huyo pienso en lo rápida que ha sido la respuesta, mucho antes de lo que había anticipado, y esquivo con soltura los distintos

impedimentos que aparecen en mi camino, pero a pesar del terreno noto como mi perseguidor se acerca cada vez más. Suelto una palabrota, desenfundo uno de mis cuchillos y miro hacia atrás, viendo la silueta del que me sigue. Dejo de correr y preparo mi brazo para lanzar el filo contra él, aguantando mi respiración y dejando que se acerque para asegurarme de que no fallo el tiro, dándome cuenta de que se trata de esa obstinada orca. Envío el cuchillo hacia ella, pero con unos rápidos reflejos se protege con un escudo, permitiendo así que se acerque hasta mí y me obligue a saltar hacia un lado para escapar de la embestida de su caballo.

Con el corazón latíendome a toda prisa, me levanto lo más rápido que puedo, pero una enorme mano me agarra y empuja contra un árbol con una fuerza brutal. Cuando logro recuperarme una espada se apoya en mi cuello y veo la cara de Nalda a un palmo de la mía, llena de odio.

- Ni se te ocurra llamar a tu pájaro. – Me dice enseñándome los dientes y apretando la hoja contra mi carne. – Sabía que no me podía fiar de tu calaña. Ahora dime qué demonios has hecho.

- Ganarme el pan. – Le digo con desprecio mientras busco desesperada una forma de escapar. – Algunos tenemos suficiente con preocuparnos con llevarnos algo a la boca. La vida es dura, y no tenemos tiempo para soñar con la “libertad” y que todo el mundo sea feliz.

- Les has llamado, ¿verdad? – Insiste la orca, cada vez más enfurecida. – Todo este rato has estado trabajando para ellos.

- Por supuesto que sí. – Confieso. – Son los que mejor pagan, no hay ningún misterio en eso.

Veo como en los ojos de Nalda aumenta la ira, seguramente por haber puesto en peligro a sus protegidos con mis acciones. Me imagino que está dudando si debería matarme aquí y ahora o llevarme de vuelta al campamento para interrogarme, aunque no tengan tiempo para eso. Sin embargo, veo el rápido movimiento de un dardo que se clava en el brazo de la furiosa orca y encuentro por fin la oportunidad de salvar mi pellejo. Poco a poco noto como sus brazos pierden fuerza, igual que ella, y aprovecho para zafarme de su agarre y tirarla al suelo, dándole una patada una vez está indefensa. Entonces oigo el ruido de más caballos acercándose y retomo mi huida, llamando a Sasi a mi lado.

Ante esta situación tan peligrosa corro como alma que lleva el diablo, encontrándome por el camino con mi compañero del gremio, a quien envié un mensaje pidiendo ayuda en caso de que ocurriera algún imprevisto al alejarme del campamento de los renegados, como es habitual en nuestro negocio. Seguimos corriendo hasta que estamos seguros de que nadie nos sigue, dándonos cuenta de que hemos

abandonado el bosque.

- Muchas gracias. – Le digo a mi salvador mientras me apoyo sobre mis rodillas para tomar aire, llenándome los pulmones con cada bocanada.

- De nada. – Contesta con sencillez, tratándolo como una parte más de nuestro trabajo.

Una vez consigo recomponerme, saco una pluma, un rollo de papel y un bote con tinta de mis bolsas y comienzo a escribir un mensaje para el cliente, informándole del éxito del encargo. Una vez está listo, lo ato a una de las patas de Sasi y le ordeno que vuele a La Muralla, a informar a la General Estanis.